

Héctor Manuel Delgado

LA OTRA ORILLA
(Diario de un indignado)



LA OTRA ORILLA
(Diario de un indignado)

Héctor Manuel Delgado Fernández

© 2008 Bubok Publishing S.L.

© Héctor Manuel Delgado

La Otra orilla: Diario de un Indignado

www.safecreative.org/work

108239916334

1ª edición

Impreso en España / Printed in Spain



INFO ABOUT RIGHTS



1 108239 916334
www.safecreative.org/work

Pour Anastasia.

Índice

Introducción	6
¿El fin del optimismo bullanguero?	11
Una noche en Bastille.....	18
¿Universidad y milagros?.....	24
Ciao Amore!.....	31
Siempre sobrarán motivos para indignarse.....	37
El harem de Silvio.....	44
Crónicas de Notre-Dame.....	49
La profesionalización de la política.....	54
Del “camaleonismo” a la doble moral.....	62
La Diputambre.....	67
El Órdago de Papandreu.....	72
La Princesse de Clèves.....	76
Valcárcel y los designios de la política.....	83
Luces y Sombras en Moscú.....	88
Carta Abierta el Presidente del Gobierno.....	94
El terrorismo bancario.....	99
De la agresión social.....	105
El malestar europeo.....	112
La rue de la Convention y los secretos del Occidente.....	117
¿Dónde está la Juventud sin Futuro?.....	125
El Político y la Metafísica.....	129
Alegato en favor de los controladores aéreos.....	134
Bernard Tapie y otros tantos “figurones”.....	140
L’Italia non è un bordello.....	146
La anticipación de Chéjov.....	152

La Mayoría Silenciosa.....	156
Europa y sus mandamases.....	162
Una huelga a la francesa.....	167
La otra Murcia de Pedro Alberto Cruz.....	172
Pan y Circo.....	177
El avance de la nueva derecha europea.....	185

L'innocence moderne parle du pouvoir comme s'il était un: d'un côté ceux qui l'ont, de l'autre ceux qui ne l'ont pas; nous avons cru que le pouvoir était un objet exemplairement politique ; nous croyons maintenant que c'est aussi un objet idéologique, qu'il se glisse là où on ne l'entend pas du premier coup, dans les institutions, les enseignements [...] Nous devinons alors que le pouvoir est présent dans les mécanismes les plus fins de l'échange social : non seulement dans l'État, les classes, les groupes, mais encore dans les modes, les opinions courants, les spectacles, les jeux, les sports, les informations, les relations familiales et privées, et jusque dans les poussées libératrices qui essayent de le contester.

Roland Barthes, *Leçon inaugurales de la chaire du Collège de France en 1997*.

Cuando el pueblo notó que, a pesar de la reglamentaria ejecución de las plegarias, la enfermedad seguía avanzando a paso rápido, empezó a buscar otro método más eficaz de conseguir la ayuda de los cielos. Los más ancianos sugirieron que se exhibiera en lo alto de la torre conocida con el nombre de *Giralda*, el *Lignum Crucis*, es decir, un fragmento de la verdadera cruz, considerado como una de las reliquias más preciadas de la Catedral hispalense. Se acordaban muy bien de que, en cierta ocasión, a la vista de la milagrosa astilla, una espesa nube de langostas que amenazaba asolar los campos vecinos levantó el vuelo y huyó a otro lugar, probablemente a cualquier país pagano.

José Blanco White, *Cartas de España*

Introducción

Narra Herodoto (*Historia*, VI, 45-46) que tras los preparativos bélicos emprendidos por los persas, ante la inminente puesta en marcha de la campaña dirigida contra los helenos asentados más allá del Helesponto, una inesperada aflicción se adueñaría del todopoderoso soberano aqueménida Jerjes. Atalayado en lo alto de un elevado promontorio, los ojos escrutadores del Gran Soberano se empañaban en lágrimas mientras contemplaba la disposición y maniobras de sus huestes. Aquella imagen le revelaría una dolorosa verdad: la efímera condición de la vida humana, porque “ninguno de estos soldados será recordado una vez los estruendos de la batalla sean borrados de la memoria de los hombres”.

Bien podría la congoja del soberano aqueménida, ilustrar la frágil y voladiza condición del individuo abocado a padecer los efectos amnésicos del silencioso torrente de la Historia. Un silencio equivalente a la muerte y el olvido. Es por ello que la mitología griega colocaba el río de la Memoria *Mnemósine* junto al río del Olvido *Leteo* porque, Muerte, Memoria y Olvido ahorman la tríada primordial de la condición humana. Pero cada vez que sucumbimos a la tentación de abrir el libro de Herodoto y abordar sus páginas, bebemos, al fin y a la postre, de ese mismo torrente de la Memoria, rememorando personajes, proezas, situaciones, alocuciones y palabras rescatadas del Olvido. Y de nuevo las lágrimas del soberano aqueménida volverán, en el quebradizo esguince del tiempo narrativo, a correr por sus

mejillas mientras acecha la dolorosa verdad que se perfila bajo su atenta mirada.

No obstante, la Memoria, en la tradición griega, no solo rescatará del fosco abismo del Olvido una porción de la existencia y la experiencia humana para hacerla revivir en el recuerdo sempiterno de la posteridad de los hombres, sino que además la adulará como madre de todas las musas. La Memoria yacerá junto a Zeus para engendrar a las nueve musas. Comienzo y origen de la experiencia humana. La Memoria preserva y alecciona. Conserva y transmite el peso imperecedero de una experiencia humana cristalizada en crónicas y anales. Una experiencia humana, y a la vez colectiva, que guiará asimismo los pasos convalecientes de venideras generaciones confrontadas a su propia experiencia del tiempo presente. Tanto en el Arte como en el mundo de los asuntos humanos, el individuo, aflorando dentro de unas determinadas coordenadas temporales y geográficas, cuenta con el contrapeso de un bagaje cultural recopilado desde los balbuceos de la narración y la historia, que éste, deberá conocer, a fin de sojuzgar ese mismo presente a la luz de su propia experiencia como de una experiencia ajena transmitida y preservada gracias al testimonio histórico. En ese diálogo entablado con el pasado, la Historia se convierte en la portavoz de enjundiosas enseñanzas con visos de redundar en beneficio de nuestra particular aproximación al presente más inmediato. Como bien recoge el proverbio latino, *historia magistra vitae est*.

Es ante todo esa necesidad de preservar la memoria tanto colectiva como particular de una época o período histórico, en detrimento de las crónicas oficiales tamizadas a conciencia en los documentos escritos, orales y visuales de nuestro propio presente, la que apuntala el proyecto de aherrojar y recopilar en este libro una serie de experiencias, opiniones y artículos abarcando los dos últimos años de este siglo infausto, que, ahora por gracia, fortuna o descuido, han caído entre sus manos. Sin lianas invisibles que me aten a

institución, empresa u organización alguna, el *atento lector*, se topará con un testimonio escrito ahormado a base de crónicas y artículos que, dada su extensión y formato así como su doble carácter reflexivo y personal, no tienen nada que ver con los artículos *al uso* publicados en diarios, periódicos o gacetas. A pesar de su carácter personal, las referencias a los eventos de la actualidad más inmediata son múltiples e innúmeras. Sin embargo, y allende el intento de aglutinar un testimonio fehaciente de un período de nuestra historia especialmente convulso, no es por ello menos cierto que la selección y criba de los acontecimientos ha sido, en algún modo, inevitable, porque el cronista depende tanto de su propia experiencia personal acrisolada en viajes, conversaciones, medineos por diversas ciudades del orbe o frases cazadas al vuelo en cafeterías, conferencias, estaciones o librerías, así como de un determinado acervo cultural que le capacitan para tratar sobre ciertos ámbitos de la realidad cotidiana a expensas de otros. Por ello, el *atento lector*, no hallará entre estas páginas una mención explícita a las revueltas en el mundo árabe o la horripilante masacre de la isla de Utoya. Estos son ámbitos o porciones de la realidad que por su lejanía y absoluto desconocimiento sobrepasan con creces las capacidades comprensivas y empáticas del autor. Por contera, ninguna “experiencia personal” me ha puesto aún en contacto ni con aquellas partes del mundo ni con sus moradores. Dejemos, pues, la tarea, en manos de especialistas y estudiosos de esos ámbitos del universo mundo.

Los primeros diez años de este nuevo milenio, se han caracterizado, ante todo, por el advenimiento de un nuevo modelo social, político y económico. En el ámbito social, a la mundialización, las migraciones y el auge de un paradigma cultural amoldado según los dictados de los mercados y sus remozados mecenas, se solapan los avances en el campo de las telecomunicaciones y la emergencia contrastada de una generación amamantada con los nutrientes de la nueva época que se despliega ante nuestros ojos. En el ámbito

político, destaca el desgaste del añoso paradigma democrático, incapacitado para hacer frente a los retos de este período histórico caracterizado por el paulatino asalto y menoscabo del espacio público a cargo del poder económico. Y todo ello, asimismo acompañado, de una paladino despego de gran parte de la ciudadanía occidental hacia el deslucido gremio de los representantes políticos, mucho más preocupados en amainar las embestidas de las instituciones económicas que en atender a los problemas latentes y candentes de una sociedad obligada a pagar los platos rotos de la bacanal financiera y la pésima gestión de los respectivos gobiernos nacionales. Por último, en el ámbito económico, asistimos al nacimiento de dos grandes potencias asiáticas, China y la India junto con el basculamiento de la hegemonía norteamericana y, como no, el estallido de una crisis financiera que, a la postre, está siendo utilizada *pro domo* para darle la estocada definitiva al Estado del Bienestar y asentar, de este modo, los presupuestos ideológicos del neoliberalismo *orbi et orbe*.

Para finalizar esta somera introducción, tan sólo trataré de aclarar una cuestión ¿por qué *La otra orilla*? La elección del título no responde a un mero impulso o azar. Al contrario, el título de la obra acaudilla la visión de una realidad, en este caso la española, avizorada desde la lontananza de unas coordenadas geográficas alejadas de la península. Un alejamiento que, a la vez, se trastoca en el privilegio de un espectador contemplando el espectáculo, el bullebulle y la alharaca propagadas a lo largo y ancho territorio español, sin las anteojeras de un ombliguismo nacional, que muchas veces, nos impide atisbar con nitidez las propias faltas, vicios y carencias. Como digo, sin las molestas anteojeras y a procura de un tratamiento atinente a costumbres, hábitos y acontecimientos examinados desde el necesario alejamiento que nos brindará un panorama mucho más amplio de nuestro objeto de estudio. Así, *La otra orilla* denota esa otra mirada distante. Distante y peculiar. Lanzada, desde un alcázar o minarete

diferente: como si estuviésemos apostados en la orilla opuesta de un río que nunca antes fuimos capaces de atravesar azuzados por la curiosidad de descubrir las vistas que nos aguardaban al otro lado. Tal vez, desde esa orilla opuesta, vislumbremos detalles hasta el momento inadvertidos: los edificios, terrados y fachadas exhiban diferentes tonalidades o pigmentos e, incluso, la disposición de las calles, veredas o alamedas presenten una extraña organización en la que nunca habíamos parado mientes. Quien sabe, si incluso los gestos y ademanes de los moradores de ese otro lado de la orilla, aparenten extrañas y pintorescas cuando las observamos de lejos y en su conjunto... ¿Alguien podría anticipar lo que veremos desde esa *otra orilla*?

Espero que el libro sea de su agrado.

Florencia, octubre del 2011

H.M.D

¿El fin del optimismo bullanguero?

A tan sólo unos días de la clausura oficial de las vacaciones estivales y el inicio del nuevo curso político, cabría echar la vista atrás, a fin de evaluar el proceloso y burbujeante panorama socio-político perfilado durante los primeros seis meses de este fluctuante dos mil once. En la primera mitad del año, un elemento, sin duda, determina todo el período: el fin del optimismo bullanguero relativo a las dádivas y parabienes del neoliberalismo bienhechor. Un final acompañado del despertar de la conciencia social, encarnada en protestas y manifestaciones de toda índole, contra un orden mundial imperante e insostenible. Contra un modelo de crecimiento que, a redropelo de lo estipulado en los gastados manuales de economía política, no trae consigo una repartición equitativa de la riqueza ni asegura una mejora sustancial de las condiciones de vida en los ámbitos moral y laboral. Todo lo contrario. El actual sistema económico-social planeando sobre el orbe planetario, no sólo no reduce las diferencias sociales, lima las asperezas presupuestarias de la abultada clase media española y ayuda a solventar la deuda soberana de las denominadas “economías emergentes”, sino que, por contera, redundo en beneficio de los más ricos y poderosos. No es por ello extraño que durante los últimos quince años se haya agrandado la fosa que separaba a los ricos de los pobres. A día de hoy, los ricos son más ricos y los pobres mucho más pobres.

Tal vez, tentados por la engañosa y embaucadora apariencia de una prolija opulencia de la sociedad occidental – que se ha visto brutalmente paralizada tras la aparición escénica de una crisis mundial, ahora utilizada como almohada o salvaguarda para justificar las políticas de recortes y apretones de cinturón emprendidas desde la cancillería europea- asumamos la creencia postrera de que si la crisis no hubiese golpeado, con su enorme mazo de acero, las economías caseras de los diferentes países afectados, entonces, el sistema económico mundial continuaría expandiéndose en perfecta sintonía con el crecimiento del P.I.B. y la riqueza *per cápita* de los hogares en el Occidente de la Democracia, la Libertad y las Oportunidades. Sin embargo, tan apresurada conclusión, pasa por alto un ingrediente esencial de la pasada vanagloria y optimismo bullanguero depositado en la buena marcha de las economías occidentales: el endeudamiento, tanto público como privado. Como bien señala Santiago Becerra en *El crash del 2010*, la evolución económica advenida durante la última década y acompañada de un incremento espectacular del P.I.B. en los países permeados hasta la médula de las milagreras fórmulas de crecimiento pregonadas por el neoliberalismo – tan sólo pensemos en Irlanda (el Tigre del Norte) e Islandia, ambos países alabados desde todos los focos del neoliberalismo rampante como modelos palmarios de una economía de mercado funcionando sin las engorrosas trabas estatales- no fueron más que la consecuencia directa y al alimón de una continua desregularización de las finanzas, complementadas de un mayor endeudamiento – a título individual, estatal y empresarial- y un cada vez más elevado grado de refinamiento de los productos financieros lanzados al mercado con la finalidad de procurar la financiación de particulares, empresas y estados. Además, las brechas y mini-crisis acaecidas durante los últimos años, como consecuencia de la propia dinámica del sistema capitalista, fueron solventadas en filigrana y a la ligera, disponiendo de concesiones crediticias a particulares que no siempre ofrecían las suficientes garantías de

devolución. A la par de esta locura crediticia, acaece, asimismo, un fenómeno de igual importancia: la privatización a mansalva de todos aquellos ámbitos, sectores y porciones de la sociedad integrados años atrás en el ahora desmantelado Estado del Bienestar.

Esta presión de los mercados financieros y su taifa de voraces especuladores, aprovechando la “economización” a ultranza de la sociedad, han provocado un vertiginoso encarecimiento de la vida – inflación en los precios de los productos básicos y los bienes inmuebles- sin contrapartida efectiva en los honorarios o emolumentos de trabajadores y empleados pertenecientes a las clases medias y bajas de la sociedad occidental. La única alternativa factible para capear las acuciantes dificultades económicas derivadas de la rampante inflación, radican, pues, en un acceso indiscriminado a los créditos, que, por añadidura, conlleva una obliteración *a posteriori* de los recursos económicos de una familia – una vez se proceda a la devolución íntegra del préstamo con sus correspondientes tasas de intereses- permitiéndole, no obstante, salir al paso de las dificultades, pero creando una frugal y adulterada impresión de holgado bienestar económico. De este modo, la avivada opulencia material de la sociedad occidental no reposa sobre los hombros de gigantes bien asentados, firmes, robustos y asegurados al pavimento, sino sobre un frágil, quebradizo y ahilado armazón económico-social erigido a golpe de créditos y mercados financieros desvinculados de cualesquiera controles estatales.

Así, el aumento indiscriminado de la carestía existencial en nuestras sociedades del lucro y la opulencia, ha incidido, en especial, sobre el porvenir de la porciones más bisoñas de la sociedad, mermando y hasta vedando su ingreso lustral en los resortes de la comunidad a través de la realización laboral, la emancipación familiar y la paulatina adquisición de un bienestar material. Todos esos alicientes indispensables para la conservación de un núcleo social sobrio y a la vez dinámico, alimentado con la ilusión y la energía

procedente de las nuevas generaciones, resueltas a desempeñar su valía y virtudes en pro de la comunidad, se han visto suprimidas de un solo plumazo a causa de la acerba política económica del neoliberalismo bienhechor. Políticas económicas en donde se confunde el bienestar pomposo y el boato de unos pocos, con el bienestar y contento de una gran mayoría exangüe y naufragando en la incertidumbre de un porvenir anubarrado sin ningún viso aparente de cambio a corto plazo.

A día de hoy, los síntomas generalizados de un malestar *urbe et orbi* derivados del fraudulento quehacer económico son más que manifiestos: desde Tel-Aviv hasta Santiago de Chile, pasando por Madrid, Atenas, Lisboa, París o Londres, los signos de desgaste, descontento y hastío frente a los poderes económicos campando a sus anchas en los escaños de los parlamentos democráticos, se propagan de un costado al otro del universo mundo, a modo de una chispa alumbrada en un almacén de pirotecnia. Pese a ello, los paladines del nuevo orden mundial, se aplican, con la saña propia del verdugo empeñado en rematar a su víctima ya moribunda, para mantener incólume el basamento de un sistema económico torticero haciendo aguas por todas partes. Las privatizaciones continúan, el encarecimiento de la vida se mantiene aún en el umbral de lo inaceptable y, para colmo de males, un presidente elegido democráticamente – Sebastián Piñera- se niega tajantemente a escuchar la voz desafiante de un pueblo chileno clamando a favor de una reforma del sistema educativo – el 80% de la población se muestra favorable a la susodicha reforma según apuntan las últimas encuestas.

¿Hacia dónde nos conducirá la tozudez y obstinación ideológica de nuestros gobernantes? A todas luces hacia el conflicto social: ya sea de forma pacífica, como el movimiento 15-M, a través de sucesivos encontronazos con las fuerzas del orden, a semejanza de Grecia o París, o por medio de un estallido espontáneo y

descontrolado de violencia callejera, como en el Reino Unido y en Berlín. Sí, en el Reino Unido, porque a pesar del saqueo y rebatiña perpetrado por grupos de jóvenes montaraces y asalvajados, las causas profundas de esta deflagración violenta tienen, según apostilla Zoe Williams, una agenda política e *ipso facto* unas raíces políticas en nada desdeñables (The Guardian, 13-08-2011) y provocadas a tenor de la pobreza y la exclusión social que durante muchos años se han apoderado de algunos suburbios de Londres.

La brutalización de las clases trabajadoras inglesas no encuentra, por fortuna, parangón en España, habida cuenta que aquí, los problemas son de otra índole muy distinta. A una economía estancada y el índice de desempleo más elevado de Europa, se le unen la descentralización de unas autonomías poco transparentes en materias económicas y las heridas aún candentes de una sociedad, profundamente marcada con el astroso marchamo de un catolicismo, que nos divide y todavía provoca el careo y la desunión del territorio, en un momento de indispensable adherencia y cohesión social. Este pesado lastre del catolicismo, que antaño sumiese a España en una especie de cuarentena preventiva, de “cordón sanitario” contra el erasmismo y las novedades procedentes allende los Pirineos, aún late en el seno de la Santa Iglesia Católica como bien constatase el obispo Rouco Valera, que días antes de la visita madrileña del Papa Benedicto XVI durante la Jornada Mundial de la Juventud, arengaba a la fervorosa turbamulta allí reunida sobre la necesidad de *constituir España a través de un proyecto histórico propio que es el catolicismo* (Público, 16-08-2011) ¡Enjundiosa revelación de la palabra divina encarnada en la apoteósica jaculatoria del purpurado! Los problemas que nos asolan se resolverán a golpe de hisopo, panes consagrados y una vuelta al catolicismo de más prosapia y alcornia. A ese mismo catolicismo que ya Cervantes denominara, por boca de Sancho y con cicatera ironía al referirse a la pureza del linaje, como de *cristianos viejos rancios*. Un acendrado cristianismo conjugado además con el

santo y seña de una hispanidad pivotando en torno al corcel blanco de un apóstol Santiago, más tarde apodado Matamoros, que tras su milagrera aparición en la batalla de Clavijo, para fulminar y cercenar las cabezas de la chusma morisca, sería elevado al rango de santo patrón de la Hispanidad. El mito del apóstol santiaguista, que aún por igual al cristiano y la soldadesca entregada a la causa sanguinolenta y sanguinaria de la Hispanidad que Francisco Márquez Villanueva desmonta pieza a pieza, en su imprescindible estudio *Santiago: trayectoria de un mito*, atinente a los amaños y tergiversaciones de la leyenda del apóstol con tal de afinarlos y ajustarlos a la causa política de una clerigalla empeñada en barrer la península del elemento árabe y semítico.

Dejando a un lado los llamamientos de Rouco Valera a una vuelta hacia esa herencia cristiana que tan cara la pagamos, lo más importante de la visita papal a nuestro país, radica, como apunta el editorial de *El País* el 18-08-2011, en la decisión del Gobierno de acoger esta nueva cita de la Jornada Mundial de la Juventud, dada la catastrófica situación socio-económica que atraviesa el país ¿Por qué todos los ciudadanos españoles, creyentes y no creyentes tienen que financiar la visita papal? ¿No debería encargarse la Iglesia, sustentada con los impuestos de todos aquellos ciudadanos que marcan la correspondiente casilla de su declaración anual de la renta para ceder un tanto por ciento de sus impuestos a la institución religiosa, de sufragar la visita así como los gastos derivados de la Jornada Mundial de la Juventud? Ya que se trata de un *evento religioso católico* y el Estado se declara aconfesional, ¿quién le ha permitido al Estado echar mano de mis impuestos para subvencionar el evento? Las preguntas se acumulan y la clase política responsable de dar cuenta cabal de esta decisión se azora y no hace más que aspavientos en el vacío. Según afirmaba Ana Botella, señora esposa del ex presidente José María Aznar, *el Papa debe tener la misma libertad de expresión que el indignado de Sol* (El País, 17-08-2011). Pero habrá que reprocharle,

por su lado, a la teniente alcalde de Madrid, que aquí no se trata de un problema de tolerancia o de libertad de expresión, sino de sentido común y responsabilidad política, porque subvencionar la visita papal cuando nos caen chuzos de punta, con los mercados financieros echando humos y la prima de riesgo subida en una zigzagueante montaña rusa, no encaja con la machacona austeridad voceada a bombo y platillo desde el Gobierno y sobre todo la Oposición encarnada por el Partido Popular. Una Oposición que nos anuncia, a fin de no perder ni un solo voto, de cara ya a las próximas elecciones generales en noviembre, que si llegase a la Moncloa no llevará a cabo una política de recortes sociales ¡Para granjearse la confianza del electorado cualquier medio justifica los fines! Sin embargo, las orejas del lobo ya asoman en algunas Comunidades gobernadas por el PP tras el batacazo socialista de las últimas elecciones autonómicas – como en Castilla la Mancha de la señora De Cospedal- en donde la tijera no tardará en esquilmar las últimas reliquias latentes del Estado Social, ya que según afirma con maquiavélica lucidez el hebdomadario *The Economist* en su edición del 6 de agosto de 2011, *Mariano Rajoy ofrece a los españoles algo que rebaja su credibilidad: austeridad sin dolor [...] Para ganar votos debe parecer moderado, pero para obtener el respeto del mercado y de Bruselas deber parecer severo.* Complicado rompecabezas al que se enfrenta Mariano Rajoy. ¿Estamos ante el fin el optimismo bullanguero? Dejemos que el futuro y la historia, dictaminen, pues, su sentencia definitiva.

Democracia Real Ya: una noche en Bastille

A medida que avanzan las horas, aumenta paulatinamente el número de congregados a los pies de la escalinata lateral del Teatro de la Bastille. Fijados a los muros, farolas y semáforos, despuntan toda clase de velados mensajes protestando en favor de una inmediata regeneración democrática de nuestras sociedades e invitando a los interesados a tomar parte en la reunión clandestina; eso sí, rogando a los asistentes de no aportar alcohol ni consumir ningún tipo de sustancias prohibidas durante las asambleas. Los allí reunidos, se arremolinan en torno a los portavoces de la Asamblea callejera que, con el megáfono en mano, exponen punto por punto, primero en español y posteriormente en francés, cada uno de los argumentos tocantes a los reclamos, dirección y continuidad de un movimiento que aún por igual el descontento de una buena parte de la sociedad española, y la suspicacia de algunos santurriones de las altas esferas de la política. Se trata, como no se cansan de repetirnos desde los organismos de *Democracia Real Ya*, de un movimiento totalmente a-político y a-partidista. Siendo esto así, quizá, la gran vitalidad y lozanía de esta inesperada conflagración popular, resida en la construcción de un espacio social encaminado exclusivamente a promover un diálogo democrático, carente de cualesquiera connotaciones políticas. Una propuesta desvinculada de todo partidismo político y decidida a entablar el diálogo con una ciudadanía

que, por ende, debería recobrar la palabra birlada – como consecuencia de la lenta labor de zapa y debilitamiento de la democracia parlamentaria- en aquellos espacios sociales habilitados para tales efectos.

A través de los debates y las propuestas que prenden a diario en las plazas y rincones más inverosímiles del mundo, la figura del ciudadano renace como tal en aquellos espacios para el diálogo, alejados del bipartidismo avasallador y la mal nombrada libertad de decisión-expresión democrática. En España, por ejemplo, una buena parte de la población hastiada y desencantada del doloso tejemaneje de los dos grandes partidos hegemónicos que acaparan la escena política, no ven, en esta coyuntura, sino un perpetuo toma y daca conducente a la misma, aciaga y dolorosa realidad consumada con la bochornosa sumisión -sin condiciones ni paliativos- de la democracia al credo neoliberal enarbolado por los todopoderosos mecenas de la economía mundial. La falta de recambios democráticos exhibida en la lucha sin cuartel por hacerse con las riendas del gobierno que mantienen los dos grandes partidos españoles, - pasándose la patata caliente de unos a otros, sin abordar los problemas verdaderamente candentes que asaetean a la población- ha llevado a este colectivo, a convertirse en la voz y el escaño simbólico desde donde los ciudadanos puedan hacernos llegar su palpable indignación.

Frente a la enrevesada coyuntura político-económica los implicados en las recientes movilizaciones sociales se desmarcan visiblemente de todo discurso político dominante y se declaran partidarios de remozar, en primer lugar, un espacio común singularmente orientado hacia la asunción y fomento de un diálogo democrático que implique la participación activa de la ciudadanía en la elaboración de una sociedad y un futuro mejor para todos. Despojados desde hace mucho tiempo del derecho a decidir sobre su propio avenir, – marcado de antemano por los designios inefables del Sacro Santo Mercado- *Democracia Real Ya* se propone atildar el

moribundo modelo democrático, desembozándolo de sus desgastados harapos para volver a engalanarlo con sus auténticas y lustrosas borlas, lentejuelas y oropeles. Por todo ello, el movimiento de renovación democrática ha tomado las plazas como símbolo de sus reivindicaciones. Plazas, donde no cabe olvidar, florecería por primera vez en la historia de la humanidad una concepción de la democracia plasmada en la mente de aquellos ingeniosos atenienses acudiendo diariamente al ágora para tratar los asuntos de la ciudad-estado.

Durante la reunión, uno de los portavoces hace mención a la necesidad de extender el movimiento a otros países europeos y allende las fronteras naturales de la Puerta del Sol. La internacionalización de la protesta conseguiría asentarla, robustecerla y al mismo tiempo revestirla de un sesgo mucho más amplio del que hasta ahora han gozado todos los movimientos de contestación popular reclamando una transformación del modelo socio-económico hegemónico e imperante. La propagación de la protesta a escala mundial – o tan sólo europea- tendería, pues, un puente entre las diferentes nacionalidades que, por encima de cualquier especificidad cultural, comparten un mismo sentimiento de impotencia frente a la imposición unilateral de una austeridad económica requerida, - desde los gobiernos amancebados de sus respectivos países- para la implantación definitiva y la marcha indeleble del despiadado credo neoliberal. Austeridad, esfuerzo, implicación y apretones de cinturón, se han convertido en una abracadabresca y recurrente fórmula mágica en boca de nuestros gobernantes para hacernos salir de la crisis. Todos ellos casualmente empeñados en revertir una crisis provocada por los desmanes de la cohorte financiera a base de recortes y tijeretazos sociales.

Con todo, uno de los principales escollos de cualquier irrupción social reside en la perduración de su actividad. Por ello, se estimaba que las pasadas elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo, - que han teñido España de un gris-azulón- marcarían un

punto de inflexión de cara a la continuación de la protesta. De momento, la protesta parece haber encarado favorablemente este primer obstáculo, aunque, eso sí, sin barruntar que la más seria y peligrosa amenaza del movimiento se ubica en la menor o mayor rapidez con la que los implicados se muestren suficientemente capacitados para canalizar este flagrante estallido de indignación popular. Si *Democracia Real Ya* no se mostrase en condiciones de trasvasar la voluntad de todos los implicados en esta nueva contienda democrática, podría verse desgraciadamente abocada a un progresivo deterioro - como ya sufriría el movimiento ATTAC en Francia- que acabaría relegándola al olvido y la desaparición. De la misma forma que surge un estallido social, está asimismo sometido a las veleidades del Destino. En este sentido, se hace palpable la necesidad de apuntalar los pilares básicos de la protesta social. Y esto pasa ineluctablemente por ofrecer la posibilidad de cristalizar el descontento de todos aquellos que se sientan alentados a continuar adelante con la presente protesta, a través de una plataforma – sea cual sea su carácter jurídico- revestida con las suficientes competencias como para llevar en volandas su reflexión democrática hasta los órganos de las instituciones estatales. Sin la adecuada formalización de las pretensiones democráticas vertidas gracias a la irrupción de la protesta en el anodino panorama social, no sería ni mucho menos descabellado pasar de la entusiasmada eclosión inicial a un continuado proceso de desgaste y entumecimiento que iría haciendo mella en la inquebrantable voluntad del movimiento, al advertir que las acampadas urbanas, tarde o temprano, se verán obligadas a desalojar las plazas y todo el esfuerzo realizado se esfumará con la primera ráfaga de aire. Una cosa está bien clara: existe un importante sector de la sociedad francamente descontento con este inoperante *status quo* que padecemos desde hace muchos años. Una situación reverberada en las innúmeras refriegas y rifirrafes de nuestros políticos titiriteros guiados por esa misma mano invisible, referida por Adam Smith, que

no desemboca en ningún tipo de cambio sustancial o reforma de calado nacional.

Transcurren las horas en las escalinatas del Teatro de la Bastille y los asamblearios elevan los brazos con la intención de corroborar alguna propuesta lanzada apenas unos minutos o bien, pedir un turno de palabra para expresar sus ideas y opiniones. La discusión reglada, contrasta con el oscilante *va-et-vient*, el ajetreo y el bullebulle procedente de la turbamulta desperdigada en los aledaños del teatro instalado en un animado *quartier* parisiense. Ajenos a los sincopados martilleos exhalando de aquellos locales de chisporroteante vanidad, el interlocutor desbroza algunas propuestas publicadas en la página Web de *Democracia Real Ya*. Los argumentos abarcan toda una serie de medias legislativas entre las que se cuentan: la supresión de la ley Sinde, la aplicación de la tasa Tobin sobre el flujo de capitales internacionales, la modificación de la actual ley de desahucios y la abolición de los privilegios políticos. Además, continúa, se invita a todos los asistentes a comprometerse en una reflexión conjunta de donde surjan nuevas ideas y propuestas dirigidas a remozar el exiguo modelo democrático. Mientras tanto, uno de los presentes reparte algunos panfletos sobre los puntos tratados hasta el momento por el movimiento de protesta social, al tiempo que muestra una bolsa de plástico repleta con los números de teléfonos de diferente abogados para todos aquellos que decidieran pasar la noche allí mismo y sufrieran algún encontronazo con la fuerzas del orden público.

Desencantados del brumoso panorama socio-político trazado a sangre y fuego durante el aciago decenio del nuevo milenio, estos repentinos soñadores que se dan cita cada día en las plazas de muchas ciudades europeas aún mantienen viva la esperanza de enderezar el rumbo de una democracia periclitada. No saben cuándo ni cómo; tan sólo cuentan con el aliento de millares de voces dispuestas a guerrear por un futuro mejor y no dar su brazo a torcer ante las adversidades que presenta semejante aventura. Sin embargo, la noche no da para

más. Antes de la clausura oficial de la asamblea – y tratando de no perder el último metro de la madrugada- una gran parte de los asistentes echa mano de sus enseres personales y se marcha, quizá con la impresión, de que las naos de la Historia han vuelto a izar sus velas para arrumbar el pasado y afrontar con más ilusión que nunca su procelosa singladura hacia el incierto futuro.

¿Universidad y milagros?

Meses atrás, exactamente el 14 de febrero de 2011, vería la luz un artículo a cargo del señor rector de la Universidad Carlos III de Madrid, Daniel Peña, publicado en *El País* e intitolado *La calidad de las universidades y los milagros*. En el tal, el señor Peña nos advertía sobre las carencias e insuficiencias económicas de las universidades españolas a la hora de proyectarse y competir en pie de igualdad con algunas de las más prestigiosas universidades internacionales. Allende lo estipulado en el artículo, bien es cierto que las universidades sitas en territorio español saldrían muy malparadas del elenco recogido por el prestigioso hebdomadario *Times Higher Education* sobre las doscientas universidades más destacadas del planeta. Según el informe elaborado el pasado mes de septiembre, - poniendo el grito en el cielo de buena parte de la opinión pública francesa y su Gobierno, al constatar que la primera universidad francesa no aparecía sino en el trigésimo noveno puesto de la clasificación- las dos únicas instituciones españolas que integran el conjunto de las doscientas universidades internacionalmente más prestigiosas son la Universidad de Barcelona en el puesto 142 y la universidad Pompeu Fabra en el puesto 155. La reacción acaecida en Francia ante semejante listado universitario, y su casi inadvertida repercusión en España, deja entrever, entre otras cosas, el agravio padecido en una Francia que, aunque comandada por las arremetidas de Nicolas Sarkozy, estima y

confiere un enorme valor a la calidad y formación educativa de sus vástagos. Todo lo contrario de España. El desafecto y apatía de nuestros gobernantes más ocupados en sacarse los colores durante las sesiones parlamentarias, contrasta llamativamente con la actitud gabacha.

En cuanto a los resultados destilados de la mentada clasificación, no cabe duda de que la *alma mater* y la educación española andan sumidas en una severa y astringente depauperación moral e intelectual, avalada por las recurrentes e inicuas reformas de la Educación que como reza el proverbio francés, *ça plus change, plus c'est la même chose*. Reformas inútiles, concebidas para modificar cada dos por tres los planes de estudios y marear así, tanto a la perdiz como a los docentes y discentes, sin atajar las raíces del problema. España no necesita más reformas, sino más bien la poda, desinfección y barbecho de todo un sistema educativo incapaz de competir con los otros modelos de sus vecinos europeos. Para certificar la anomalía educativa, tan sólo bastaría recabar la imagen refractada por el estudiantado español en el resto de países europeos o recorrer las bibliotecas más prestigiosas de Europa para cerciorarse de la cantidad de tomos y volúmenes rubricados por profesores, docentes y estudiosos de cualesquiera materias académicas asentados en universidades españolas. Digo asentados en universidades españolas, porque España no carece de loables ejemplos de estudiosos de calado internacional en sus respectivos dominios – tales como Francisco Márquez Villanueva o Manuel Castells- que, desgraciadamente, se han visto obligados a emigrar a otras latitudes para emprender y desarrollar su labor académica con suficientes garantías y perspectivas de futuro, dado el carácter “endogámico” y “clientelista” de muchas universidades españolas en donde se premia mucho más la fidelidad al canon ideológico de un departamento y el apego a los regidores del saber oficial, que la valía y atrevimiento de un docente más preocupado en llevar adelante su trabajo académico que atareado en

hacerse un hueco a codazo limpio en el asfixiante mundillo universitario español. Puesto que, como ha señalado Juan Goytisolo en muchas ocasiones a lo largo de su dilatada y esclarecedora carrera intelectual,

[...] Aquí también el saber desinteresado es empresa quijotesca: el ataque pluma en ristre contra los molinos de viento de una supuesta verdad protegida por la ley del silencio castiga al investigador temerario. Los que doblan prudentemente el espinazo, ascienden difícilmente en el escalafón [...] el favoritismo y espíritu de clan dominan aún en algunas facultades, como en la época de la dictadura. La transición política que cambió el rumbo de nuestra sociedad no ha sido acompañada, sino en sus aspectos más superficiales y mediáticos...

Alejada de la mundanal algarada departamental, la flor y nata de la intelectualidad española se debate entre el frufrú y bullebulle de las tertulias televisivas animadas por el cacareo de tanta lumbrera ibérica y el ninguneo de un gremio departamental travestido en docente de mañana y burócrata de noche, esperando obtener el trofeo, gloria y albricias de su inminente nombradía como “director del departamento”, vicedecano o decano a tiempo parcial. Y todo esto, para acabar optando por la decisión más dolorosa, aunque honrosa y, a la postre, más propicia a sus intereses académicos: la emigración forzada.

La corrección del anquilosado entramado educativo español junto con los problemas concomitantes de las instituciones universitarias, pasaría ante todo por una reforma global, encaminada a remodelar los valores de una sociedad demasiado impregnada del tumefacto y constreñido ambiente que rezuma el clima del país. La reforma es del todo necesaria, porque la fortaleza y vitalidad de un

país no puede ni podrá nunca medirse a través de los mendaces índices del P.I.B. que no traducen más que un bonito baile de cifras sin ofrecernos una imagen real de la sociedad. La educación de calidad es un deber, así como una necesidad irrefragable de todo estado en su búsqueda y vertebración de un modelo social en donde se aúnen la riqueza y el bienestar. Todo tejido social se refuerza, en gran medida, gracias a una formación educativa con la que se insemína al ciudadano de todas las dotes y cualidades necesarias para afrontar con garantías los escollos del mundo moderno, al tiempo que fomenta y asegura el futuro de la sociedad. Como ya escribiese Ángel Ganivet, salvadas todas las distancias, en su *Idearium español*,

[...] Las universidades, como el Estado, como los Municipios, son organismos vacíos; no son malos en sí, ni hay que cambiarlos; no hay que romper la máquina: lo que hay que hacer es echarle ideas para que no ande en seco. Para romper algo, rompamos el universal artificio en que vivimos, esperándolo todo de fuera y dando a la actividad una forma exterior también; y luego transformaremos la charlatanería en pensamientos sanos y útiles, y el combate externo que destruye en combate interno que crea. Así es, como se trabaja para fortalecer los poderes públicos, y así como se reforman las instituciones...

La mejor inversión de futuro reside, pues, en el binomio modelado entre educación y bienestar, por mucho que los nuevos gurús del neoliberalismo se empeñen en ocultar, negar y revocar a medida que su dudosa noción de la libertad individual se impone a golpe de crisis y recortes sociales.

Volvamos la cabeza hacia el sistema socialdemócrata adoptado en los países nórdicos que durante muchos años, y a diferencia de la gran mayoría de países occidentales, centraron su

modelo de desarrollo en la promoción y mejora de una educación de calidad. A día de hoy esta franja de países nórdicos goza de un enorme prestigio internacional y sus universidades, pioneras en muchas ramas del saber, ocupan siempre un lugar de excelencia en cualquier clasificación sobre la calidad de la enseñanza universitaria – sin traer a colación su elevado nivel de vida muy por encima de la media española ¿A qué se debe todo esto? Sin entrar en farragosos pormenores, estimemos que todos estos países apostaron por el fomento y calidad de un modelo educativo del cual ahora recogen sus preciados frutos. En efecto, la apuesta por la educación es una apuesta a largo plazo en donde no tienen cabida los criterios de la racionalidad económica y utilitarista empeñados en obtener resultados inmediatos. Por dicha razón, el bienestar educativo se asienta sobre una lógica a largo plazo y alejada de toda racionalidad mercantilista, utilitarista y pragmática. Una lógica del bienestar adoptada con la finalidad de llevar a cabo una decidida apuesta por el futuro de una sociedad a través de una esforzada inversión en la educación de calidad. Teniendo, pues, esto muy en cuenta, no cabe sino declarar que sin este andamiaje, sin este prurito educativo absolutamente necesario para conformar el almacén cultural de toda sociedad humana que diese pie a una producción del saber repercutiendo en favor de todos, una comunidad carecerá del fundamento o pilar básico que ni con todo el dinero de las Indias podrá adquirir.

Así, el señor Peña, justifica la pésima situación de las universidades españolas esgrimiendo como principal argumento, los menguados presupuestos con los que cuenta la *alma mater* en comparación con otras universidades del ámbito internacional. Pero los problemas de la universidad española no se esfumarán de un plumazo a sazón de un aumento o incremento de sus presupuestos, porque los graves problemas que la afectan se entroncan dentro del no menos desastroso marco de la educación española plasmada en los abrumadores resultados de los últimos informes PISA. El milagro

sería entonces todo lo contrario: que las carencias del sistema educativo español acumuladas durante tantos años de indigencia intelectual desapareciesen definitivamente con un simple incremento de los presupuestos manejados por las universidades, porque según estima el señor Peña con los actuales “*es como aspirar a que con mejores camisetas un equipo de fútbol con ingresos de Tercera División gane la Champions, y no un año, sino habitualmente*” Si la mediocridad, doblez y atonía intelectual del mundillo intelectual español pudiesen parangonarse con las camisetas o *magliette* de una escuadra de balompié, no habría por qué alarmarse habida cuenta que una buena campaña podría acarrear la ascensión del equipo a una división superior y salvar de este modo la temporada más allá de la supuesta calidad de la indumentaria. Pero en nuestro caso ocurre todo lo contrario. Las buenas temporadas o los golpes de la fortuna no son factores a tener en cuenta cuando abordamos el ente universitario. Si dada la situación actual, cada departamento y facultad cuenta con sus publicaciones y proyectos de investigación de poca o ninguna trascendencia, subvencionados en parte por el erario público, dudo mucho que aumentado el presupuesto de las universidades se consiga hacerlas despegar hasta que, al menos, una de ellas, descolle entre las cincuenta primeras universidades del orbe. Falta lo más importante: el material humano y mucho me temo que el aumento presupuestario traería aparejado un efecto del todo contrario al esperado. El anhelado incremento no haría sino multiplicar por dos, la casi nula labor docente y erudita de la *alma mater* porque en lugar de Fulanito y Mengantio formando parte del personal o el Consejo de Investigación de un departamento, tendremos también que contar con Zutanito – conocido de antemano por Fulanito y Menganito- pues, el aumento presupuestario nos permitiría recabarlo e incorporarlo a nuestro equipo.

Visto lo visto, más valdría entonces incentivar la influencia internacional de la universidad española extirpando el cogollo del

problema, sin andarse por las ramas achacando el atraso español, en materias de índole intelectual, a una simple y llana cuestión de economía doméstica. No todos los problemas se reducen a lo económico y en este caso concreto me da en la nariz que se necesitará algo más que la modificación al alza de las partidas presupuestarias destinadas a las universidades españolas para erradicar el problema, porque, como alguien dijo alguna vez, para pasar de la “cantidad” a la “cualidad”, no basta con un incremento de la cantidad: hace falta algo más y ese “algo más” pasa por una transformación substancial del sistema educativo español.

Ciao Amore!

El abandono del gobierno por parte del primer ministro italiano y el consecuente *proceso de desberlusconización*, según apostrofa el escritor Antonio Tabucchi, han acaparado la atención de los medios de comunicación durante la última semana. Sin embargo, el fin de la Era Berlusconi en Italia, viene, a su vez, acompañado de la también polémica decisión de colocar al frente del gobierno un consejo técnico a cargo del ex dirigente europeo Mario Monti. El principal escollo a la hora de poner en marcha el requerido gobierno técnico de emergencia, - pactado con los diferentes grupos políticos del Parlamento a excepción de la *Liga Norte*- encargado de hacer frente a la gravísima situación económica del país, reside en la voluntad de imponer un gabinete gubernamental sin contar con el consiguiente respaldo electoral de la ciudadanía italiana: una fuente y hontanar de donde emana toda legitimidad de los poderes democráticos. La precipitada salida del ex primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, viene precedida de un constante asedio y hostigamiento del Mercado sobre las finanzas italianas y el intrigante informe del banco norteamericano Goldman Sachs – rescatado hace dos años con fondos públicos- inquiriendo, en referencia a la delicada situación italiana, que la implantación de un gobierno técnico en el país rebajaría su prima de riesgo a los 350 puntos básicos. Un gobierno técnico, continúa el informe, que debería estar guiado por una “personalidad externa y capaz” (La Repubblica, 11-11-2011).

El mentado anuncio del banco norteamericano no deja de ser revelador de la frágil e inquietante coyuntura socio-política por la que atraviesa Europa en estos momentos. A la destitución forzada del primer ministro heleno, Yorgos Papandreu, tras la inesperada decisión de convocar en referéndum al pueblo griego, se le suma la destitución promovida por Goldman Sachs a resultas de una inmediata reducción de la prima de riesgo acompañada con una despresurización del agiotaje y especulación mercantil sobre las finanzas italianas. Un retablo europeo, ahora copado por el flamante ministro heleno, Lukos Papadimos, y el candidato italiano, Mario Monti, que, en palabras de Daniel Basteiro, *son la viva expresión del momento político que vive la Unión Europea, criticada a menudo por no preveer la crisis, trata de resolverla sin liderazgo y acaba cuestionando la legitimidad surgida de las urnas en los países en dificultades* (Público, 11-11-2011).

Este penúltimo encaje de bolillos europeo, recibido con regocijo en los sectores más recalcitrantes y apegados al calendario y recetas políticas de cuño neoliberal, ceba, asimismo, la agenda política y discursos del dúo Merkozy y la Comisión Europea acatando sin remilgos las prerrogativas del FMI y el BCE. Desechando cualquier alternativa a la purga o sangría de los servicios sociales, el endurecimiento de las políticas fiscales y la flexibilización del mercado laboral - como la idea de una Europa de dos velocidades sugerida por Nicolas Sarkozy- la firme voluntad europea de aplicar las recetas anticrisis del FMI y el BCE, es un síntoma manifiesto de su viraje hacia una economía asentada y modelada según los presupuestos ideológicos del más acendrado neoliberalismo.

El hebdomadario *The Economist* aboga, en su última edición recogida bajo el título *That's all, Folks*, por una rápida aclimatación e implante del programa de reformas económicas propugnado en el seno de FMI y BCE para finiquitar la crisis en Europa porque *ahora mismo la prioridad debe ser extinguir el incendio. Italia está en llamas y el*

*resto de la eurozona podría acabar reducida a cenizas. Las decisiones no pueden supeditarse a las vicisitudes de 17 parlamentos nacionales [...] Posiblemente los tratados de la U.E. tendrán que revisarse de nuevo. Los miembros del euro tendrán que acatar normas fiscales más estrictas y aceptar la molesta inspección por parte de entidades externas. Como bien defiende el hebdomadario económico, las medidas políticas encaminadas a reactivar los engranajes de la economía europea, no pueden, bajo ningún pretexto, supeditarse a las decisiones emanadas de los diferentes parlamentos nacionales, sino que deben recaer en las manos y garras de instituciones externas. Semejante acatamiento de la política económica dictada por instituciones ajenas al control de los parlamentos nacionales, conllevaría una inmediata y definitiva extinción del desgastado paradigma democrático junto con el consiguiente menoscabo de la idea de Estado. En el primer caso, el voto electo del ciudadano, mediante el cual cede una parte de su legitimidad al representante político de turno, pierde toda su potencialidad como herramienta o instrumento democrático. Y ello, habida cuenta que, a pesar de la elección consensuada en las urnas, una institución, camarilla o ideología imperante no-electa y allende el control de la ciudadanía, será la encargada de dictar *nolens volens* la agenda de reformas políticas que el estado soberano deberá limitarse a poner en funcionamiento en tanto permanezca bajo la égida y la mirilla de los mercados. A todas luces, la democracia y sus vistosos procesos electivos, no son sino la tramoya y el espectáculo requerido para mantener erecta la fachada del edificio y discurso democrático, mientras el mobiliario acomodado en su interior, ha sido completamente desvalijado y los pilares que lo sostienen, comienzan a tambalearse cuando la sacudida de la crisis financiera a puesto de manifiesto las lianas o mimbres tendidos entre los poderes económicos y la política.*

En segundo lugar y como contrapartida al desplazamiento y usurpación de la voluntad popular en favor de un poder económico no-electo, la misma noción de Estado sucumbe en el marasmo y promiscuidad destilada de la rampante hegemonía de ciertas entidades supranacionales (FMI, BCE, Agencias de notación, Comisión Europea) que, sin el espaldarazo de las urnas, marcan las pautas, ritmos y patrones socio-económicos según su antojo y albedrío. A esto se le une la poca credibilidad de la política y los políticos enfrentados a la dura realidad de su total y absoluta dependencia de los poderes económicos. Tal vez, las causas de tan paladino descrédito y desapego de las diferentes ciudadanía europeas, embreñadas en la crisis financiera, de cara a su políticos y la adopción de las reformas elaboradas en Bruselas, de consuno y sin contar con el veto de los ciudadanos, provengan del apresurado empeño en conformar una moneda única e instaurar un mercado común *avant la lettre* y mucho antes de ahormar una conciencia y ciudadanía europea. A esta guisa, Guido Rossi estima que *es necesario que el gobierno financiero-tecnocrático, que no ha hecho sino crear desigualdades en la ciudadanía de los estados miembros de Europa, deje el terreno a la política a través de una democracia deliberativa y cree una ciudadanía verdaderamente europea en la cual se reconozcan todos los ciudadanos, en un plano de igualdad y paridad* (Il Sole 24 ore, 6-11-2011)

Aunque sea cierto que la carencia de una sólida identidad europea acentúe el sentimiento de vulnerabilidad frente a las acometidas del mercado, enfatice la dependencia de los países de menor fortaleza económica al eje Franco-Alemania y promueva el hastío de la ciudadanía hacia una clase política anegada tanto por sus propios faltas y desmanes como por el vasallaje sin condiciones rendido a los dictados de la Comisión Europea, FMI y BCE, el clímax de la desunión, se halle en la salvaguarda y posterior exoneración de los poderes financieros y grandes lobbies de la finanza en sus

merecidas responsabilidades atinentes al medro y fomento de la crisis económica. Una crisis que, a la postre, ha sido utilizada como mampara de fondo para acabar con el modelo social de desarrollo económico europeo e implantar, en su lugar, los resortes y mecanismos neoliberales que tan nefastas secuelas han ido dejando en otras zonas del planeta. A este respecto, cabría andar con mucho tiento y trazar un historial social comparativo de todos aquellos países que, en el pasado, se lanzaron de lleno a las recomendaciones económicas de los respectivos *thinks-tanks* vinculados al credo neoliberal de un mercado sin trabas dada la consabida – y nigromántica- *racionalidad* del mercado. Entre algunos de estos países – Chile, Islandia o Irlanda- uno de ellos destaca por la ferocidad y brutalidad de las acometidas neoliberales emprendidas en un terreno del todo baldío y carente de una infraestructura económica e institucional, que hubiera podido amortiguar la incidencia de las reformas sobre una población desamparada frente a la supuesta *racionalidad* del mercado: nos referimos, como no podría ser de otro modo, a Rusia.

En su lúcido estudio intitulado *Le krach russe*, el economista francés Jacques Sapir, espulga las causas profundas de la devastadora crisis económica padecida en Rusia en el año 1998 tras el derrumbe de las finanzas asiáticas, para advertirnos con estas premonitorias palabras cuando retrata la crisis financiera del 98:

Los estados están confrontados a la fuerza y la violencia de la especulación de los mercados financieros que ellos mismos han puesto sobre un pedestal por medio de sus anteriores políticas de liberalización. El espectacular hundimiento de uno de los más célebres fondos de inversión americano, *Long Term Capital Management*, después del hundimiento de un fondo de inversión de menor importancia en Londres, constituye un acontecimiento sintomático. Además, los repetidos llamamientos a la construcción de una nueva arquitectura internacional, así como el regreso de medidas tales como el control de los intercambios o la

limitación de la movilidad de los capitales a corto término, testimonian de la amplitud del traumatismo. Y esto es cierto no sólo en Rusia, sino también de la actual crisis financiera mundial. Bajo nuestra mirada, una ruptura económica, política e ideológica está llevándose a cabo.

A pesar de los reiterados avisos y premoniciones de algunos avispados economistas intentando desvelar las trampas y caballos de Troya cobijados en el interior de la amurallada ciudadela de promesas neoliberales, las llamadas a la impostación de unas medidas de control financiero mucho más ceñidas y astringentes cayeron todas en saco roto dada la aparente ilusión de crecimiento y buena marcha de las economías caseras.

De Islandia e Irlanda también conocemos el final de la historia, pero, al igual que el ejemplo ruso y la advertencia de Sapir, parece que de nada servirán tales moralejas cuando el recetario económico de Europa pasa exclusivamente por la sanación del enfermo con aquella misma cura que le produjo el malestar.

Siempre sobrarán motivos para indignarse

Mucho se ha discutido durante estos últimos meses a propósito del libelo dirigido por el nonagenario Stéphane Hessel e intitulado *Indignez-vous*. Bien es cierto que dado el actual panorama político-social internacional, no faltarían motivos de indignación para corresponder al llamamiento de Hessel. Con todo ello, este panfleto de Hessel no sólo ha suscitado la indignación, sino también toda clase de reacciones contrapuestas en Francia. En especial, la respuesta promovida por el *Partido de la In-nocence* bajo la rúbrica de Orimont Bolacre y con el título de *J'y crois pas!* Respuesta desatinada, no cabe duda, y harto destemplada en cuanto destila un rancio tufillo de insinuada xenofobia mezclado con un apergaminado chovinismo de principios del siglo pasado. Según glosa el autor, ninguna de las razones esgrimidas por Hessel debería reportarnos ese sentimiento de indignación que tan a la moda se ha puesto, sino, más bien, una especie de indiferencia y conformismo al tratarse de un *déjà-vu, déjà-lu* hilvanado con el mismo cañamazo de lugares comunes y manidos argumentos que todo el mundo conoce, *extraña sensación de déjà-lu, en alguna parte, aquí o allá, un poco por todas partes: el declinar de los beneficios sociales, el triunfo de los ricos, de la sociedad del consumo, la persecución de los "sin papeles" y la defensa de los Palestinos.*

Quizás este sea el único argumento razonable de la réplica porque, excepto las palabras mentadas, todo lo demás no son más que alusiones veladas a la inmigración, la xenofobia, los “sin papeles” y el fallido modelo multiculturalista europeo. Tanto es así que el autor se descuelga con afirmaciones tales como *en algunos extractos de “Indignez-vous” se nos habla claramente de “ciudadanos” pero aquello que no habían podido preveer esos hombres generosos y atrevidos era que llegaría un día en el cual Francia se encontraría con una cantidad creciente de “ciudadanos sin papeles” y solamente de papel. Sin corazón, ni espíritu ni cultura francesa y, en ocasiones, llegando incluso a detestar esta cultura. Sin dejar asimismo de aprovechar cualquier ocasión para rechazarla o bien para mostrarse totalmente indiferentes, enarbolando las banderas de sus países de origen, afirmando alto y claro un envidiable patriotismo como hemos tenido la ocasión de comprobar tras la reciente Copa del Mundo... o bien nos deleita con soflamas como ...no iré más lejos. Tan sólo me contentaré con hacer una llamada al buen sentido: cuando Francia alcance los 90 millones de habitantes, veremos entonces si las bellas almas estarán todavía dispuestas a indignarse de la susodicha mala suerte infringida a los inmigrantes o bien si al contrario (estas bellas almas) no habrán ya buscado un país menos “abierto” para ellas y sus hijos, un país preferentemente con no tantos inmigrantes clandestinos.*

Polemizar contra semejantes exabruptos e insultos al buen sentido común, no nos llevaría sino a adentrarnos en un intrincado laberinto de contradicciones y despropósitos. Por ello, dejando de lado esta dudosa contestación del *Partido de la In-nocence*, y remitiéndonos de nuevo al libelo de Hessel, no podemos sino reconocer que, en cierto sentido, la brevedad del texto no añade nada nuevo a este remanso de indignación que todos y cada unos de nosotros ha ido inevitablemente acumulando durante los diez primeros años de este infausto milenio. Así pues, no estaría nada mal,

acompañar el desesperado reclamo de Hessel con algunos episodios de nuestra historia reciente que deberían agitar, remover y recavar toda nuestra indignación.

Siendo esto así, entonces, cualesquiera atisbos de indignación deberían revolverse inmediatamente contra un acontecimiento de gran calibre y calado que ha ocupado las portadas y pantallas de la opinión internacional: el asesinato de Bin-Laden. La muerte de este último ha dejado al descubierto el desgaste moral e ideológico de Occidente. Estados Unidos, como antaño en el salvaje Oeste, se ha tomado la venganza por su mano para asesinar a Osama Bin Laden y saltarse de este modo todas las reglas morales y cada uno de los derechos humanos fundamentales, entre los que se cuenta el derecho a un juicio justo. Todo esto con el caluroso aplauso de los mandatarios europeos. Un comando estadounidense armado hasta los dientes lleva a cabo una operación secreta en Pakistán para apresar y asesinar a un hombre antes de sentarlo, según suscribe todo derecho fundamental, en el banquillo de un tribunal. El gobierno de Barak Obama aduce que un individuo imputado con la muerte de 3000 inocentes tras los escalofriantes atentados perpetrados contra las Torres Gemelas, no merece ningún tipo de clemencia humana. Además, opuso resistencia y no hubo más remedio que reducirlo *in situ*. Incluso Otto Adolf Eichmann – que contaría con muchos más muertos sobre sus espaldas– pudo argüir su defensa ante un tribunal formado en Jerusalén.

Démosle, sin embargo, la vuelta al descolorido calcetín del discurso oficial mantenido en Occidente para justificar lo injustificable e imaginemos una situación del todo contraria ¿Qué hubiera sucedido si un comando iraquí se adentrara clandestinamente en territorio estadounidense asesinando a George Bush y culpabilizándole de la muerte de 300.000 inocentes durante la invasión de Irak? No sería difícil de vaticinar: en este caso estaríamos ante un grupo terrorista que Occidente ya se encargaría de ajusticiar y condenar. Pero vayamos más allá: imaginemos ahora que tras el

asesinato, los ciudadanos del mundo árabe se echan a las calles de sus respectivas ciudades dando evidentes muestras de júbilo, aclamando el nombre del comando infiltrado en territorio estadounidense, blandiendo todo tipo de imágenes e insignias con el rostro fulminado de Bush y rezando consignas tales como “el Mal ha sido vencido y el Bien ha logrado triunfar”. Seguramente tras semejantes manifestaciones de alborozo popular, los señeros detentores del poder y el capital, representados por el nimbado hombre blanco, estallarían en un flagrante y calumniador arrebato moral, impondrían severas penalizaciones económicas y se unirían en una cruzada contra el “infame terrorismo” a favor de la Libertad y el Bien, valores supremos de la civilización Occidental.

Morbosas conjeturas aparte, y lejos de este lamentable vapuleo de los derechos fundamentales, podríamos asimismo henchir nuestra indignación sacando a colación otro episodio menos onírico e irreal. Una bochornosa viñeta de nuestra historia reciente que hemos visto acontecer delante de nuestras propias narices como si de la cosa más normal del mundo se tratase: la extinción definitiva del régimen democrático en favor de un poder económico mundial conchabado con sus palafreneros gubernamentales. Un poder, cabe recordar, no-electo; no aparece ni en las listas ni en las papeletas electorales, pero cuenta con el visto bueno de la Comunidad Internacional. Tanto nos parece normalizada la situación actual que los cancerberos de este poder no-electo se reúnen y negocian con lo portavoces de la coalición gubernamental en Portugal, para imponer y exigir medidas políticas que se ajusten a los intereses económicos y sociales de su credo neoliberal. Todo esto sin que nadie alce la pregunta requerida ¿quién ha elegido a estos individuos del F.M.I para que pongan en jaque a todo un estado soberano y se sienten a la mesa con sus responsables gubernamentales trazándoles cada uno de los puntos a seguir en su itinerario socio-económico de los próximos años? Un poder que carece de toda legitimidad democrática - la cual deriva única y

exclusivamente del pueblo soberano a través de un proceso electivo- pero que juega un papel activo y de primer orden en todos los gobiernos occidentales.

Desestabilizando a las pseudo-democracias occidentales, este poder bastardo ha conseguido desbancar la noción de soberanía popular y usurpar el ideal de libertad democrática haciéndose con las riendas del estado. Ante este viraje estrictamente económico hacia el credo neoliberal, el estado se transforma en un mero heraldo de ese poder no-electo y la democracia pierde toda su razón de ser. Y todo esto acaece teñido de un sentimiento de impotencia por parte de la ciudadanía que poco o nada puede hacer frente a esta conjura de poderes que ha exhibido su cara más amarga y despiadada durante una crisis financiera que como bien escribe Gabriel Cañas nos arredra, acentuando mucho más, si cabe, nuestra impotencia, *de esta crisis, el capitalismo, lejos de refundarse, ha salido extremadamente fortalecido. Los llamamientos de los gobiernos hacia una mayor regulación y el fin de los paraísos fiscales quedaron aparcados. En su lugar, el poder de los mercados ha impuesto su ley y ha convertido a los políticos en gestores de sus designios. El nuevo tótem es el rescate (con el dinero de todos) de las entidades que pusieron en riesgo el sistema* (El País, 04-05-2011).

Así, tras la crisis económica y la necesidad implícita de una regulación concienzuda de los procelosos mercados financieros, - que no se quedaría sino en una vana promesa- uno habría asimismo esperado que el avieso capitalismo diese un paso firme hacia la moralidad y tratase, al menos, de lavar su imagen adoptando un modelo de crecimiento que no continuase ensanchando la fosa entre ricos y pobres así como tampoco siguiese socavando los principios del estado democrático. Pero todo esto no fueron más que ingenuas ilusiones. Las agencias de *rating* continúan sembrando el pánico en los países con más dificultades para salir de la crisis. Por medio de sus equívocas calificaciones de paquetes financieros, estatales y bancarios,

las agencias de *rating* hostigan y avasallan allí dónde los voraces especuladores apuntan sus envenenadas mirillas, provocando la fluctuación de la Bolsa, aumentando los tipos de interés, propagando falsos rumores, menguando las perspectivas de crecimiento y ahuyentando a los inversores. Todo ello, sin tener en cuenta que cada una de sus detestables “estrategias económicas” agrava la mísera situación de familias y hogares zarandeados en el interior de una tormenta financiera de la que ahora penden sus vidas debido a las lianas invisibles tendidas entre los estados y el poder económico mundial.

Si ello no fuera suficiente motivo de indignación, tornemos la mirada hacia la bulliciosa isla de Lampedusa donde miles de inmigrantes huyendo del hambre, la guerra o la miseria, conviven hacinados en insalubres campamentos de refugiados a la espera de que el gobierno italiano y la Unión Europea decidan su futuro. A semejanza del viaje nocturno del profeta Mohammed, aquellos, apiñados en sus tiendas de campaña, escucharán a diario el ronroneo de la pluma que transcribe las decisiones del divino Occidente sobre su futuro inmediato. Algunos, sin embargo, no podrán ni siquiera escuchar el ruido de la pluma divina porque se dejarán la vida en el mar, mientras que otros verán como la hipocresía occidental los retiene durante días en la frontera italo-francesa para concluir con la modificación del tratado de Schengen y acabar así con la libre circulación de ciudadanos en la opulenta Europa de los sueños a medio realizar.

Como tal, sobran razones para indignarse. Si hacemos un balance de los diez primeros años del remozado milenio parece como si la humanidad hubiera dado un llamativo paso atrás en el orden moral, económico y social. Las Casandras de los malos augurios ya vaticinan que las nuevas generaciones no gozarán en delante ni de los mismos privilegios sociales ni de la calidad de vida de sus antecesores. Aumenta el paro de manera alarmante y desde hace

mucho tiempo en la historia del tan alabado Progreso occidental, se advierte el desgaste de una sociedad que ha sucumbido a la p rfida zalema de la Opulencia material, para caer en la trampa de la desmemoria y olvidar, pues, la lucha y sacrificios de todos aquellos que con arrojo y atrevimiento trataron de ofrecernos un futuro mejor. Un futuro ahora mismo, harto difuminado e incierto que la mejora de las condiciones materiales en Occidente, la impúdica Globalización y la propagación a espuestas de la cultura de masas han ido paulatinamente relegando al vetusto baúl de los recuerdos. Pero, como afirma Hessel, nunca es demasiado tarde para indignarse y darle la vuelta a la tortilla.

El harem de Silvio

A través del objetivo de la cámara atisbamos un primer plano congelado de Silvio Berlusconi apoltronado tras un lustroso despacho en su *palazzo* de Arcore. Al fondo, aparecen los anaqueles repletos de libros y una foto del Primer Ministro tomando la mano de su hijo. La viñeta en sí misma no exhibe nada de particular encomio, a menos que las grimosas palabras del *premier* italiano, para tratar de lavar su imagen desteñida tras el nuevo escándalo del caso Ruby, comiencen a resonar a través de los micrófonos. Una imagen, la suya, mancillada de un probable delito de estupro, abuso de poder, corrupción e incitación a la prostitución de menores enhestado por la Audiencia General de Milán y llevadas a buen puerto gracias a la implacable fiscal Ilda Boccassini. No es de extrañar que la sonrisa postiza del Primer Ministro delate la tirante e incipiente preocupación rezagada en semejantes acusaciones que podrían dar con sus huesos en prisión. El Dragón, abriendo sus enormes fauces – según esgrimía metafóricamente su ex mujer, Veronica Lario (La Repubblica 16-01-2011)- para recibir el sacrificio de las núbiles vírgenes de alabastro acudiendo a las sobrias veladas organizadas en la villa de Arcore, se contonea incómodo en el sillón, frunce el ceño, eleva un poco el tono de voz y glosa que él nunca ha ofrecido dinero a nadie, con la descabellada intención de “frecuentar” a una *donna*. Semejante acusación, lejos de la realidad, carece de todo fundamento porque

además de la evidente absurdidad, Silvio – dice- comparte su vida desde hace algún tiempo con una mujer “*tengo una relación estable con una mujer que jamás habría permitido que se produjeran similares acontecimientos relatados en los periódicos*” (La Repubblica 17-01-2011).

La sorpresa ante tan inesperada revelación levantaría pronto la veda para toda clase de quinielas amorosas ¿Sería su ex dentista Nicole Minetti? Quizás el inexplicable aterrizaje de ésta en la Consejería Regional de Lombardía después de su primer encuentro acaecido en 2009 tras la agresión sufrida por Berlusconi, nos pusiese sobre la pista de una posible relación amorosa consumada con la fulminante ascensión de la odontóloga. Pero todo se desvanece en trasnochadas especulaciones. Tal vez nos equivoquemos por completo y no se trate sino de la dominicana Maristel Polanco, *valleta* y animadora televisiva del programa “Colorado Café”. ¡Difícil elección! Es tan dilatado el diapasón de posibles candidatas para ocupar un puesto de honor en el tierno corazón del mandatario italiano que uno se perdería en abstrusas y confusas cábalas que no le llevarían a ninguna parte. Tan sólo una cosa se nos aclara frente a este enrevesado proscenio: de algún modo todas ellas, “las elegidas”, serían agraciadas con las humildes prebendas, camelos y zalemas del Primer Ministro. Desde un brazalete de oro calafateado con un finísimo polvo de diamante hasta un trabajito sin importancia en una de las numerosas cadenas televisivas en poder de nuestro hombre.

Generoso y desprendido, no cabe duda. Benevolente, comprensivo, solidario y siempre dispuesto a echar una mano – o las dos- cuando alguna de estas hermosas amistades, frecuentes merodeadoras de sus apacibles *serate* en Arcore, se encontrase en un apuro. Pero a cambio, eso sí, el sacrificio, la ofrenda sacramental al Dragón. El todopoderoso sátrapa pondría el colofón final a sus dicharacheras veladas con un picante y rumboso entretenimiento denominado, según la solaz jerga palaciega, *bunga-bunga*. No

obstante, las malas lenguas comentan que la succulenta idea le fue sugerida tras una visita de su inestimable amigote Gadafi. Desde aquella inofensiva confesión del libanés, las acrobáticas feromonas del añoso sátrapa no dejarían de brincar y agujijonearle noche tras noche hasta saciar y hacer realidad tan almibaradas ensoñaciones orientales. Primero, aquél que antaño se vanagloriaba de su rijosa inclinación por el bello sexo distanciándola del nefando pecado homo-erótico, “*mejor sería amar a las mujeres bellas que ser gay*” (Le Monde 20-01-2011), se las ingeniaría para recoger a su cohorte de “hermosas amistades” en un complejo inmobiliario de Milán - construido por nuestro hombre en la década de los ochenta - con tal de evitarse la siempre ingrata tarea de estar dando tumbos de un lado a otro de Milán para arracimar y convocar en *palazzo* a sus desperdigadas anfitrionas. Mejor conservarlas juntitas y apiñadas, pero no revueltas.

Sin embargo, don Silvio, no se conformaría con semejantes naderías y a medida que los años le caían sobre la espalda como pesadas losas – a pesar de los innúmeros tratamientos de cirugía estética- sus insaciables “apetencias sexuales” le llevarían a maquinarse la posibilidad de rebajar paulatinamente la edad de sus marmóreas vírgenes de alabastro. Sin más dilación, la responsabilidad de hallar una víctima capaz de aplacar los apetitos del libidinoso Dragón, recaería en manos de sus allegados colaboradores – o para ser más exactos, “proxenetes palaciegos”, Emilio Fedè y Lele Mora- que por alguna malvenida casualidad se toparían con la principal protagonista de este nuevo *imbroglio* italiano en una muestra o exhibición de belleza siciliana: la jovencísima Karina El-Mahroug, más conocida como Ruby, hija de emigrantes marroquíes afincados en Sicilia. De aquella primera entrevista, y una vez en Milán, la solicitada ninfa oriental no tardaría en poner los pies en una de las fiestas concertadas en el *palazzo* del Primer Ministro, para acabar, meses más tarde, arrestada por una patrulla de *carabinieri* - acusada de hurto a una compañera de oficio brasileña- y posteriormente puesta en libertad

gracias a una mendaz llamada del sátrapa aduciendo que se trataba de una pariente cercana del presidente egipcio, Hosni Mubarak. Ya sabemos como se las gasta don Silvio cuando se trata de sacar de un aprieto o apuro a una de sus camaradas palaciegas. Si se hace necesario mentir, pues mintamos; si por caso nos vemos obligados a asestar una puñalada rastrera, pues....intachable pragmatismo el exhibido por don Silvio.

Parece como si lo narrado hubiera sido soplado a la prensa por el genio burlón de alguna Scherezade tratando de mantener en vilo la atención del sultán. Al menos así se deduce de sus declaraciones. Tras el escándalo revelado por los medios de comunicación, el Primer Ministro no haría sino echar más carne en el asador, logrando avivar un poco más la cólera de los italianos. Negaría cada una de las acusaciones - ¿qué cabría esperar?-, aferrándose al sobado derecho de la intimidad e incluso brindándonos con el deplorable espectáculo de un enajenado vejestorio compadeciendo telefónicamente en el programa “L’Infidele” para defender su inocencia a trochemoche por medio de una tornasolada retahíla de insultos, denuestos y exabruptos, como bien corresponde a la eminente figura de un Primer Ministro. Mas el espectáculo circense de don Silvio no se acaba aquí. Asesorado por su gabinete de abogados éste pasaría a la carga despotricando contra los organismos de la Justicia italiana al considerarlos partidistas, movidos por intereses privados y por tanto inaceptables, *“la justicia está todavía plagada de una voluntad política dirigida contra mi persona” (La Repubblica 17-01-2011).*

El sátrapa mira fijamente hacia la cámara esbozando ese rictus de la media-sonrisa, de la pícara-mueca, enarca las cejas y añade que las irrisorias acusaciones no han hecho sino perjudicar la imagen de sus honestos huéspedes e invitados a las veladas de Arcore. Los números de la Fortuna se echan a rodar y el estudiado *coup de théâtre* se hace manifiesto: todo se reduce a una confabulada persecución política de la magistratura milanense con la única intención de

dilapidar la imagen del *caro* Berlusconi. Por ello, continúa, se hace indispensable una reforma de la Justicia para acabar con similares abusos, “*es absolutamente necesario abordar cuanto antes la reforma de la Justicia*” (*La Repubblica* 17-01-2011). La mejor defensa siempre ha sido un buen ataque y para ello urge apartar de un manotazo las molestas insinuaciones de la obstinada Scherezade. Además, ya se sabe, que la historia del alguacil alguacilado es eterna y a nosotros no nos cabe sino esperar, esperar y esperar que por una vez la Justicia triunfe y Scherezade continúe deleitándonos con sus mil y una fabulaciones.

Crónicas de Notre-Dame

Repican compungidas las campanas de Notre-Dame anunciando la pronta llegada de algún eminente contestatario internacional. Una visita anhelada, en cuanto entretenida, a los ojos de una expectante multitud de hombres, mujeres, niños y turistas arremolinados frente a la fachada de la imponente catedral. En la incertidumbre de la espera, asoman, tras el enrejado que defiende la entrada principal, los santos patriarcas de la Iglesia Ortodoxa bien acompañados por el Nuncio Papal y el obispo de la congregación francesa. Algunos murmullos se confunden entre los allí reunidos, mientras una voz despistada resquebraja el orden natural de la inquieta turbamulta elevando una demanda inquisitiva, “¿qué ocurre?”. Y como si aquello no fuera consigo, el interpelado responde flemático: “esperamos la visita del presidente ruso”.

En efecto, Dimitri Medvedev presidente en funciones de la Santa Rusia rinde visita a Francia para clausurar oficialmente la celebración del año franco-ruso y, oficiosamente, afianzar las relaciones económicas entre ambos países con un acuerdo para la compra de un navío militar a la Armada Francesa. Una visita asimismo anecdótica, si tenemos en cuenta los antecedentes de la capital parisiense, donde tiempo atrás, el arrebatado Enrique III trataría de purgar su alma pecaminosa y enmendar sus ignominiosas faltas encabezando, según recogen las crónicas, abarrotadas

procesiones de flagelantes. Desbordado de un fervor religioso, sin parangón en la sucesiva prosapia real, el atormentado soberano no dudaría en mostrar su arrepentimiento azotándose públicamente en compañía de hermosos mancebos, muchachos y espadachines durante aquellas bacanales místicas. Quizá, Dimitri Medvedev desconozca tamañas proezas del monarca francés, aunque, como si estuviese acatando los designios de una burlona “mano invisible”, conduzca sus pasos, sin tan siquiera imaginárselo, hacia aquella misma catedral - que antaño oiría complacida las súplicas del último Valois- con la intención de purgar sus alma de enojosos tormentos e incómodos fantasmas - tanto pasados como presente- rondando las habitaciones del Kremlin y perturbando los sueños del presidente ruso.

Las rémoras siempre incómodas de un turbio pasado fraguadas en el imaginario colectivo de una reciclada Nomenklatura. Una remozada oligarquía de poderosos propietarios ahormada durante setenta años con los desafueros de la ideología bolchevique acuñados bajo la implacable égida de Lenin, Stalin y sus adláteres. Los ahora mandatarios de la vieja-nueva Rusia, cincelados en la incandescente fragua de este implacable Vulcano, se consuelan, en su fuero interno, añorando viejas glorias pasadas cuando el mundo, cediendo al embrujo del socialismo soviético, depositara sus últimas esperanzas de salvación en la lucha contra los abusos del yugo capitalista, en un régimen que nacería, para colmo de males, ya moribundo y con las horas contadas. Los deseos del paneslavismo, delineados tras años de un asfixiante poder, llegarían a trastocarse, para hombres forjados en el seno del Partido, en los delirios propios de una añosa y destartalada potencia mundial. Las ilusiones de esta enorme nación desembocarían, sin más remedio, en una dolorosa odisea que acabaría zozobrando para hundirse estrepitosamente años después con la caída del Muro de Berlín, la descomposición de la Unión Soviética, el fracaso de la Perestroika, la oligarquía yeltsiana, el advenimiento de Putin y la sombra alargada de este último.

Así, a los pecados acontecidos en el pasado, se unirían los tejemanejes de una clase política arrastrando el pesado lastre de la herencia bolchevique que favorecería la aparición de otros tantos fantasmas presentes. Fantasmas que, a semejanza de aquel obsesionado funcionario descrito por Nicolai Gógol en su relato *El Capote*, también cabría la posibilidad de tildar, simple y llanamente, de mordaces ironías o sarcásticas venganzas del Destino. Sin duda, Dimitri Medvedev y sus taimados antecesores - ahora férreos aliados del capital mundial-, vislumbraron, tras una agorera revelación o inesperada epifanía, los tentadores beneficios y francas concesiones dimanados de una simple adhesión al credo capitalista, asegurándose, de esta forma, un ubérrimo regocijo o bienestar de sus bolsillos y cuentas bancarias en alguna sucursal de Suiza o las islas Caimán. Así, la Santa Rusia, llevada por aquellos mismos hombres que antaño copaban los asientos del Partido, daría completamente la vuelta a la tortilla para acabar vendiendo su alma al diablo y predicar, como versados buhoneros, las balsámicas promesas del credo neoliberal. Una Rusia desamparada - caída en las despiadadas garras de Bancos y Multinacionales al socaire del F.M.I y la O.M.C- que sólo se contenta, sumida por igual a la estrecha vigilancia de un poder tentacular, con exhibir, sin ningún pudor, el pulido disfraz de una vetusta y desgastada Rusia, de un oasis extinguiéndose en medio del desierto o un abandonado moribundo desangrándose por doquier a causa de las heridas infringidas. Allí donde el mariscal Potemkin elevara sus esperpénticas aldeas de cartón-piedra, la vieja-nueva Rusia se pavonea al igual que esas madamas parisienses engalanadas con llamativos abrigos de piel, pero calzando desgastadas zapatillas de andar por casa. Un fastuoso trampantojo tambaleándose como un gigante con los pies de barro.

De aquel tiempo a esta parte, ha llovido sobre mojado y la Santa Rusia también se ha visto mancillada y salpicada por vergonzantes escándalos que han puesto con la mosca detrás de la

oreja a buena parte de la opinión pública occidental – me refiero al asesinato de la periodista Anna Politkovskaya- o peliagudos *affaires* relativos a una desastrosa política exterior, -la reciente guerra en Georgia, la invasión afgana, los constantes enfrentamientos con la milicias chechenas o sus supuestas implicaciones en el envenenamiento del candidato a futuro presidente ucraniano Viktor Yushchenko- fruto de un poder aún convaleciente de su abortada hegemonía en Europa oriental. Mas, cauterizadas las heridas abiertas por el achacoso socialismo soviético, – eliminado en derecho aunque no de facto- no por ello, la vieja-nueva Rusia se ha visto inmediatamente desprendida de aquellas mismas faltas, tropiezos y devaneos acometidos en el extinto territorio soviético. Bajo el marbete de una Rusia renegando de la hoz y el martillo en beneficio del mirífico estandarte tricolor, muchos podrían llegar a manifestar una sopesada admiración o ponderado asombro ante una tan maravillosa regeneración. Sin embargo, como bien me apuntaba un conocido mío días atrás, “no todo lo que reluce es oro” y difícil sería atribuir semejante lavado de cara - más bien centrifugado- al mesiánico advenimiento del nuevo régimen democrático conchabado con la doctrina neoliberal: tan sólo diferentes máscaras para el mismo rostro. Hay quienes nunca dejarán de alabar los retruécanos y alquímicas panaceas del Occidente democrático para propagar, sin ningún reparo o remordimientos, una imagen oficializada donde imperan valores tales como virtud, honestidad, transparencia y un sinfín de adjetivos afines, como bien afirma Antonio Pérez Ramos en su ensayo *Rusia en el laberinto de Teseo* (Claves, octubre de 1997). Sin embargo, se imponen los “peros” cuando alargamos la vista no mucho más allá del escaparate europeo. - sin pensar qué sucederá en países como Rumania o Lituania pertenecientes a la Unión Europea- ¿Quién podría argumentar lo contrario teniendo en cuenta casos tan recientes como los de China e Irán? ¿Acaso las contradicciones y confusiones del populismo o socialismo venezolano junto con su íntimo apego y

autoritario poderío en el manejo de los recursos petrolíferos son un ejemplo de valores democráticos? ¿Tal vez las invasiones de Irak y Afganistán? ¿O bien los incesantes casos de corrupción en España e Italia? Cualesquiera esfuerzos por adecuar la alianza entre neoliberalismo, democracia y valores promulgados en el cínico Occidente están, de antemano, abocados al fracaso.

Al auspicio de tales elucubraciones un cuervo sobrevuela la catedral de Notre-Dame mezclando sus graznidos con los insistentes tañidos del campanario. La espera se eterniza y, mientras los poderes seculares y castrenses se funden en una animada conversación, un grupo de gendarmes se las apaña para hacer circular a unos cuantos viandantes petrificados en medio de la calzadas mientras contemplan aquel despampanante espectáculo; aquella pompa y boato dispuestos para recibir sin más preámbulos al presidente ruso. *Allez-y! Il faut rouler!* – vociferan los desmemoriados gendarmes cuando se les responde con la renombrada *politesse* francesa- A falta de una respuesta concisa, fruncen el ceño y muestran los dientes. Nada sorprendente habida cuenta que estamos esperando la llegada de un importante representante del capitalismo moderno.

Una larga hilera de automóviles hace su memorable entrada en la plaza. Comienza el ajeteo de cámaras y objetivos fotográficos cuando un hombre de mediana estatura, - arropado tras una muralla de fornidos guardaespaldas- semblante grave y mirada adusta abandona el vehículo, posa los pies en la tierra, comienza a caminar con apremio y se adentra, sin más dilación, en la catedral. Tan sólo duraría unos segundos aquella fantasmagórica aparición; suficiente para captar la ansiada instantánea, pero demasiado breve para Dimitri Medvedev que olvidaría brindar a los allí reunidos con la gratificante satisfacción del saludo, el leve gesto de una mano extendida o tal vez la sonrisa de circunstancia.

La profesionalización de la política

Parece que al fin y a la postre las reivindicaciones dimanadas del movimiento *Democracia Real Ya* han llegado al Congreso de los Diputados. Así, en el debate parlamentario del pasado 22 de junio, los representantes de los distintos grupos políticos que componen la Cámara, salieron paulatinamente a la palestra para mostrar todo su apoyo, comprensión y solidaridad frente a la voz de una ciudadanía vapuleada y pidiendo a gritos una democracia mucho más participativa, transparente y real. En cada una de sus escalonadas comparecencias, los diputados dejarían bien sentado que ellos son, más allá de toda malediciente especulación, servidores del Interés Público y ciudadanos corrientes que no forman parte de ningún corpúsculo, casta, gremio o clase de privilegiados. Es por ello que el señor portavoz del PP, José María Lassalle no dejase de remachar que, *quienes formamos parte de este hemiciclo no somos ni una clase ni tampoco una casta. Somos ciudadanos que hemos asumido el honor de representar a los ciudadanos de nuestro país y debemos ser capaces de transmitirlo ejemplarmente.* Pero dejando a un lado los supuestos privilegios y pertenencia a una casta política junto con su *ejemplar y escrupuloso respeto al imperio de la ley*, al que aludiría asimismo Lassalle, es indudable que los señores diputados han advertido durante los últimos meses un claro y evidente desapego de una buena parte de la ciudadanía española hacia su propia función

desempeñada en el Congreso. Una desafección propiciada, en buena parte, por una gravísima dolencia socio-económica que ha dejado al descubierto el estrecho margen de maniobra política de todo Estado soberano, en detrimento de los omnímodos poderes económicos parapetados tras la opaca mampara de la marabunta mercantil, el mercado y sus mercachifles. Esta brecha abierta en pleno corazón de los sistemas pseudo-democráticos entre el ciudadano y sus representantes tiene mucho que ver con un fenómeno que Max Weber vaticinaría en 1919 tachándolo como un proceso tendente hacia la profesionalización de la política.

Aunque muchos de los presentes en el hemiciclo tratasen por todos los medios de darnos a entender su plena dedicación a las labores asignadas en la Cámara, no es menos cierto que de cada una de sus intervenciones se destilaba un acongojado victimismo, a tenor de su falta de recursos para afrontar a otro serio adversario compitiendo a codo partido por el control del Estado – tales son los poderes económicos- que los han llevado irremisiblemente a colocarse en el punto de mira de una enojada Ciudadanía y ser la comidilla picante de la Opinión Pública. Es por ello que la señora Victoria Monteseirín del PSOE glosaba ante los diputados, *la inmensa mayoría de los 350 diputados que estamos en esta Cámara hacemos bien nuestro trabajo, con rigor, con honestidad, con criterio, consecuentemente con nuestra ideología y con el partido al que pertenecemos y respondiendo a los ciudadanos; sin embargo la apreciación pública de este trabajo es totalmente contraria hasta el punto de que nos hemos convertido en un problema en la percepción social de la ciudadanía [...] La pregunta es, ¿qué ha pasado? Ha pasado que los poderes no democráticos, los mercados, las finanzas y sus malas prácticas alejadas en su día del control público han trabajado contra nosotros. No rinden cuentas, no explican sus programas, no se someten a ninguna elección; no obstante han dirigido su atención hacia nosotros que sí rendimos cuentas mientras*

ellos se pasean arrastrando derivados tóxicos que han contaminado el sistema financiero, el político, el social y el económico. En efecto, gran parte del descrédito aparejado a todo el ente político, toma cuerpo a raíz de una crisis financiera ventilada por los más ricos e íntegramente reparada gracias a los esfuerzos y forzados sacrificios de los más pobres. Pero no todo el peso de la actual situación recae exclusivamente en manos del mercado, una gran parte de la culpa también reside *de motu proprio* en la imagen del político profesional forjada a base de recurrentes escándalos de corrupción y salpicada, cuanto menos, de sospechosas alianzas de representantes democráticos con un poder mucho más tangible y carnal como pueden ser los mecenas de la construcción y el negocio facilón. Y Todo esto acontece al amparo de una Justicia española enfrentada entre sí y francamente deslucida desde la inhabilitación del juez Garzón.

Aunque, y tampoco viene mal refrescar la memoria de los diputados, en ocasiones también asistimos impertérritos al mangoneo y descaro de ciertos representantes democráticos que no dudan en valerse de su puesto y autoridad para incrementar, usando la expresión de Joan Ridao portavoz de ERC, los *privilegios de la mal llamada clase política*. Privilegios entre los que descollan el aumento pactado del sueldo de un edil, como días atrás adviniese con el alcalde de Mollet del Vallès que, no contento con recibir 87.000 euros de renta anual decidiría incrementarse el sueldo un 10 por ciento una vez fuera renovada su candidatura en el Ayuntamiento. Con toda seguridad semejante subida constaría como una medida urgente, perentoria, inaplazable y del todo necesaria para garantizar el correcto funcionamiento del municipio y la buena administración del concejo. Más aún si tenemos en cuenta que el alcalde ya se habría encargado de comunicárselo a los ciudadanos con derecho a voto del municipio, durante la campaña electoral: una vez seré re-elegido la primera decisión que pondré sobre la mesa del consejo consistirá en incrementar mis emolumentos u honorarios anuales. Claro ejemplo de

transparencia y probidad democrática. Otros, sin embargo más cautos, se las apañan con trajes a medida o regalos para sus hijos: sobre gustos no hay nada escrito.

Quienes no negarán las supuestas irregularidades en el funcionamiento de algunos concejos o ayuntamientos, en cambio, replicarán que esto es cosa de unos cuantos desalmados porque la inmensa mayoría se dedica en cuerpo y alma al desempeño de su cargo a fin de optimizar el bienestar de los ciudadanos, disminuyendo en todo lo posible las desigualdades e injusticias sociales. No es por ello ni mucho descabellado escuchar en boca de uno de los representantes de esta no-clase no-casta, la consabida tarantela atinente a la probidad general de sus señorías y la mala fe de “unos cuantos desalmados”. Así, el señor Aitor Esteban del PNV estimaba que, *seguro que hay gente decente y algunos pocos indecentes, como en todos los ámbitos, también en la política, pero ir aceptando, como parece que estamos haciendo últimamente, que mayoritariamente la clase política tiene pecados de los que avergonzarse y cosas que ir tapando y determinados privilegios, que no lo son en la mayoría de los casos, que ni siquiera existen, aunque a través de la simplificación de la opinión pública, la calle piensa que sí, creo que es un tema para reflexionar. ¡Ea! Reflexionemos, pues.*

Al margen de tanto circunloquio y retórica zahorí, tenemos la impresión de que el político y los diputados padecen dañinas difamaciones tocantes a una profusa tergiversación de la Opinión Pública, como bien glosaba anteriormente Aitor Esteban *a través de la simplificación de la opinión pública* y a consecuencia de las cuales, esa imagen del político esbozada por los medios, no se corresponde con la realidad de su funciones. Esto conlleva que, cuando en ocasiones, observamos el desolador paisaje de los escaños desiertos en una sesión del Congreso de los Diputados ofrecida por las cámaras de televisión, no es del todo cierto que sus señorías hayan decidido tomarse la mañana libre para engolfarse en alguna amena

conversación dentro de la misma cafetería del Congreso o regodearse en el sillón de casa devorando la sección deportiva de su periódico predilecto. ¡De eso nada! Según apostilla Jordi Jané de CIU, *todas sus señorías que están aquí sentadas están ejerciendo su función parlamentaria ante el Pleno, los que están ausentes quizás están preparando las enmiendas al proyecto de ley que llevan mañana o están en sus despachos trabajando* ¿Quién pondrá en duda semejante abnegación laboral? Quizás otros muchos se lleven incluso el trabajo a la playa y mientras departen con el bronceado camarero del chiringuito atiendan llamadas a su teléfono móvil y consignent decretos de ley ¿Quién sabe? Por falta de dedicación que no se sea.

Tales muestras de fervor señorial surgen, en un momento propicio. Justo cuando la sociedad española se despereza de su inane adocenamiento, reclamando una transformación substancial del bochornoso e inviable *status quo*, de eso que llaman democracia y en realidad no lo es desde hace varios lustros. No obstante la posible difuminación de las labores ejercidas por los diputados del Congreso y su nominación a dedo como chivos expiatorios *par excellence*, tras las horrisonas consecuencias derivadas de la vertiginosa peripecia financiera - traducidas en recortes sociales y una pérdida del poder adquisitivo en los hogares españoles- podríamos asimismo colegir que una gran parte del problema radica en la llamada “profesionalización de la política” apuntada con admirable lucidez por Max Weber en su conferencia de 1919 intitulada *Politik als Beruf*, esto es, la Política como profesión. En ella, el sociólogo alemán nos advierte del surgimiento – allá por los años veinte del siglo pasado- de un remozado profesional de la política que no vive “para” la política sino “de” la política. Esta distinción en la percepción de las labores acometidas en Política, junto con la cooptación de los escaños parlamentario a favor de individuos e individuos cuya remuneración dependerá única y exclusivamente de sus tareas en el escaño – de ahí el “de” señalado por Weber- llevaría aparejada toda una serie de

prácticas nefastas para el correcto funcionamiento de cualquier democracia:

El hombre político que vive “de” la política puede no ser más que un simple acaparador de prebendas o incluso un “funcionario” remunerado. En otras palabras, éste puede recibir sus ganancias, sea en forma de honorarios o emolumentos procedentes de determinados servicios – el chantaje, en este caso, no es más que una forma desnaturalizada, irregular y formalmente ilegal de esta suerte de ganancias- sea en forma de una remuneración fija [...] Por todo ello, el político que vive “de” la política puede revestir el carácter de un “empresario” a la manera del *condottiere*, el arrendador o el comprador de cargos que considera sus gastos como un simple desplazamiento de capitales que éste transforma en fuente de ganancias a través de la explotación de su influencia política.

Unas prácticas que continuamente extenderán sus redes más allá de la propia esfera de influencia política hasta lograr contagiarse con ellas a gran parte del ente público.

La concurrencia en el Parlamento del político profesional, cuya subsistencia depende en gran medida de su capacidad y manejo para desenvolverse en los círculos de sus amistades y hacerse un hueco entre sus camaradas con el único objetivo de ascender en la organización de su Partido Político hasta ocupar un puesto al lado de las personalidades más destacadas y punteras del grupo, acarrea una paulatina descalificación de los individuos encargados de administrar la sociedad desde sus despachos ministeriales y sus escaños parlamentarios:

Los personajes que deciden sobre la política a llevar cabo, esto es, el “consejo de administración” dominado

por los bancos, no hacen otra cosa sino promulgar directivas económicas y designar a las personas aptas a dirigir los asuntos, porque ellas mismas carecen de cualquier competencia para administrarlos técnicamente.

Estas premonitorias palabras de Weber rememoran la reciente polémica concitada en torno a la designación en el Ministerio de Sanidad de Leire Pajín. Una nominación, que en comparación con la experiencia profesional de otros ministros tanto nacionales como europeos, deja mucho que desear en todo lo referente a la formación académica, madurez y preparación exigida para el desempeño de su ministerio. Ejemplo palpante de cómo se asciende en el escalafón de un Partido sin por ello acuñar el debido completo académico y formativo que conviertan a un individuo, no en un posible candidato para dirigir la cartera ministerial, sino en el mejor y más apropiado candidato para ocupar el puesto de ministro. Pero más grave aún que todo lo mentado hasta el momento, son las afinidades profesionales y lazos de connivencia tendidos entre los componentes, militantes o integrantes de un mismo grupo parlamentario conformando un cierto “espíritu de casta” que tanto el portavoz del PP en el Congreso de los Diputados, José María Lassalle como todos los demás implicados en el debate político del pasado 22 de junio, tratarían siempre de negar. Démosle, de nuevo, la palabra a Max Weber,

Los militantes, y sobretodo los funcionarios y empresarios del partido, esperan naturalmente del triunfo de su candidato una compensación personal: puestos u otras ventajas. Lo que es más determinante, es que ellos las esperan del “jefe” del partido y no de los parlamentarios. Esperan ante todo que durante la campaña electoral la influencia demagógica de la personalidad del “jefe” les abrirá las puertas del Poder,

de tal modo que los militantes tendrán muchas más oportunidades de obtener esa anhelada recompensa por su dedicación. Desde el punto de vista psicológico, una de las fuerzas motrices más importantes de todo partido político consiste en la satisfacción que los individuos experimentan, trabajando con la dedicación del creyente por el éxito completo de la causa de una “personalidad” y no necesariamente en favor de las abstractas mediocridades de un programa electoral.

Ha transcurrido casi un siglo desde que Max Weber escribiera estas palabras y la faz del planeta ha cambiado tanto que aquél nunca hubiera imaginado que pulsando tan sólo una tecla pudiésemos comunicarnos al instante con alguien apostado al otro lado del mundo, pero aquellas inquietantes cogitaciones del sociólogo alemán tocantes al ejercicio de la Política en la primera mitad del siglo pasado, reaparecen a día de hoy mucho más candentes, presentes, cercanas y latentes que quizá lo fueran para sus propios contemporáneos. Tal vez su coetáneos a semejanza de Carlos Salvador de UPN no hiciesen sino despachar estas reflexiones de Weber repitiendo hasta la saciedad ese manido vademécum del buen político, buen demócrata y buen ciudadano en donde se glosa que *no tenemos que repetir ni justificar que somos representantes de los ciudadanos y que buscamos en nuestra actividad que cada norma vaya dirigida al interés general.*

Esperemos, sin embargo, que el 15-M sea ese revulsivo social y aldabonazo moral que necesitan de urgencia nuestras sociedades pseudo-democráticas para recobrar toda su vitalidad y transparencia, que tanto se echa de menos desde los sectores más reacios de una ciudadanía decidida a no continuar perpetuando con su silencio el *Establishment* político, social y económico en el que España anda inmersa desde hace varios años.

***Del camaleonismo o la “doble moral” en el mundo
multimediativo***

Uno no dejará nunca de asombrarse ante las carnavalescas andanzas protagonizadas por los ilustres figurones telegénicos que en esta España de charanga y pandereta, acaparan a diario la atención desde las doradas tribunas de los más excelsos medios de comunicación. De ahí, el revuelo organizado tras los intempestivos comentarios del libidinoso Salvador Sostres, fuera de tono y antena, y filtrados a la prensa por algún concienciado bienhechor de la humanidad que debería, cuanto menos, ser recompensado con una medalla al mérito y reconocido con los consiguientes lauros y honores de Estado en justa medida a su desquitada labor de saneamiento mediático en pro de la Verdad agazapada tras los mil rostros de nuestros más avezados opinólogos ibéricos. Y es que en España se ha propagado una antiquísima moda, - inaugurada por el primer *showman* de la historia, el filósofo griego Empédocles, empeñado en deslumbrar a los siracusanos con sus llamativas chinelas argéneas- consistente en adoptar el “camaleonismo”, en palabras de Juan Goytisolo, como si de una de las Bellas Artes se tratase Y éste no se equivoca un ápice. Una vez saltase la liebre en los medios de comunicación, no faltarían quienes movidos por un intenso prurito paternalista jugasen al despiste, en su anhelo por salir al paso, considerando los comentarios como inofensivas *declaraciones realizadas en el ámbito privado*, -

según apostillase frívolamente la entumecida Esperanza Aguirre- para de esta forma acabar lidiando el morlaco de la polémica suscitada por los picantes comentarios añadiendo: *esto de inmiscuirse en las conversaciones privadas de los demás será propio de otro Gobierno, no del mío* y dando así la estocada definitiva a todos aquellos que hubiesen siquiera creído alguna vez en la posible catadura moral de la camada política.

Bien entendido, doña Esperanza Aguirre antepone los elevados principios y valores democráticos a las irreverentes acometidas de la indignada opinión popular enervada, en parte, por una serie de comentarios obscenos realizados en el ámbito de una conversación privada. Sin embargo aquélla pasa sigilosamente de puntillas sobre la principal cuestión que sugiere este deplorable comportamiento ¿hasta que punto lo privado diverge de lo público? Un individuo sentenciando animadamente entre las risas de los contertulios y la indignación amagada de la presentadora sus fantasías sexuales con *las chicas jóvenes de diecisiete, dieciocho, diecinueve años que es ahí donde está la tensión de la carne, en ese punto mágico...de esas niñas que aún no huelen a ácido úrico, que están limpias, que tienen ese olor a santidad, que parecen lionesas de crema, limpias, odorantes, dulces...de primer rasurado, que aún no pican* para continuar la monserga despachándose a gusto con otros tantos comentarios xenófobos, nos estaría dando a entender que, en efecto, suscribe y comparte semejantes ideas, a expensas, eso sí, de las remozadas opiniones esgrimidas en sus apariciones frente al ente público – ya sea a través de periódicos, blogs o tertulias televisas. Un sintomático desdoblamiento multimediático, con ribetes de esquizofrenia, en gran parte detentado por estos figurones telegénicos que mientras se llenan la boca con palabras tan pomposas como Libertad, Progreso, Cultura, Derechos Humanos o Democracia, de cara al lucimiento y aplauso público, trocarán de inmediato el discursillo una vez se apaguen los focos del plató y el ajeteo de las cámaras para tocar temas mucho más

amenos, profundos y entretenidos como puede ser el obsequioso deleite provocado por el balbuceo timorato de una adolescente exhibiendo *ese entusiasmo, que te quieren enseñar que están liberadas realmente, que ya son mayores* y que sin mayores requilorios equipararemos a las opiniones de un seminarista frustrado o un desequilibrado mental con un agudo *complejo de nínfula* que acabará poniéndole el broche final a su memorable apología de la pederastia con soeces comentarios sobre el matrimonio, *el matrimonio es el sexo por obligación, el sexo a la fuerza: ahora se folla* como suscriben las sagradas leyes de la naturaleza que aquél se encargaría de exponer punto por punto a su esposa mucho antes de llevarla al altar.

En tanto que la presidenta de la Comunidad de Madrid se lava indecentemente las manos, no cabría sino preguntarse a modo de disquisición personal, ¿qué hubiera ocurrido si la hija de un conocido o conocida, un miembro de su propia familia o alguien cercano a ella, fuese víctima de los deseos sublimados de un Salvador Sostres? ¿Pasaría por alto semejantes insinuaciones? Con toda seguridad – y dado el caso imaginario- doña Esperanza Aguirre hubiese procedido con mucho más tiento, sin apresurarse en sus apreciaciones, y de una manera harto diferente habida cuenta, que en este caso, el asunto le tocaría de cerca. Y si por el contrario, durante el interregno de la publicidad, el mentado Salvador Sostres, comenzase a jactarse de sus habilidades para esquivar las tributaciones anuales a la Hacienda Pública y de sus turbios negocios vinculados a una red de proxenetismo infantil. En este caso la señora Aguirre, ¿finitiquitaría el asunto asumiendo por encima de todo la inequívoca separación entre “lo público” y “lo privado”? ¿Aplicaría sin dudarle un instante el mismo rasero en uno y otro caso? Parece que otra vez la respuesta sería un “no” rotundo porque el manido rasero de la doña Esperanza Aguirre adolece de una peculiar singularidad que lo distingue y aleja de toda noción de equidad o justicia: el rasero se aplicará “según para

qué o para quién”, teniendo en cuenta las “circunstancias atenuantes”, sopesando de antemano los pros y los contras *e via dicendo*. Una atípica forma de proceder en función de los intereses creados ante un hecho tan abominable como las sandias baladronadas de un individuo recibiendo un estipendio mensual recaudado del erario público y en sintonía con la marcada picaresca de tantos y tan curtidos camastrones ocupando un puesto en los cargos de la administración, el mundillo del espectáculo, la cultura y la política. La gravedad de los comentarios propalados por Salvador Sostres se engastan en una realidad mucho más amplia, dolorosa y difundida en nuestros días como es la “doble moral” del discurso público, la hipocresía decantada en el seno de la propia clase política, el don de la bufonería, el camaleonismo, la retórica huera y la doblez trepadora que recubre, como la hidra, las fachadas desconchadas de las instituciones democráticas. Una colorida mascarada acentuada por el avance apisonador del mundo multimediático, el culto fugaz al opinólogo de turno, el servilismo sacramental y las abundantes tragaderas.

Una fantasmal tragicomedia shakesperiana representada en todos los estratos de la población: desde el ombligismo provinciano del alcalde culpieto conchabado con el empresario de turno, hasta la atildada diputambre y sus vocingleros mediáticos vendiéndonos las patrañas de la modernidad, el progreso y la cascada democracia mientras con la mano en el bolsillo del pantalón se manosean suavemente el miembro hirsuto cuando su mirada localiza a una quinceañera recién salida de la ducha cruzando la calle. Una actitud asimismo asumida por la presidenta de la Comunidad de Madrid en razón de su evidente “pasotismo moral” que no hacen sino alinearla junto a las manifestaciones del más acendrado casticismo ibérico, del genuino espíritu hidalguéolo, del atavismo carpetovetónico, de la machada varonil ante las ufanas condescendencias del risueño parroquiano, del eructo cervecero, de la palmadita en la espalda y la zancadilla rastrera; de la sonrisa postinera, del almodovarismo

desquiciado, del celo, del atraso, la fanfarria, el arribismo, el siseo descarado y el descoque de una generación que cambió en un abrir y cerrar de ojos el lustroso crucifijo por una exacerbada promiscuidad sexual al grito entusiasta de la libertad, olvidándose en su camino hacia el Olimpo occidental, de limar las rebabas de una estructura social batida durante cuarenta años de régimen franquista. Ahora es cuando nos toca asumir las consecuencias derivadas de una transición apresurada. Aguantar a todos aquellos santurrones aplicados en carne y alma a la eterna preservación del régimen que conseguirían remozarse y travestirse por algún inefable designio divino, en egregios librepensadores para adular el nuevo reino de la modernidad. Con todos los problemas propios de la sociedad española, actitudes como las de Esperanza Aguirre alegando una interesada imparcialidad en la apreciación moral de una vergonzosa conversación mantenida en el plató de *Telemadrid*, no contribuyen sino a desprestigiar, aún más si cabe, a los adalides de una burlona clase política valedora de una pseudo-democracia moribunda.

La Diputambre

Allá por los años ochenta, Francisco Umbral, movido por el prurito taxonómico propio del buen zoólogo, escrutaba atento la realidad madrileña cuando se cercioró, para su asombro, de la inusitada aparición de una nueva especie animal que, en un brevísimo lapso de tiempo, supo adaptarse a las condiciones ambientales de la Península y convertir el Parlamento en un hábitat propicio para desplegarse en toda su potencialidad biológica. Una especie que - por utilizar la expresión del inolvidable Félix Rodríguez de la Fuente- procedente de la “España profunda” había conseguido llegar hasta Madrid sin apenas levantar sospechas. Umbral se las vería, pues, con la denominada *Diputambre*.

Ataviados con elegantes corbatas, lustrosos zapatos, deslumbrantes maletines de cuero e impecables trajecitos adquiridos verbigracia la desinteresada munificencia de algún rumboso mecenas de la construcción en alguna tienda con rótulos franceses o italianos, aquellos flameantes hombres y mujeres son los encargados de salvaguardar el bienestar del estado español y lidiar con las achacosas acometidas de una economía en horas bajas. Aunque, bien pensado, tantas zarandajas y oropeles, viajes alrededor del mundo, chalets a la orilla de la playa y ajeteo oficial de sus cargos: cenas, inauguraciones, correrías con el presidente del Tribunal Autonómico, el Fiscal General, el gerente de afamadas firmas hoteleras, bancarias o

financieras, no encaja con el paupérrimo estado de sus cuentas bancarias. Cada uno de estos pobres hombres y mujeres, subyugados en el muladar de una próspera miseria, andan hechos unos azacanes dedicados en cuerpo y alma al siempre complicado manejo de los asuntos humanos. Bienhechores de la humanidad, emprenden sus tareas con tal irreprochable abnegación que deberíamos estar sumamente agradecidos a la historia por habernos brindado semejantes gracias divinas, nunca jamás atestiguadas desde la parentela de los Reyes Católicos hasta los últimos días de Azaña. Valedores de dotes cuasi sobrehumanas, estos “buenos conocedores de las cocinas regionales” – escribía Umbral- acuden ceremoniosamente a sus escaños donde se enzarzan en agrias disputas, se desgañitan deslumbrando al hemicycleo con ardorosas soflamas dignas del propio Cicerón, componen lúcidas filípicas y desgranán pomposas catilinarias.

Tanta dedicación conlleva su contrapartida, claro está, en la afectada muestra de cansancio crónico atisbado entre algunas de estas grandilocuentes lumbreras. Tales indisposiciones crónicas, provocadas a tenor del cansancio acumulado y su conspicuo sentido de la responsabilidad pública, acaban por desgastar su inquebrantable voluntad, dando pie a situaciones del todo inesperadas, o más bien, sorprendentes.

A veces, no sólo es la fatiga - que sin duda llevaría al señor Eduardo Zaplana a tildar de ridículas las indumentarias tradicionales embozadas por las campesinas mozambiqueñas-, sino también la imprudencia ante un micrófono abierto en plena sesión o las conversaciones telefónicas grabadas por algún juez entrometido. En estos derroteros otra vez encontramos al señor Zaplana deleitándonos, para estupor general, con una montaraz conversación telefónica registrada a raíz del sumario judicial abierto a tenor de las pesquisas policiales exhibidas en el *Caso Nereida*, donde confesaba sin tapujos “*Yo estoy en política para forrarme*” Bien sabido es que Eduardo

Zaplana bromeaba, porque este hombre es muy solaz y la chanza no fue más que un “desliz” sin importancia. Además, si medio planeta se conmueve para rendir el último adiós a un pederasta sodomizador como Michel Jackson, porque no vamos nosotros a perdonar al bueno de don Eduardo. En fin, todo olvidado, *errare humanum est* y dejemos tranquilo al devoto don Eduardo copando su escaño en el Parlamento y adorando a la Virgen de la Macarena o la Fuensanta.

Tampoco pequemos de ingenuos y creamos que entre la *Diputambre* sólo se las gasta Zaplana. Asimismo podríamos sacar a colación una entrevista radiofónica del actual ministro de educación en donde aquél declaraba sin ningún pudor que “en las altas cumbres del pensamiento - de las que el mismo participa- se cita *hasta* en alemán”. A este último, aquello se le escaparía como a quien desvaría en sueños porque todos damos por sentado que semejantes disquisiciones nunca serían pronunciadas en las “altas esferas del pensamiento”. Imaginemos, por un instante, el caso contrario: al ministro de educación alemán proclamar “en las altas esferas del pensamiento citamos *hasta* en español”. Quizás el entrevistador perfilase una sonrisa indolente o, por decoro, guardase silencio. Si nuestro eminente ministro, en lugar de inferir tales patochadas, se hubiera arrancado súbitamente al recitado de la *Biblia* en arameo, la *Iliada* en griego clásico o el *Maharabata* en sánscrito, entonces no nos quedaría más remedio que quitarnos el sombrero y acompañar el gesto de un sincero “chapó”. Pero de nuevo seamos benevolentes y otorguemos al señor Gabilondo y la *Diputambre* nuestro voto de confianza. Aquél será un dechado de virtudes y sus palabras fueron el fruto de un despiste parejo a la desabrida peineta del ex-presidente Aznar ante la insistente alharaca de un grupo de jóvenes alborotadores. Y es que “manda huevos”, como dejaría suscrito Trillo, que un miembro de la *Diputambre* se deje encrespar por las investidas del vulgo maleducado. A la sazón, como todos sabemos, la *Diputambre* se distingue, entre otras muchas cosas, por sus buenas

maneras y modales. Por ende, todos nos quedaríamos patidifusos ante la llamativa peineta del rejuvenecido Aznar, el malsonante “hijo de puta” de doña Esperanza Aguirre dirigido a su bienamado alcalde de Madrid o tal vez las exultantes muestras de amistad de Francisco Camps y su mujer en sus animadas conversaciones con El Bigotes, promotor de una extendida trama de corrupción política. ¿Cómo conciliar ese lenguaje barriobajero de la *Diputambre* con sus asépticos discursillos públicos o sus apariciones televisivas? Puestos en vereda podemos llegar a suponer que quizás, una vez despojada del pesado envoltorio público y la ritualizada etiqueta parlamentaria, la *Diputambre* se calce las zapatillas de andar por casa y nos deje al descubierto su cara más oculta: un rostro privado y escamoteado al público bajo los embriagadores embelecos del atuendo electoral, porque como bien rezaba la copla,

*Azules eran los ojos del hombre que me engañó,
Ojos del color del cielo ¡ mira tú si fue traición!*

Por tanto cabría la posibilidad – por supuesto siempre remota- de considerar que aquellos ínclitos portadores de la voluntad ciudadana no fueran más que afortunados tartufos, no exentos de buenas aldabas y dotados de muy buenas tablas para desenvolverse, como peces en el agua, dentro del turbio submundo de los asuntos humanos y la política. Pero esto no son más que arrevesadas reflexiones de una calurosa noche de Mayo, porque yo juro y perjuro por la presunción de inocencia -no sea que algún malhadado lector me acuse de infamia y prevaricación poniéndome bajo la mirada cautelar de la tuerta Justicia- y además abogo, por la irreprochable catadura moral de le *Diputambre* porque mientras las dudas sigan sin resolver nada de nada, más valdría, entretanto, seguir las enseñanzas de Cicerón cuando avalaba que el hombre de estado siempre pone al servicio de la ciudadanía todas sus cualidades, *usum, et scientiam, et*

studium, esto es, su experiencia, su saber y su celo emprendedor en la resolución de situaciones complicadas.

El órdago de Papandreu

En sus retazos atinentes a la génesis y prosecución del Estado Absolutista Moderno, el estudioso alemán Norbert Elias, avanzaba que la aparición de esta nueva entidad socio-política a mediados del siglo XVI responde a un paulatino *proceso de monopolización* tanto financiera como militar. En otras palabras, el entramado moderno designado con el marchamo de Estado, se afianza como una novedosa realidad social, gracias al progresivo despojo y posterior concentración de los poderes militares y financieros en manos de un solo individuo o soberano absoluto. Si reflexionamos sobre esta mentada dinámica o proceso de monopolización en la conformación del Estado Absolutista Moderno, observamos de que manera sutil, aquella misma realidad perfilada en los albores de la modernidad, aún vertebraba los pilares básicos del Estado en su forma actual, a excepción, claro está, de la legitimidad propia derivada de la voluntad popular de la que gozan nuestros gobernantes dentro de un sistema de gobierno democrático. Así, el Estado recibe y regula el monopolio financiero – gracias a la recaudación, los intereses y las tasas- y el monopolio militar para la defensa del territorio nacional, a cambio de garantizar la buena marcha económica de la sociedad y alzarse como protector y parapeto de sus ciudadanos en caso de peligro o amenaza.

Por otro lado, esta transacción o delegación del poder soberano en manos del Estado y sus gobernantes encargados de

regular ambos monopolios, se entronca dentro de un marco democrático en donde la ciudadanía confiere, mediante el voto, la responsabilidad de la administración estatal a un individuo o individuos que, en representación de la voluntad popular, se comprometen a llevar a cabo una óptima dosificación y manejo de los recursos y monopolios estatales. Es por ello que, frente a un situación de alarma o excepción, la voluntad del pueblo, como en el caso griego, debería ser sometida sin paliativos a un referéndum o sondeo, dado que la decisión postrera de aplicar una serie de medidas económicas en detrimento y perjuicio de la calidad de vida de su ciudadanía, recae, en última instancia, sobre el legítimo hontanar y fuente de la soberanía de cualquier gobierno democrático: la voluntad popular. Con el esbozo de la osamenta teórica que sustenta y engarza el ideario democrático, la aplicación del paquete de medidas remendado por BCE, FMI y Comisión Europea, rebasa, de facto y de derecho, la legitimidad funcional delegada en el gobierno heleno a la hora de tomar decisiones de semejante calado y envergadura. La última palabra debería estar siempre en manos de la ciudadanía. Y más aún en el caso que nos ocupa. Si tenemos presente el repentino viraje adoptado por el primer ministro Yorgos Papandreu a tenor de la ofensiva de los líderes europeos contra la celebración de un referéndum sobre el plan de Rescate, se hace incluso más palpable la infundada maniobra de Europa en su empeño de aplicar, a todo coste, la agenda económica trazada por los dos países más poderosos de la Eurozona al amparo del FMI y el BCE.

En cuanto reparamos en esta gravísima intromisión en los asuntos internos de Grecia, sobre los que cualquier estado de la Unión Europea carece de absoluta legitimidad para interferir o modificar, salen a la superficie las flaquezas y debilidades de una Europa demasiado dependiente y, a la postre, dominada y controlada por los tres principales cancerberos o *chiens de garde* del tablero europeo: Alemania y Francia junto con su gran aliado en la sombra, Inglaterra.

No es de extrañar que ante las insinuaciones y amenazas de la canciller alemana y el presidente francés, la edición digital *The Daily Telegraph* del 3 de noviembre apuntase que *Angela Merkel y Nicolas Sarkozy no hicieron el más mínimo esfuerzo diplomático y atacaron directamente este conflictivo estallido de democracia /this troublesome outbreak of democracy/* porque ambos dirigentes están decididos a bizmar las heridas y cicatrices provocadas por el estallido de la crisis financiera poniendo en marcha las medidas neoliberales preconizadas desde el FMI y BCE. Sin embargo, este obstinado acatamiento de los remedios neoliberales destapa las lianas invisibles tendidas entre los estados soberanos y los poderes financieros, así como la depreciación y traspaso del *monopolio financiero* – uno de los pilares básicos en la conformación del estado según anunciaba Norbert Elias- ahora bajo palio y en las manos de una camarilla o corpúsculo de poder que no reviste ninguna clase de legitimidad ni soberanía avalada por la voluntad popular. Como señalaba el economista indio y premio Nóbel, Amartya Sen: *Hay que afrontar asuntos de gran calado sobre cómo podría verse socavado el gobierno democrático de Europa por el papel inmensamente desproporcionado que juegan las instituciones financieras y las agencias de calificación, que ahora tratan con prepotencia algunos ámbitos de la política europea* (The Guardian, 22-06-2011). El blindaje contra el asalto y bandolerismo de los poderes financieros se hace ahora más que necesario e imprescindible si, de verdad, estamos dispuestos a salvaguardar la Democracia de los ataques y usurpación de los mercados y sus mercachifles deponiendo la legítima voluntad popular en favor de sus normas y designios.

Tras este nuevo guiñol de la cancillería europea inmiscuyéndose e interfiriendo en las decisiones del gobierno heleno para preservar los intereses de las facciones neoliberales, cabría preguntarse ¿hasta cuándo seguiremos contemplando este esperpento? ¿Por qué el gobierno heleno tiene que dar marcha atrás y dejar al

ciudadano griego desamparado, maniatado e incapaz de decidir sobre su propio futuro? ¿Es éste el ideal Europeo de Jean Monnet y Robert Schumann? ¿Acaso podemos permitir que un poder financiero bastardo e ilegítimo acabe usurpando la voluntad soberana de la ciudadanía? Los problemas y las demandas se amontonan sin respuesta concreta y lo único cierto es que el órdago y escaramuza del primer ministro heleno para devolver a sus ciudadanos la legitimidad birlada por los poderes económicos y financieros, ha sido inmediatamente sepultada bajo el guirigay y farra protestona del corifeo de dirigentes europeos vinculados al credo neoliberal. Según palabras de Frank Schirrmacher *es el espectáculo de la degeneración de los propios valores que se supone encarnaba Europa [...] ¿Qué puede tacharse de insoportable en la iniciativa griega? Respuesta: que el primer ministro somete la suerte de su país al juicio de su propio pueblo* (Frankfurter Allgemeine 05-11-2011).

Pero el cuento no acaba aquí: mañana o pasado mañana, en sus mítines, comparencias y campañas los dirigentes europeos volverán a zarandear sin compasión el estandarte de la Democracia. Aclamarán a favor de los derechos y libertades del ciudadano, mientras el vulgo observa atónito el desmantelamiento de un Estado Social juzgado de antemano culpable y sentenciado a pagar los desperfectos ocasionados por los desmanes y devaneos de unos poderes económicos al asalto del monopolio financiero y por ende, usurpando uno de los pilares fundamentales sobre los que se asienta la noción de Estado desbrozada en el análisis de Norbert Elías.

La Princesse de Clèves

En la segunda planta de una concurrida librería parisiense sita en el boulevard Saint-Michel, un joven distraído se lleva el celular a la oreja e inquiriere a su interlocutor, apostado al otro lado de la línea, si el libro recomendado por el profesor efectivamente responde al nombre de *La Princesse de Clèves* porque ha rebuscado mil veces entre la P y la C de autores franceses y no lo encuentra. No sabemos la respuesta del interlocutor pero, a todas luces, revolver entre la P y la C de escritores franceses, sin pasar antes por la L de Lafayette o la M de Madame, equivale a tarea tan ardua como dar con la *Regenta* entre la R de autores españoles, sin previa detención en la L de Leopoldo, la A de Alas o la C de Clarín. La efeméride, a primera vista cabal e insignificante, que podría incluso arrancar una sonrisa indulgente al lector, cobija, en su aparente trivialidad, la feraz y aguijoneadora realidad de la hecatombe moral y educativa de este nuevo milenio. Una realidad que se manifiesta hoy sin tapujos ni cortapisa alguno, en el palpante desconocimiento del acervo cultural propio y ajeno de la historia y cultura occidental. Un desconocimiento acrisolado en detrimento de las formas y hábitos culturales impuestas o fijadas, a modo de segunda naturaleza, tras treinta años de la apisonadora moral y educativa de una vocinglera cultura de masas bien conchabada con el neoliberalismo demoledor y rampante de estos dos últimos decenios. Desde Bombay a la Cochinchina el nuevo modelo cultural se propaga sin solución de continuidad. Desembarquemos en los

lugares más pintorescos del planeta, ya sean las Cataratas de Iguazú o el lago Atitlán, y demandemos, a los allí presentes, si conocen a la *Princesse de Clèves*. Pregunta arriesgada. De los gestos arrugados y los hombros alzados se desprende por sí sola la respuesta. Modifiquemos la pregunta, ¿conocerán a Madonna? ¿Michel Jackson? ¿Brad Pitt? ¿Angelina Jolie? ¿Cristiano Ronaldo?

Es cierto que la dichosa *Princesse de Clèves* no interesa hoy a nadie. Buena muestra de ello son las declaraciones del presidente de la República Francesa, Nicolas Sarkozy, aduciendo que eso “es cosa de sádicos y obsesos porque la obra no despierta ni tan siquiera el interés de una taquillera *guichetière*”. No obstante el sarcasmo del presidente francés, el desconocimiento de una obra como la *Princesse de Clèves* – traducido a las coordenadas de un hispanohablante equivaldría al desconocimiento de la *Celestina*- no denota una mayor o menor apetencia estética hacia la obra en particular, sino, mucho más grave aún, la ramplonería, chabacanería, ignorancia y trivialización de un canon cultural y moral que nos ha servido de soporte o espina dorsal en la conformación de la experiencia, historia y cultura occidentales. Olvido – voluntario o involuntario- en pro de una avasalladora cultura del fast-food artístico, el producto editorial, el elogio hueco, la almoneda y la economización a ultranza de todos los ámbitos de la realidad. Pero esta experiencia humana – la Cultura- culminada como una andadura de individuos y épocas en su continua interacción y careo frente al mundo y la realidad contextual de una época determinada, no reposa exclusivamente en la obra de madame de Lafayette. La *Princesse de Clèves* no es más que una tesela o fragmento de este enorme y extenso mosaico. Tomemos a Proust, Balzac, Flaubert, Valle-Inclán, Steiner, Dickens, Lezama Lima, Fernando Pessoa, César Vallejo, Virginia Woolf, George Eliot, Luis Cernuda o San Juan de la Cruz por no citar más que algunos nombres de la franja occidental e Hispanoamericana. Todos ellos han bebido y todavía beben de esa misteriosa fuente de las letras que se propaga,

desde Oriente hasta Occidente, a semejanza de un envolvente Escamandro de freáticas e invisibles aguas.

A este desconocimiento previo de la obra o las obras fundamentales del frondoso *árbol de la literatura*, se le une un olvido mucho más palmario e inaudito: la desmemoria y amnesia histórica. No ocultaré mi sorpresa cuando meses atrás, un buen amigo mío, profesor en una universidad española, me relatase espantado el vergonzoso mutismo de sus alumnos que desconocían por completo quien era Copérnico, creían que el polo Sur era un territorio tan cálido como los trópicos - dado que se encuentra en el extremo meridional del planeta- y, además, no sabían con certeza quien era Franco, aunque, eso sí, el nombre les sonaba. Sin duda, a mi escandalizado amigo, no le sobraban motivos de alarma. Pero lo más curioso – según como se mire- es que a ninguno de sus alumnos se les escapará quienes son un tal Ricky Martin, Shakira, Penélope Cruz o Iker Casillas porque una cosa es “conocer” a la *people* y otra muy distinta devanarse los sesos con el señor Copérnico. Además, Copérnico huele a viejo y gastado mientras que Ricky Martin y Penélope Cruz están a la orden del día.

Mas la desmemoria y amnesia de una historia cultural, desplazada a los confines siderales del universo mundo o arrumbada en el fondo de un empolvado baúl, redundante, asimismo, en beneficio de la tergiversación, la bellaquería y el enajenamiento intelectual y moral de una ciudadanía proclive a caer en las trampas y urdimbres del fanatismo, la ideología y la falsificación. Porque la ideología y el fanatismo aclimatan su propio terreno. Someten las parcelas de la realidad a un artificio verbal de engaños y embelecocos hilvanados para satisfacer los intereses propios de un grupo, estamento o camarilla en busca de una legitimación postrera de sus intereses y opiniones. Samblaje de medios, fines e intereses parcialmente licuados en el alambique de la proteica ideología oculta bajo sus mil pieles, formas, ropajes y caretas. Y de esta misma guisa y disfraz, la ideología del

espectáculo comenzó a interferir e inmiscuirse *in crescendo* en los resortes de la floreciente y ampulosa sociedad occidental durante la segunda mitad del pasado siglo, desbancando, en una cuidadosa labor de zapa y desgaste, la herencia cultural legada por ese omnipresente Occidente de la *République des Lettres*. Para la implantación del nuevo modelo social y cultural era necesario demoler el anterior edificio y levantar sobre el terreno baldío un edificio de muchos más colorinches y afeites.

Sociedad promiscua y abigarrada. Las nuevas señas de identidad que la componen, residirán, a partir de ahora, en la desmoralización y el resquebrajamiento de un sistema cultural reemplazado en su totalidad por un sucedáneo barato de diversión, asedio informativo y marasmo artístico. Un avasallador popurrí de informaciones y adelantos; innovaciones y *pastiche*. Continua búsqueda de emociones siguiendo el ritmo y compás de noticieros y avances informativos. Ingravidez. Premura de opiniones y tertulios. Insoportable levedad del individuo digiriendo ingentes cantidades de información sin ningún valor didascálico y formativo. Implante y *kirsch*. Pelé-melé de informaciones bien trituradas que mantendrán al espectador, la audiencia y el escuchante en el limbo desnortado de una razonable inopia.

Pero esto no es más que la punta visible del iceberg. Otro aspecto de mucha mayor enjundia y ligado a este nuevo modelo social *com en la nit les flames a la fosca*, según el verso del poeta, reposa en la asimilación de un andamiaje cultural que ha sido promovido a conciencia por los círculos, campos o anillos de poder que controlan los mecanismos de producción, propagación y distribución del saber: una amplia y extendida malla de conocimientos tácitos. Es por ello que los iconos y reclamos culturales de una sociedad o un área geográfica ribeteada de semejas tonalidades, colores y matices, a resultas de padecer los efectos de aplanamiento y homogenización derivados de la mundialización o globalización, no pasan de ser una

mera construcción social *a posteriori*; una inversión u operación de agiotaje mercantil. Mas allá del dudoso valor *per se* intelectual o artístico de las obras de los “mirlos blancos” tocados por la todopoderosa barita mágica del mercado, éstos se convertirán, de la noche a la mañana, en la voz y el rostro aclamado de magazines y críticos al albur de modas y consignas editoriales. La imagen vendible y vendida del programa cultural organizado y promovido por una oficina de marketing, se encarnará en la figura, gestos y palabras de aquéllos. Así, no es extraño que, a la hora de exportar la cultura de un país a otro, las grandes multinacionales, conchabadas en una misma política de beneficios y manejo de los productos culturales previamente ahormados en las fraguas del mercado, no duden, en hacer volar y circular a estos “mirlos blancos” de un territorio o jaula a otra. Para los mecenas de la información no existen ni fronteras ni barreras infranqueables. Déjese usted caer por la sección española de una librería italiana, francesa, alemana o rusa: allí verá a esas perlas de la corona española.

Lo cierto es que, para evitar semejante avasallamiento y asedio de los productos culturales lanzados en las gélidas aguas del mercado, el ciudadano, consumidor y votante cuenta con la inestimable ventaja de poseer al alcance de su mano, un raudal de información alternativa en nada desdeñable. Es tan fácil como un simple movimiento del ratón. Sin embargo, ello no obsta para que la paradoja se haga aún más palpable y evidente: a mayor caudal y disponibilidad de la información, menor grado de conocimiento. Al fin y a la postre, el consumo desenfrenado e indiscriminado de una información *prêt à porter* incide en nuestros propios hábitos de conocimiento, (re)conocimiento y asimilación de las migajas de información que vamos picoteando aquí y allá. Como apuntaba el sociólogo canadiense Marshall McLuhan y nos recuerda Mario Vargas Llosa, *el medio es el mensaje*, es decir, *que los medios no son nunca meros vehículos de un contenido* (El País, 31-07-2011). O sea, los medios ejercen una

influencia sobre el mismo contenido que nos transmiten y, a la larga, acaban modificando nuestras pautas de actuación y pensamiento.

Pero ahora, a la tríada conformada por el vasallaje informativo, la construcción socio-mercantil de la cultura oficial y el desplazamiento de la herencia cultural occidental en beneficio de un paradigma del show y el espectáculo, se le suma el desmantelamiento definitivo del renqueante Estado del Bienestar y el consecuente desmembramiento de la educación pública de calidad. Si todo andaba de mal en peor – y bastaría echar una ojeada a los informes PISA- las medidas de *ajuste estructural* plasmadas en el recetario económico de los recortes emprendidos en el sector público, no harán sino agravar, aún más si cabe, la precaria situación de la educación en nuestro país. Si los políticos, amancebados y siguiendo al pie de la letra las consignas del F.M.I. y el B.C.E, estiman que los tijeretazos – o más bien cuchilladas- del ente público acabarán parcheando los enormes problemas del endeudamiento público y *sobre todo privado* que arrastramos desde el estallido de la crisis financiera, tales medidas, sin embargo, no parecen señalar la vía más propicia para abordar y contrarrestar la enorme cruz de una economía desfondada. En estos términos el economista norteamericano Paul Krugman señala, aludiendo al caso de EEUU, que durante un retrotraimiento y desbarajuste económico, *despedir a cientos de miles de profesores no parece una buena manera de conquistar el futuro* (El País, 25-09-2011). La aplicación de similares recortes públicos afectará a la calidad de la enseñanza pública ahondando en sus carencias y debilitándola en favor de un sistema educativo privado, mucho más atractivo para aquellos que puedan costearlo. Si a doña Esperanza Aguirre se le escapó en uno de esos fatales descuidos ante las cámaras, que deberían comenzar a replantearse la privatización de *algunas etapas* de la educación pública, no es por ello menos cierto que los palafreneros del neoliberalismo dan por sentado que una privatización de la educación extirpará de raíz todos nuestros

problemas de financiación. Tal vez, la privatización logre soliviantar, en cierto modo, los problemas atinentes a la financiación. Aunque también es cierto que ésta no acarrea consigo la solución definitiva al gravísimo y recurrente problema de la educación. Al contrario, lo agravará y acentuará. Tomemos el ejemplo de la sociedad inglesa en donde la privatización a ultranza del ente público se iniciara allá por los años ochenta bajo el mandato de Margaret Thatcher. Según revelan recientes estudios académicos, la sociedad inglesa, a día de hoy, es una de las sociedades más xenófobas e inequalitarias del mundo. La privatización educativa no ha hecho sino afianzar las diferencias sociales y erigir un sólido sistema de exclusión y brutalización social. Porque la privatización de la enseñanza no es ni mucho menos sinónimo y garantía de calidad educativa sino de elitismo, barbarie y exclusión. Cuando el espacio público se degrada por el propio desgaste, abandono y falta de financiación estatal, la sociedad, lejos de avanzar, se encasquilla y ovilla en sus propios vicios, defectos y carencias.

Esperemos, pues, que las medidas presagiadas en el fatal descuido de doña Esperanza Aguirre no lleguen al puerto deseado porque, visto lo visto, que nadie se extrañe si al cabo de algunos años nos topásemos de nuevo con otro joven despistado, echando mano del celular en la segunda planta de una céntrica librería madrileña y comentando a su amigo que él, de *El Quijote*, no tiene ni puñetera idea, aunque le suena de algo; pero en el instituto le obligan a comprar el librito y ya está harto de dar vueltas en la sección de escritores sudamericanos para tratar de dar con el dichoso escritor de nombre tan raro que seguro será mexicano ecuatoriano o colombiano.

Valcárcel y los designios de “lo político”

Tras la aprobación de la polémica ley de Medidas Extraordinarias culminada por el ejecutivo del presidente popular Ramón Luis Valcárcel, la Región de Murcia ha sufrido una serie de convulsiones sociales y movimientos de protesta preconizados desde los sindicatos y principales partidos de la oposición. Tan vivaracho azogue tiene como objetivo inmediato promover las sobradas reivindicaciones ciudadanas, elevadas contra el mayor “tijeretazo social” acontecido nunca jamás en la historia de la Comunidad murciana. Para tratar de dar marcha atrás y revocar las tan criticadas “medidas de constricción económica”, esto es, de “ahorro”, los principales instigadores de la revuelta contra el Gobierno Regional – sindicatos y oposición- insisten en la violación constitucional que supondría la aprobación de esta ley, debido, en gran medida, a una conculcación de las competencias administrativas asignadas al ejecutivo regional. Así, tenemos a los actores sociales soberanamente indignados ante la inminente reducción salarial, decidida, de consuno, y aplicada, sin previo aviso, por parte del Gobierno Regional para no dar ni tan siquiera pie a una discusión parlamentaria encaminada a buscar una vía alternativa a la quebradiza “crisis” que sacude la Región. Buscar una estrada diferente para ponerle freno a la enorme deuda acumulada en la Región como consecuencia directa de la nefasta administración de los recursos económicos llevada a cabo por

el figurado farandul acampado en los despachos y pasillos de la Consejería Regional – entre los que se cuentan parientes lejanos del señor Valcárcel- antes de aplicar sañudamente la tijera en los estipendios de los funcionarios públicos. Ante la escabechina regional del Partido Popular, para tratar de reducir los megalómanos costes de la Administración y obtener de este modo el visto bueno desde Madrid, con la intención de canjearse un crédito que le vendría como agua de mayo para sanear las cuentas y parchear los enormes orificios que asaetean o agujerean el exiguo erario regional, el señor Valcárcel no tiene ningún reparo en salir a la palestra pública y apuntar aviesamente al gobierno Zapatero como el principal responsable de la caótica situación en la que se encuentra sumida la Región de Murcia porque el Gobierno *“nos prohíbe terminantemente endeudarnos, algo que si permite a otras comunidades, pese a que la Región de Murcia es la cuarta comunidad menos endeudada de España”* (La Opinión 28-12-2010).

Asolada por las deudas, los impagos en los ayuntamientos, el aumento exponencial del desempleo y una economía estancada, el Gobierno Regional hace asimismo oídos sordos a los reclamos procedentes de la calle asegurando que no se trata más que de medidas “coyunturales” requeridas para paliar el déficit presupuestario y mantener el bienestar social de la ciudadanía *“si los ingresos han bajado y el Estado no nos permite endeudarnos, la Administración regional no puede mantener el mismo nivel que cuando si disponía de esos recursos, porque eso sería poner en riesgo el bienestar de los murcianos”* (La Verdad 24-12-2010).

¿Bienestar de los murcianos? Y el de tantos vivales, mercachifles, banqueros, buhoneros, constructores y empresarios que en su depredador festín del territorio regional se verían peligrosamente privados de cobrar los millones de euros adeudados por el ejecutivo popular de Valcárcel. Desde las triquiñuelas y virguerías legales desmadejadas por el gobierno regional para salvarle el trasero a unos

cuantos “conocidos” del señor Valcárcel en el pago y posterior regeneración de la bahía de Portmán hasta el faraónico proyecto de la *Paramount* pasando por el delirante evento de *Manifiesta 8* defendido a capa y espada meses atrás por el consejero de Turismo y Cultura, Pedro Alberto Cruz, el señor Valcárcel se empeña en vendernos la moto recurriendo a un consabido pasaje a la defensiva - donde se mezcla una cerril hipocresía con una retórica de parvulario- para hacernos creer que todas y cada una de las inversiones catapultadas desde la Consejería regional han estado sumidas a un riguroso examen, por parte de un equipo preparado y competente para tales efectos, con la finalidad de mirar única y exclusivamente por el “bienestar de los murcianos” sin incurrir en un innecesario despilfarro que pudiese haber agravado un tanto el catastrófico estado de las cuentas regionales. Incluso, aquél llegaría a insinuar socarronamente en el Parlamento regional que le dijeran “dónde meter la tijera”. Mas el señor Valcárcel se equivoca de cabo a rabo y confunde los términos porque la principal cuestión no radica en saber dónde meter o no meter la tijera sino, más bien, en ¿por qué tenemos que “volver a meter la tijera” cuando desde Madrid ya se encargaron de reducir un cinco por ciento las mercedes de los funcionarios hace apenas un año? Además, ¿no asegura el señor Valcárcel que somos la cuarta comunidad menos endeudada de España? Entonces ¿por qué otras comunidades no se han visto obligadas a recortar nuevamente el salario de los funcionarios? De este modo los funcionarios de la región no verán su estipendio doblemente menguando, sino que deberán curvar asimismo el espinazo ante las nuevas disposiciones laborales donde se aboga por una ampliación del número de horas anuales, junto con una reducción en el coste de las horas extraordinarias.

Todo esto gracias a los tejemanejes de un gobierno imposibilitado para sacar a flote una comunidad brutalmente zarandeada tras la llegada de la “crisis”. Una región que no cuenta con

el necesario parapeto de un ejecutivo responsable, organizado, eficaz y a la altura de las condiciones exigidas para retomar el rumbo de una nave a la deriva. La desastrosa e ineficiente gestión, el despilfarro, el comadreo, la farsa y la doblez...hete aquí algunos de los mayores defectos que Valcárcel – y su camarilla- tratan de ocultar, - perdiendo el tiempo en inculpar a Madrid de todos los males que aquejan a la Región de Murcia-, antes de ponerse manos a la obra para enderezar el entuerto ocasionado. Pero no seamos tampoco ingenuos y creamos que la milagrera panacea para barrer de un plumazo este escabroso retablo llegará de la mano con la destitución del actual gobierno. Ni Izquierda Unida, Partido Socialista, Unión Progreso y Democracia *e via dicendo* se cuentan entre los anhelados remedios porque para ello no sólo urge capear el temporal, sino remodelar hasta la médula o cogollo el modelo de desarrollo socio-económico cuajado en el entramado tendido por las pseudo-democracias occidentales. Las baldas de la melancolía, del discurso democrático, coquetean descaradamente desde hace mucho tiempo con los poderosos mecenas del mercado internacional trastocando los principios básicos de la Democracia, tales como justicia y equidad, en sus equivalentes modernos de poder adquisitivo utilidad y beneficio que no hacen sino vaticinar el último y definitivo canto del moribundo cisne democrático.

Para aquellos que aún mantengan vivas sus esperanzas en la renovación de la sociedad desde el ámbito de lo meramente político, no tendrían más que escuchar a la ministra de Economía, Elena Salgado – y días después el mismo Zapatero- alabando y dando el aldabonazo definitivo a la puesta en marcha de las reformas emprendidas desde el gobierno regional y haciéndose, pues, de esta forma, cómplices mediatos e inmediatos, de un presidente regional vapuleando los derechos fundamentales de los trabajadores y saltándose a la torera las normas tácitas de lo políticamente correcto dentro del juego democrático, en donde la palabra no puede

convertirse en el monopolio definitivo de una sola voluntad, sino en el trueque, albedrío y consenso de los todos en favor del todo.

Luces y sombras en Moscú

Un añoso y destartalado autobús enfila la avenida Tverskaia. Se detiene a un lado de la calzada gambeteando, como bien puede, a través de los siempre abarrotados carriles de una ciudad congestionada por el tráfico insano e incesante de furibundos conductores. Todos ellos reclaman su reñida porción de asfalto a base de estridentes bocinazos y atrevidas maniobras. Los pasajeros de la ferruginosa tartana urbana descienden con la frente, cuellos y camisas bañadas en un pringoso y escurridizo sudor estival. Aprietan las quijadas y con un mohín de velada resignación sortean las trampas tendidas a lo largo de una avenida plagada de chamizos de construcción y empedrados a medio rehacer. Trampas que desbordan las frugales coordenadas de la avenida Tverskaia y se extienden por toda la ciudad en una enigmática telaraña hilvanada con tal de satisfacer el polémico e inefable mandato del nuevo alcalde, Sergei Sobienin, empeñado en volver a adoquinar *nolens volens* todas las aceras de Moscú. Pero el enigma se resuelve cuando los jirones de frases desprendidos de maledicentes habladurías, apostrofan que la señora esposa del alcalde dirige una empresa de adoquines, casualmente utilizados ahora para remodelar las gastadas aceras moscovitas. Al menos, esta vez, el escalpelo de la Autoridad revolverá las entrañas de Moscú en un afán casero de lustrar y embellecer las baldosas de una ciudad abriéndose paso, como orquídea primaveral, en su célere y mirífica conversión al capital.

Dolorosa conversión traducida en la poliédrica y arrevesada disposición topográfica de los puestos y tenderetes, buhoneros y vendedores ambulantes prodigando el sacrosanto principio de todo liberalismo pionero: la transacción y la compraventa. Tras los mostradores de cartón y hojalata creciendo como champiñones en los subterráneos del metro de Moscú o en el exterior, entre recovecos de dudosa salubridad, refulgen mercaderías procedentes de los cuatro puntos cardinales. No obstante aquí prima el sentido práctico: todo es vendible si no se demuestra lo contrario. Pero si tal no fuera el caso no bastará sino saber negociar una succulenta y acertada suma de rublos.

Aunque el nuevo ruso *novyi russkii* acoge el milagrero aterrizaje del ansiado capital titilando en sus pupilas en forma de una lluvia dorada de petrodólares, gas, automóviles de alta gama, mercaderías, importaciones y negocios facilones, la satisfacción contenida de algunos sectores de la población delata los innúmeros trampantojos y añagazas de tan vívida reconversión. La llegada de Vladímir Putin al poder hace once años y su “viraje hacia Occidente” recelan, según relata Lilia Shevtsova en *Putin's Russia*, del doble rasero e hibridez del nuevo régimen instaurado por el antiguo agente del KGB. ¿Cómo adoptar la cutícula democrática y hacer fluir el codiciado maná capitalista sin perder nuestras señas de identidad ribeteadas de la acendrada ideología soviética? Una política de espejos y dobleces; raseros e intereses democráticos apalabrados de puertas para afuera, mientras de muros para adentro aún se recurre a un rígido paradigma de lealtades y obediencias grabadas con los imborrables caracteres totalitarios que perviven en el sesgo de gestos y mohines, de palabras y silencios. Aunque no todo acto de empatía en Rusia se reduce a Putin y la manida herencia soviética –como algunos sesudos intérpretes occidentales repiten sin cesar. Y por ello, no cabría pasar por alto y a vuelapluma eso que con afinada sutilidad Alain Besançon denomina *l'âme idéologique* en su imprescindible estudio sobre las raíces intelectuales del Leninismo a la hora de comprender la actual

situación de Rusia en el tablero del mundo. Parafraseando a Besançon, Rusia mantendrá aún candentes, aunque no visibles a primera vista, los profundos surcos y huellas grabadas en el ánimo de su clase política con el artero mazo de la *ideología* bolchevique, mientras perdure y alabe la memoria del fantasmal ocupante del Mausoleo de la Plaza Roja. Un ocupante, que tras la revolución documentaria de los años noventa advenida con el hundimiento de los regímenes comunistas del este de Europa recobra el color, la fragancia y los matices ensombrecidos a fuer de la tergiversación, la patraña y los escombros acumulados sobre su imagen y recavados, para bien de la Historia y el historiador, entre los custodiados archivos de Moscú. Como tal, Stéphane Courtois en *Communisme et Totalitarisme* (2011) remite al odio y la paranoia de un Lenin obsesionado con la “limpieza y exterminio del elemento burgués y capitalista” o “la instauración a sangre y fuego del ideal bolchevique” todo ello recogido en la atroz proclama de “quien no trabaja no come”.

Con todo, los turistas se agolpan a la entrada del Mausoleo y le rinden la debida pleitesía en un silencio admirativo o una callada incomprensión. Tras la visita programada y una vez ahítos de la espera y la posterior catarsis, rehacen su andadura bordeando los hirsutos muros del Kremlin para sacarse la deseada instantánea abrazados a la vivaracha reproducción de un Lenin y un Stalin posando, serviciales y pizpiretos, en la plaza Manengna por tan sólo cien rublos la fotografía como bien reza un arrugado cartelito escrito en todas las lenguas del orbe. ¡Todo un chollo para el turista hastiado de tanta reverencia mortuoria al fantasmal cadáver del Mausoleo! Pero no todo en Rusia son fantasmas del pasado. El nuevo ruso contempla el presente y exhibe su fijación por las suculentas impostaciones traídas del lejano Occidente gracias al despegue sin alas de la Santa Rusia hacia el cielo estrellado del capital durante el indeleble e imperecedero reinado de Vladimir Putin. Y en Rusia no escatimarán en elogios y zalemas al ex agente del KGB por haberlos colocados tras la estela del tanpreciado

bergantín occidental. No lo olvidemos, las encuestas hablan por sí solas: la gran mayoría de las jóvenes rusas consideran a Vladímir Putin un modelo de hombre ideal, casi de ensueño, que se deshace del estrecho corsé del político al uso conocido en Occidente y cuando llega el verano cabalga por las llanuras de la república de Tuvá con el torso al descubierto, abate tigres en Siberia o descubre ánforas en el Mar Negro (*El País* 10-08-2011).

Icono y reclamo sexual de la Nueva Rusia y los nuevos rusos. Poder, Riqueza y Autoridad aúnan el explosivo cóctel resumiendo la creciente popularidad de un Primer Ministro que no cesa de robarle minutos de protagonismo cada noche en las noticias de la televisión estatal al presidente Dimitri Medvedev. Vladímir Putin, el Deseado, reaparece, casi a diario, reunido en su despacho junto a los ministros y representantes del poder secular. Comanda, ordena, promete y acude campechano y circunspecto a conferencias, combates de lucha libre, mesas redondas y eventos de toda guisa sin dejar de aconsejar y anotar en su agenda personal los reclamos de ciudadanos y paisanos. Todo marcha según los proyectados raíles: si el Destino no lo desmiente, Vladimir Putin presentará su candidatura a las próximas elecciones presidenciales. Ante todo calma, pero sin bajar la guardia ni un solo instante porque confiar la última carta al Destino podría jugarnos una mala pasada. Nunca se sabe a qué atenerse cuando uno se confronta con el turbulento Hado guiando los pasos de la Santa Rusia: ¿un nuevo estallido del hervidero checheno? ¿Incendios asolando la estepa? ¿Cruentos enfrentamientos en una reavivada guerra contra la vecina Georgia? ¿Hundimiento de un submarino nuclear? Este verano, al menos, parece que la tragedia no sobrevuela el territorio ruso. Además, las cosas parecen marchar viento en popa y no sobran motivos de satisfacción entre los moradores del Kremlin: a unos meses de julio y agosto relativamente suaves, se unen la agitada actualidad socio-económica de los antiguos territorios de la Federación de Estados Soviéticos: Bielorrusia y Ucrania. El primero

hundiéndose cada vez en el lodazal de una crisis económica propugnada por el régimen voraz de Lukashenko y la segunda sofocando los últimos rescoldos de la *Revolución Naranja* tras el encarcelamiento de Yulia Timoshenko a raíz de sus supuestas concesiones económicas al gobierno ruso y desfavorables a los intereses de Ucrania atinentes a los acuerdos consignados en 2009 entorno al suministro de gas. En el Kremlin se frotan las manos. La insubordinación al poder emanado desde Moscú se paga muy cara.

Quizás el turista, más preocupado en dar salida cuanto antes a los rublos acumulándose en su monedero, se deje llevar por las apariencias de pujante prosperidad diseminadas aquí y allá en los cartelitos y la avasalladora publicidad recubriendo, a semejanza de una purulenta escama, el decorado ficticio adornando el centro de Moscú y los alrededores del Kremlin. Pero tan solo bastaría alejarse unos metros de sus enhiestas murallas y perderse en el entramado de calles y callejuelas a medio asfaltar, para romper el velo de las ilusiones y percibir el deleznable abandono acrisolado en las fachadas, edificios, iglesias, parques y mobiliario público. Una llamarada enciende presta la mecha de la reflexión, ¿en qué se invierte el dinero público recaudado gracias a los impuestos de los moscovitas? Respuesta a todas luces evidente: en adoquinar la ciudad porque aquí como en todas partes adolecen las mismas carencias: no hay dinero suficiente para más. Pero aquí, como en todas partes también se rumorea de la torcida voluntad del político más preocupado en el propio interés que en el ajeno. Sin embargo, aquí el abismo entre Autoridad y Sociedad, se ensancha hasta encarnar una sensación de vulnerabilidad y desamparo frente a un Poder bien amurallado, sin parangón con la experiencia política de las pseudo-democracias occidentales. No es por ello menos cierto que las voces dispares criticando al Gobierno y sus adláteres se alzan y dejan oír en la Santa Rusia. Pero tan sólo reverberan hasta ese punto en el que la atonía no se convierta en incordio o malestar capaz de perturbar los sueños de

los moradores del Kremlin. Tal vez esa vulnerabilidad y desamparo del ciudadano ruso, trasluzca en la anegada historia de sufrimientos, vasallaje y privaciones de esa llamada “excepcionalidad del alma eslava” que ya en el siglo XIX Konstantín Leóntiev asimilaba a la herencia bizantina y Dostoievski constataba como una marcada peculiaridad rusa. Ese mismo Dostoievski de mirada huidiza que ahora reposa, ceñudo y taciturno, en la entrada principal de la desangelsada Biblioteca Estatal Rusa (antes Biblioteca Lenin), atisbando de soslayo uno de los ángulos de la muralla rodeando la ciudadela del Kremlin y tratando, en el silencio sopesado de la reflexión, de ahondar en las entrañas de la vieja-nueva Rusia que se perfila bajo su ojos.

La mirada se diluye en la apriscada penumbra de la incertidumbre, ¿cómo espulgar el trasfondo sustentando el armazón socio-político de la nueva Rusia sin caer en la tergiversación difuminada de la propia mirada occidental? ¿De qué forma desembrollar y tamizar la compleja y cambiante realidad de un país y una civilización ajenas tanto en lengua como historia y tradición sin recubrir las con las categorías mentales acomodadas a lo ya conocido? Las cábalas se retuercen en un enmarañado dédalo de lianas invisibles, espejismos y callejones sin salida. ¿Cuál sería el calificativo adecuado para la nueva Rusia? Como afirmaba Winston Churchill, Rusia “es un misterio dentro de un enigma”.

El autobús desaparece dando bandazos entre la procelosa marea de automóviles y la letanía de un horizonte prístino y azulado en dónde al son de los cláxones se mezclan los sonidos de un altavoz situado en el terrado de un edificio coronado con un letrero de Coca Cola y una imagen de Naomi Campbell inquiriendo: ¿pero quién no vive todavía entre nosotros? *a kto echtcho nie giviot v nashei dome?*

Carta abierta al Presidente del Gobierno

Señor Presidente del Gobierno,

desde el alcázar de la treintena, avizoro el trasegado panorama nacional con escepticismo y aprehensión. No podría negarle que semejantes sentimientos, acentuados durante los últimos meses, ya me rondaban con anterioridad al aterrizaje forzado de la crisis económica. Una crisis machacona que la gran mayoría de la diputambre – y perdone por la expresión tomada de Francisco Umbral- ha utilizado y manejado a su antojo para dar cuenta cabal de todos los problemas que nos asuelan. La crisis, como le decía, se ha trastocado en una bienvenida panacea salvadora, empleada y recurrida insistentemente como respuesta simplificada e inmediata cuando se tratare – o intentase tratar- sobre la complicada realidad socio-económica de este país: todos nuestros males son consecuencia directa o indirecta de la crisis. La sola mención de la temida palabreja ya nos exime de acometer este enrevesado desaguisado desde una perspectiva mucho más amplia que hunda sus raíces en las hediondas entrañas de nuestro entramado socio-económico. Un buen día nos despertamos del dorado sueño europeo envueltos en la densa calima de una crisis que de golpe y porrazo sacaría a la superficie toda la escoria arrumbada durante años en las cloacas o alcantarillas del figurado palacete económico, erigido gracias a los discursos distorsionados y fabuladores de las camarillas gubernamentales en torno al consabido “crecimiento español”. Incluso llegaríamos a destacar a la cabeza de las mayores

economías mundiales copando el séptimo puesto. Pero todo eso queda muy lejos, el oro y la plata del Potosí se agotaron mucho tiempo ha.

La componenda y el trampantojo urdidos durante tantos años de retórica fiambre y discursos sesgados, se desplomarían en un abrir y cerrar ojos en cuanto llegasen a nuestras costas, los primeras vientos alisios de una crisis ahora trasformada en huracán. Crisis, que no ha menester recordarle, su partido se encargó de silenciar, aplacar e incluso negar aduciendo para ello, la buena salud y fortaleza de la economía española. Las fementidas promesas de su partido tocarían el techo de lo inaudito cuando presenciásemos atónitos la decisión de llevar a cabo los mayores recortes sociales en la historia de nuestra democracia. Unos recortes tan sólo contestados con una tímida huelga general, mientras los de la ebúrnea gaviota voladora se frotaban las manos pensando ya en las próximas elecciones. Y es que en España el Gobierno siempre tendrá la inestimable ventaja de contar con el servilismo prestatario de un sindicalismo bonachón, doblegado e hincado de hinojos ante los designios de la mano que le da de comer.

Dejemos por el momento, señor Presidente, arrinconadas las faltas y desmanes cometidas en meses precedentes y vayamos directamente – si me lo permite- a poner los puntos sobre las ies de la más reciente actualidad. Según las últimas estadísticas publicadas días atrás, España ronda los 4.250.000 de desempleados, esto es, un 20% de la población activa. Dentro de esta cuota, podemos asimismo desgajar la porción atinente al sector de jóvenes cualificados sin trabajo, el cual – aunque esto no le pluguiese a ningún Presidente del Gobierno- alcanza el 70%. Una cifra que me dejaría helado, aunque más allá del baile de cifras, lo realmente preocupante atañe a las escasas o prácticamente nulas expectativas depositadas en el futuro. Más aún si tenemos en cuenta la inquietante reforma de las pensiones puesta en marcha con la intención de responder – según los argumentos falaciosos esgrimidos por su parte- a una inminente necesidad de reajuste estructural evitando así, que en lo venidero, una

buena parte del P.I.B se esfume en la financiación de las pensiones debido a la transformación y modificación de la dinámica demográfica. Como explicación complementaria y supletoria está muy bien, - de eso no me cabe la menor duda- pero se quedaría en evasivo subterfugio si no añadiésemos a lo ya expuesto que gran parte de la deuda española, así como europea, se encuentra en manos de los fondos de pensión. Y ahora no es el momento de incordiarlos demasiado. Lo principal será tranquilizarlos, tanto a ellos como a sus mercados, para evitar que la voracidad especulativa de estos últimos, se cebe con nosotros y nos ponga en un aprieto similar al de Grecia e Irlanda.

Pero seamos realistas señor Presidente, ¿acaso cree que aquí abajo nos chupamos el dedo? Le aseguro que la respuesta es un *no* rotundo, porque ya hemos visto como se las gastan los de arriba. Así, hace menos de un mes nos enteramos que la Mesa del Congreso rechazó la posibilidad de modificar el sistema compensatorio de las pensiones parlamentarias, a tenor de la redomada negativa de PSOE y PP, rechazando, sin discusión alguna, introducir cambios en el sistema. Si tenemos en cuenta que el nuevo complemento de pensiones a los parlamentarios se aplica desde 2006, aprobado tras una iniciativa conjunta del PP y PSOE – para esto señor Presidente si se llegan a acuerdos con la oposición- en donde se establecía que los diputados y senadores sumando 11 años en el escaño tendrían garantizado el cobro de la pensión máxima estipulada en 2.232, entonces, ¿no estima un tanto abusivo su reforma de la pensiones? No es por ser aguafiestas pero aquí abajo también sabemos de las pensiones vitalicias de los dos ex presidentes del Gobierno fijadas en 80.000 euros anuales – sin hablar de los complementos procedentes de sus ocupaciones privadas. Pero esto no es todo. Aquí abajo nos llegaron incluso oídas de que ambos ex presidentes rechazaron formar parte del Consejo de Estado para tratar de abordar la crisis, al enterarse que sus ingresos privados no eran compatibles con el cargo

¡Anda y que se pudra España! Mientras yo siga cobrando una pensión vitalicia del Estado – pagada por todos y cada uno de los españoles- y llenado mis alforjas como asesor de Endesa y Gas Natural. Pero no nos vayamos por los cerros de Úbeda, señor Presidente.

Le comentaba que tras la reforma de las pensiones, el futuro se enfosca un poquito más, sobre todo para esa franja de la población comprendido por jóvenes cualificados, sin trabajo y sin ninguna expectativa de futuro porque, constreñidos a la resignación, ven como la angosta aspillera de sus posibilidades laborales se estrecha cada vez un poco más ¿Por qué? ¡Vamos señor Presidente, es usted una luminaria, no me diga que no ha pensado ya en esto! En primer lugar, porque ahora, tras la reforma, todo el mundo se aferrará a sus puesto de trabajo, como oro en paño, con la intención de jubilarse sabiéndose valedor de recibir la máxima cotización fijada. Ergo, durante los próximos años se liberarán muchos menos puestos de trabajo para los neófitos cualificados deseosos de entrar en el mercado de trabajo. En segundo lugar, si éstos no encuentran un trabajo hasta los treinta años – siendo muy indulgentes y optimistas- ¿hasta que edad se verán impelidos a trabajar para asegurarse una jubilación digna? No se preocupe, señor Presidente, porque ya he visto que su Gobierno se ha puesto manos a la obra para solventar esta enojosa dificultad, dando con la clave de bóveda: mandémoslos a Alemania. En efecto, ya que la escasez de puestos de trabajo en España nos corroe como un cáncer, enviémoslos fuera para que se ganen el pan, reproduciendo de este modo unas pautas de actuación similares a las del régimen franquista. Hasta que punto la situación en este país es catastrófica, cuando a través de los medios de comunicación, se organiza una campaña para animarnos a bombo y platillo a realizar una emigración forzada dadas las terribles condiciones del mercado laboral. El ejemplo alemán nos pone ante los ojos un claro contraste de la insalvable distancia entre ambas economías, así como de las nefastas repercusiones de la crisis en este país que, según vociferaban desde la Oposición tiene “sed de

elecciones” cuando lo que de verdad tiene es “sed de justicia”. Sí, digo Justicia, con mayúsculas, porque de un tiempo a esta parte el arte del birlibirloque se ha extendido exponencialmente por todo el territorio. Toda la balumba de dirigentes, instituciones y altos cargos conchabados con empresarios, constructores y hasta alguna personalidad del famoseo, salpicados por el fango de la corrupción, amaño y fraude fiscal no han hecho sino agravar el descrédito y alelamiento de la diputambre de cara a los ciudadanos.

Ya nadie se traga las patrañas y bazofias de la pseudo-democracia tendiendo una alfombra roja para el pizpireto desfile de los mercados financieros. El delusorio manejo de su Partido y el mohín risueño de la Oposición, esperando impacientemente la voz de las urnas, no consiguen sino acrecentar mi descontento, malestar y desprecio hacia los que se supone cancerberos de un bienestar social arruinado a despecho de las mezquindades e ineficientes murgas y pandorgas del estamento político. Ante aquellos que no han sabido gestionar el futuro de la sociedad española, encastillados y amparados tras la engañosa mampara del diamantino crecimiento español, no cabe sino la crítica mordaz y el reproche siempre amargo de unas instituciones y una diputambre en las antípodas del auténtico espíritu democrático. Tan sólo espero, señor Presidente, y con esto me despido, que por una vez sopesese detenidamente, reflexione y dirima sobre las actuaciones emprendidas por su Gobierno y la Oposición durante los últimos años para vernos abocados en esta tremenda situación en la que ahora nos encontramos sumidos.

El terrorismo bancario

Hace apenas unos días, el señor presidente del Gobierno, Rodríguez Zapatero comparecía ante el Congreso de los Diputados para rubricar el apoyo incondicional de España a la creación de una “zona de exclusión aérea” en Libia, votada por el Consejo de Seguridad de la O.N.U. el pasado 17 de marzo. Más allá de los habituales rifirrafes entre Gobierno y Oposición, atinentes a la preocupante coyuntura económico-social española, las razones aducidas por el señor Presidente garantizando el apoyo de España a las grandes potencias occidentales en la creación de un parapeto o escudo militar en territorio libio, fueron acogidas con júbilo y entusiasmo por los allí reunidos. Entre algunos de los argumentos esgrimidos aquel día, Rodríguez Zapatero concedía que la única y principal acometida de tan repentino ramalazo de solidaridad internacional hacia el pueblo libio procedía de *la necesidad de proteger a la población civil de las salvajes represalias del coronel Gadafi*, amigo íntimo del señor Berlusconi y no menos conocido de Nicolás Sarkozy y el ex presidente Aznar. Bajo el pretexto humanitario, Zapatero repetía machaconamente la imposibilidad, por parte de la Comunidad Internacional, de continuar impasible ante las amenazas de un dictador pisoteando los derechos fundamentales de la población. Invocando a ese *deus ex machina* en el que se ha convertido la Democracia Redentora del benévolo Occidente, el

Presidente se deshacía en recurrentes elogios hacia la Comunidad Internacional dadas las iniciativas y esfuerzos emprendidos desde el seno de la O.N.U para preservar el derecho del pueblo libio a decidir libremente su futuro. Tantos elogios para que al final de la comparecencia Rodríguez Zapatero olvidase elevar una tímida protesta contra la entrada en Bahrein de las tropas enviadas por la diamantina monarquía Saudí con la finalidad de ahogar y reprimir las protestas de la población, o bien una mínima alusión al vaporeo diario de los derechos humanos en España tras el repentino y unilateral endurecimiento de las políticas bancarias que no han hecho sino cuadruplicar el porcentaje de desahucios llevados a cabo en el país.

Las protestas de algunos particulares afectados por el viraje bancario han encendido las primeras luces de alarma. El cambio en las políticas bancarias viene inevitablemente acompañado con un aumento sustancial de las tasas estipuladas para el reembolso mensual de las hipotecas, – dada la voracidad ilimitada de las entidades bancarias que tratan de reunir nuevamente su capital monetario sin atender a nada ni a nadie- que no ha hecho sino agravar, los perniciosos efectos de la crisis sobre una gran proporción de la población española, literalmente ahogada ante semejo e inesperado endurecimiento. Familias enteras han visto como su suerte cambiaba de la noche a la mañana, pasando de recibir los parabienes de unas entidades bancarias volcadas con su clientela y deseosas de colocarle una hipoteca cuanto más abultada mejor, a tener que soportar las amenazantes e intimidatorias llamadas de aquellas mismas entidades que no ha mucho te proponían no sólo un piso en Alcobendas y una casita en la playa, sino que además te regalaban una lustrosa vajilla de porcelana china para engatusar a los amigotes al tiempo que se comprometían a financiar el coche, los muebles y lo que se pusiera por delante ¿Unas vacaciones a cuerpo de rey en un exótico paraje al alcance de muy pocos? ¡No se preocupe usted por nada porque le financiamos las vacaciones y le ofrecemos un tanto por ciento más

para que invite también a su suegra; Del altruismo desinteresado a la amenaza hostigadora antes de pasar al desahucio definitivo que no acaba con la entrega de los bienes tasados por el banco, sino que continúa con la injusta, humillante e incomprensible devolución íntegra de la hipoteca una vez te han dejado de patitas en la calle. No podría ser de otro modo dado el Edén judicial español, idóneo para fomentar el pillaje, abuso y correrías de los bancos.

Una de las primeras modificaciones en la ley Bancaria reclamadas desde las innumerables asociaciones creadas durante los últimos dos años en España por hombres y mujeres ahogados con el pago de la hipoteca o pendientes de un desahucio inminente, radica en la supresión de la mayor injusticia social que campa a sus anchas en España y con la cual se gratifica a los bancos no sólo con la devolución de los bienes adquiridos a través la hipoteca, sino que asimismo se obliga a los afectados a restituir íntegramente el volumen de la hipoteca otorgada por el banco una vez se ha consumado el desahucio. Una jurisdicción bancaria, cabe recordar, única en toda Europa. De este modo, una vez el banco te ha dejado sin vivienda – vulnerando de este modo uno de los principios fundamentales de la Constitución en donde se proclama que el Estado tiene la obligación de garantizar una vivienda digna a todos sus ciudadanos- el banco no ceja en su empeño de arruinar te la vida porque con la ley en la mano todo ciudadano está obligado a devolver religiosamente el resto y totalidad de la hipoteca.

Mientras se dispara el índice de la pobreza en España y los Centros de Caridad se han visto desbordados ante la inesperada avalancha de ciudadanos desamparados a su suerte traicionera, la ministra Elena Salgado zanja la discusión sobre la Reforma Bancaria excusando que en estos momentos ésa no es una prioridad en la agenda del Gobierno. Debe de estar repleta la agenda del Gobierno, pero ¿cuáles son entonces las prioridades del Gobierno? Si los altos vuelos del señor Rodríguez Zapatero no lo han llevado todavía a

extraviarse en el cielo estrellado de la Moncloa es hartamente improbable que éste aún no halla advertido el “terrorismo” apabullante y la extorsión más propia de la mafia siciliana, concomitante a las prácticas de acoso y derribo al ciudadano emprendidas por las entidades bancarias en España.

Según la definición de terrorismo sumariamente consensuada en el seno de la ONU se califica de tal a, *todo acto criminal encaminado o concertado para provocar un estado de terror en el público en general, un grupo de personas o personas particulares para propósitos políticos en toda circunstancia injustificable cualesquiera sean las consideraciones políticas, filosóficas, ideológicas, raciales, éticas, religiosas o de cualquier otra naturaleza que puedan ser aducidas para justificarlas...* Aunque el diapasón interpretativo bajo el cual se sopesa la aplicación de un delito de terrorismo es tan dilatado y correoso que algunos lo manejan a su antojo para justificar la invasión de un país, encarcelar a un grupo de individuos, camuflar los asesinatos colectivos del ejército israelí durante sus incursiones en la franja de Gaza o bien calificar la presunta agresión a un consejero regional como acto terrorista, con la definición en la mano, lejos de las trampas, vericuetos y encrucijadas de la retórica política, la praxis despiadada y depredadora de las entidades bancarias en España debería ser, sin más, tipificada como delito terrorista.

A medida que pasan los días, aumenta el número de desempleados incapaces de hacer frente a las hipotecas y por ende el número de familias sobre las que pende una espada de Damocles bien afilada por los asfixiantes pagos mensuales, las insinuaciones barriobajeras del banco y las constantes amenazas de desahucio. Todo esto, acentuado por la incomprensible actitud de un Gobierno de pastaflores que no hace nada para aliviar la situación. Al contrario, ahora se dedica a subir y subir los impuestos mientras el precio de la gasolina alcanza récords históricos y el precio de los productos

básicos se incrementa asimismo paulatinamente. Y todo esto para que aquellos que menos tienen paguen los platos rotos de una crisis provocada por la locura y desmanes fabuladores de los milagrosos mercados financieros y sus correligionarios.

Con la grave crisis institucional de nuestra vecina Portugal al borde de un descalabro económico-social, el Gobierno español, de nuevo embreñado en otra guerra, no ha dado ninguna señal manifiesta de adoptar una resolución firme y contundente que aclare un poco más nuestro incierto futuro y acabe, de una vez, con los desfalcos y abusos llevados a cabo por las entidades bancarias en el territorio español. Para colmo de males, el banco, viéndose escudado por la vergonzosa parcialidad que le ofrece el Gobierno español, no dudará en hundir un poco más en la miseria a todo aquel que no comulgue con sus normas. Continuará humillando, atemorizando, extenderá las reglas de su juego por doquiera y sembrará el miedo en millares y millares de familias españolas que contemplan con temor y pesadumbre su futuro inmediato.

Este otro tipo de terrorismo encubierto que ni altos mandatarios ni medios de comunicación se atreven a nombrar ni poner en la piqueta, no puede ser combatido con las armas ordinarias del Estado, porque éste, desgraciadamente, es su principal aliado. Para acabar con el imperio bancario, necesitamos la movilización inmediata de una ciudadanía organizada, concienciada y dispuesta a poner en funcionamiento toda una serie de mecanismos de autodefensa encaminados a pararle los pies y plantarle cara a un sistema bancario gozando de una descarada impunidad estatal. Ya es hora de salir a la calle y encararse de una vez para siempre con los que ahora se refocilan y esbozan complacientes sonrisas en sus relucientes despachos ubicados en la planta cuarenta y siete de algún rascacielos. Todo depende de nosotros. La espera se alarga y el tiempo no corre sino en nuestra contra. Tomemos, pues, a pecho, las palabras que Zapatero glosaba días atrás en el hemiciclo y ante las indiscriminadas

amenazas de la dictadura bancaria, reclamemos nuestros derechos, pongamos el grito en el cielo a favor del *habeas corpus* o bien pidamos a la Comunidad Internacional la creación de un “zona de exclusión bancaria” con tal de protegernos del pillaje, abusos y correrías de la mesnada bancaria.

De la agresión social: brotes violentos en Murcia

Tras el enardecido clima social vivido en la Región de Murcia desde la aprobación de la *Ley de Medidas Extraordinarias* el pasado 22 diciembre, se produce un hecho, a todas luces deleznable, como ha sido la paliza propinada al Consejero de Turismo y Cultura. Sin embargo, la actitud adoptada por algunos políticos y medios de comunicación – para mi sorpresa la edición electrónica de la *Opinión* titulaba un pie de foto donde aparecían varios representantes del Gobierno Regional a su salida del hospital Reina Sofía con el siguiente comentario: “atentado contra el Consejero”- se hacen aún más lamentables que la propia agresión, cuando advertimos el bochornoso e interesado manejo del tan penoso incidente por parte de las camarillas de opinólogos y estadistas ibéricos. Para unos, como los dirigentes del Partido Popular, este grave episodio se engasta dentro de una evidente “persecución política” consignada en la Región de Murcia contra el PP y llevada a cabo, en gran medida, por los partidos y grupos arracimados en torno a la oposición. En tanto para otros – medios de comunicación partidistas- la agresión no responde ni más ni menos que a un manifiesto atentado contra la Libertad, con mayúscula, aherrojada en el interior del marco democrático y amparada gracias a la atenta vigilancia del Estado de Derecho. De este modo, ambos estamentos se congratulan mutuamente fundiéndose en su caluroso abrazo de los principios democráticos. Regurgitan el

valioso idiolecto democrático para condenar unánimemente cualesquiera episodios acontecidos fuera de las coordenadas trazadas *a priori* sobre aquello que conlleva la etiqueta del buen demócrata y se aseguran una respuesta contundente, dentro de lo políticamente correcto, llenándose la boca con palabrejas tan vacías de sentido y significación como Justicia, Libertad o Estado de Derecho.

Pareja actitud cuadra muy bien con la inepticia exhibida por la gran mayoría de la diputambre a la hora de afrontar la bulliciosa actualidad que zarandea los cimientos de la sociedad española desde el aterrizaje forzado de la crisis económico-político-social. El politicastro de turno sólo ha de limitarse a repetir hasta la insania las abracadabrescas fórmulas democráticas, sin parar mientes un instante a sopesar las “posibles causas” que, en realidad, se esconden tras unos acontecimientos tan fuera de lo común como es la agresión a un representante del Gobierno Regional en la Región de Murcia. Al modo del ilustre escolástico convencido de la Transubstanciación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo gracias a los ensalmos hilemorfistas de las teorías aristotélicas o de aquel bufonesco doctor en medicina, retratado por el genio de Molière en *Le Malade imaginaire*, persuadido en la efectividad de su explicación filosófica acerca de las propiedades dormitivas del opio, al consignar que éste, ciertamente, poseía una “virtus dormitiva” provocadora del sueño, la diputambre se conforma con enarbolar el sacrosanto vademécum democrático para dar por zanjada y concluida cualquier especulación en torno al susodicho incidente que, a su vez, se inserta dentro de un marco mucho más amplio y complejo. Un marco modificado a tenor de una creciente animadversión contra el estamento político que, en algunos casos puntuales como en Grecia e Italia, ha desembocado en sendas agresiones a los representantes de sus respectivos gobiernos. Sin esperar una respuesta de la mano de aquellos que estarían más interesados en reflexionar detenidamente sobre semejante fenómeno, intentaremos desenmarañar este raro episodio violento acaecido en la

Región de Murcia con la intención de hallar la adecuada hiladura que nos oriente en este laberinto de Teseo.

Dentro de las diversas patologías violentas – violencia ante una situación adversa, peligrosa, desesperada, violencia impositiva, violencia provocada a consecuencia del odio, violencia consignada como una vía de escape, de liberación o la agresividad propia a la naturaleza de “lo humano”, como muestran los trabajos de Konrad Lorenz- debería guardarse una especial atención a la “violencia social”. Ésta responde a una determinada sintomatología propiamente originada en el interior de una agrupación social, cuando los llamados engranajes o resortes gubernamentales se muestran incapacitados para embridar o atajar un creciente descontento propagado en el seno de la población. En nuestro caso, la crisis económica juega también un papel manifiesto. Gracias a ésta se ha puesto en clara evidencia la gran farsa que se ocultaba tras la ampulosa fachada democrática y la obediente complacencia de políticos e instituciones ante los voraces designios del Gran Mercado Global. Este hecho ha logrado asimismo ensanchar, aún más si cabe, el descomunal abismo deslindando lo “que la política es” y lo “que debería ser”, al tiempo que ha conseguido descollar una conciencia colectiva mucho más suspicaz a la hora de depositar sus aceradas esperanzas en el devenir de un Estado en pro del bienestar general si las riendas de éste continúan en manos de esos mismos dirigentes que aún no han encontrado ninguna solución efectiva para salvaguardarnos de la tormenta e, incluso, se divierten sacándose los colores unos a otros o denostándose mutuamente de infamia y prevaricación mientras el ciudadano asiste diariamente al impúdico desfile de políticos, empresarios, instituciones, jueces, abogados y consistorios salpicados por supuestos delitos de corrupción.

Cuando la clase política, puesta en el ojo del huracán, no alcanza las expectativas en ella depositada – dando la espalda al ciudadano para poner en marcha una política de decretazos encaminada a expoliar al más desfavorecido con la intención de

agasajar a los todopoderosos mecenas del mercado- es normal que algunos individuos sientan un acuciante enojo porque consideran – y con razón- que sus derechos nunca prevalecerán cuando los omnipotentes soberanos del planeta financiero deciden dar un golpe de autoridad para volver a recolocar las piezas sobre el tablero democrático. Pero si además de lo ya mentado, nos trasladamos a una Comunidad en donde se registra la mayor tasa nacional de desempleo y en donde recientemente se han aprobado una serie de reformas excepcionales encaminadas a reducir el sueldo de los funcionarios, – junto con la ya consabida reducción de estos mismos emolumentos a cargo del Gobierno Zapatero hace apenas un año- aumentar el número de horas laborales y rebajar el coste de las horas extraordinarias, entonces parece como si el “atentado” contra el consejero comenzase a revestirse de un tono diferente y los “ataques” a la libertad democrática, aclamada desde muchos ámbitos de la opinión pública, no se ajustasen exactamente a la siempre sesgada interpretación maniquea de la realidad político-social en términos de izquierda-derecha o democrático-antidemocrático. Cuando un rey se exime de sus responsabilidades y pone en peligro la vida de sus súbditos entonces, -afirmaba el padre jesuita Mariana- aquellos están legitimados para expulsarlo del trono. A ojos vista nosotros condenaremos todo acto de violencia para usurpar el lugar del rey, pero no echaremos en saco roto las enseñanzas del estratega jesuita.

Así, traducido a los esquemas de la modernidad, la dictadura hipotecaria de los bancos, la violencia del estado ejercida a través de políticas sociales restrictivas, el aumento exponencial del paro, la congelación de los salarios y unas miserables expectativas de futuro, podemos estipular que muchos ciudadanos y familias enteras verán sus vidas amenazadas ante la efectiva falta de recursos materiales con los que abordar las imperantes necesidades del mundo moderno. La búsqueda desesperada de un empleo con la intención de rembolsar las hipotecas, evitar el embargo de los bancos o simplemente tratar de

llegar a fin de mes *e via dicendo*, nos hacen pensar que las paupérrimas condiciones de vida afectando en estos momentos a muchos individuos, ponen en peligro, como suponía el padre Mariana, su propias existencias. Más aún si tenemos en cuenta que no hace tanto los llamados estados democráticos y soberanos se apresuraron a tender una mano y vaciar sus arcas para mantener a flote un sistema financiero torticero, arrogante e implacable con los más desfavorecidos.

Con lo dicho parece como si el descontento se apoderase otra vez de nosotros. Pero sigamos adelante y de nuevo desviemos la mirada hacia la Región de Murcia para tratar de ahondar un poco más en los matices que revisten la contextura social bajo el cual se ha producido la lamentable agresión al consejero. A todo lo antepuesto, olvidábamos añadir, un aspecto muy importante: la congelación indefinida de las Oposiciones en Administración, Servicios, Educación y Sanidad junto con la supresión de 200 plazas de funcionario (*La Verdad 10-12-2010*). Esto supone un enorme varapalo para cualquier licenciado, diplomado o particular preparando – o bien interesado en preparar- los exámenes de sus respectivas oposiciones. A tenor de la supresión, millares de personas han visto inmediatamente truncadas sus esperanzas de futuro. Y todo gracias a la zascandil administración de la Consejería Regional ¿Alguien podrá imaginarse la sensación de impotencia y ninguneo experimentada por miles de individuos a los que el Gobierno Regional les deniega y arruina sus carreras profesionales? ¿Es esta la laureada libertad democrática? ¿A eso se refieren políticos y medios de comunicación cuando atribuyen a este suceso el sambenito de evidente “ataque” contra el Estado de Derecho? Visto así, la libertad democrática se transforma *mutatis mutandis* en la amansada libertad del esclavo gozando, tan sólo en sueños, de este perlado privilegio y no obstante creyéndose, por eso mismo, libre. Pero el sueño nunca bastará para

contentar y amilanar al esclavo porque un día éste saldrá de su onírica Arcadia para revelarse contra sus opresores.

Nuestro particular sueño dorado de *nuevos ricos, nuevos libres y nuevos europeos* se ha visto de repente quebrado ante los nefastos augurios aventados con la crisis económico-social. Perdida la fe del carbonero, la mansedumbre y atonía característica de la clase media española se muestran insuficientes para contener la ojeriza y descontento de algunos sectores de la población hacia los máximos representantes del estamento político. El ilusorio enriquecimiento hipotecario del español medio junto con el sorprendente – y delicado- avance y posterior derrumbe de la economía basada en el negocio fácil del ladrillo, han caído como un jarro de agua fría sobre el adormecido español medio. Toda la parafernalia democrática - travestida en una cortina de humo, perpetuando, en la sombra, la dictadura de los bancos y entidades de crédito- necesaria para garantizar un marco común de convivencia, evitando abusos e injusticias, ha exhibido su cara más horrenda y amarga. Esto nos indica que en la materialización de tan deleznable acto de violencia se conjugan algunas variables estructurales que ni políticos ni medios de comunicación han tenido en cuenta a la hora de valorar los “atentados y ataques” contra la Democracia originados en la comunidad de Murcia, a modo de simples altercados promovidos por individuos aislados del contexto social en el que se han originado tan lamentables incidentes. No se trata de disculpar, sino de comprender el *por qué* de una acción del todo excepcional que debería alertarnos ante el patente cambio en el clima político tanto en la Región de Murcia como en el conjunto del territorio nacional.

Antes, pues, de condenar los hechos desde la perspectiva de una “persecución política” o “ataque contra el Estado de Derecho” el estamento político debería arrancarse de una vez su hipócrita careta y entonar un solemne *mea culpa*, sabiéndose “perscusores” indirectos de una situación social, degenerando a medida que se hacían cada vez

más palpables los imperdonables desfalcos y desatinos de nuestros gobernantes. La Región de Murcia necesita un cambio de aires, un lavado de cara capaz de devolverle la esperanza a una ciudadanía cuyos derechos se han visto flagrantemente pisoteados por el avieso mecenazgo político del Partido Popular. Una comunidad que no se merece soportar pasivamente el interesado manejo de unos hechos a cargo de un presidente regional inmolándose públicamente – apareciendo en el programa televisivo *El gato al agua* denunciando la persecución que sufre su partido en la región de Murcia- para pedir la dimisión del delegado del gobierno y asegurarse de poner todo el “peso de la Ley” en la persecución y castigo de los cobardes agresores, mientras la Comunidad de Murcia sigue sumida en un oscuro pozo cuya paredes se estrechan conforme nos hundimos un poquito más en él.

El malestar europeo: una respuesta a la crisis neoliberal.

Un descontento generalizado recorre Europa a semejanza de aquel amenazante fantasma descrito por Marx al inicio del *Manifiesto Comunista*, aunque, en este caso, travestido y encarnado por toda una oleada de huelgas, desplantes, escarceos, manifestaciones, protestas y rebeliones populares en respuesta a los abusivos recortes sociales aprobados con carácter de urgencia en diferentes estados del territorio europeo para embridar el desbocado caballo de las finanzas, ponerle freno a la crisis y darle un nuevo impulso a la esclerotizada maquinaria económica. Para tratar de frenar las trepidantes fugas de capitales - atemorizados frente al oscilante tambaleo de los mercados- la camarilla de petimetres europeos reunidos al auspicio de sus más ilustres homólogos internacionales – fervorosamente convertidos al credo neoliberal- decidirían atajar la tumultuosa desbandada del codiciado “capital”, destinando una suma considerable de los presupuestos estatales a la salvaguarda de bancos y cajas de ahorro afectados por la inminente irrupción de la crisis financiera en la zona euro y asimismo abocados a una pérdida sustancial de su poder adquisitivo. Una irremisible caída en picado que podría llevar al completo hundimiento del avasallador modelo político-económico adoptado por las pseudo-democracias occidentales – más tarde exportado al resto del mundo tras la caída del Muro de Berlín- y el

pronunciado basculamiento del mundo hacia un nuevo orden y hegemonía económicas.

Pero, visto lo visto, uno nunca sabrá que hubiera sido preferible: si la extinción definitiva de un sistema político-económico torticero, explotador y erigido sobre un terreno social sembrado de profundas desigualdades sociales camufladas gracias a la retórica prestidigitadora del discurso democrático, o, al contrario, la re-actualizada perpetuación de la “dictadura bancaria” acentuada por la *mano cainita* de un mercado – de ningún modo “invisible” como mantenía ingenuamente Adam Smith porque esta *mano cainita* es tan visible que explota, avasalla y asesina- apuntalado tras la adopción de todo un paquete de medidas económico-sociales, - reunidas bajo el engañoso marbete de “políticas de austeridad”- destinadas a suprimir de un plumazo los servicios y garantías sociales conquistadas por los ciudadanos después de una larga lucha, sacrificio y dedicación histórica a una causa de tan difícil obtención como han sido los derechos sociales del individuo. Una causa amputada de una sola y certera estocada en cuanto los mecenas del nuevo orden mundial, llevados al borde del precipicio a consecuencia de sus propios desfalcos, abusos y confianza ciega en los infalibles resortes del mercado, se han visto con el agua al cuello y no han tenido más remedio que elevar un poco la voz suplicante para verse inmediatamente recompensados con la munificencia gratuita de los grandes mandamases internacionales, en un intento desesperado para sacarles del aprieto con la presurosa inyección de un dinero público, recaudado gracias a los impuestos del ciudadano, que les vendría como agua de mayo para seguir propagando su credo inquebrantable.

A pesar de la avezada ideología neoliberal, estrechamente ligada a la primitiva idea de un mercado autorregulado por la concurrencia de los diversos actores económicos en la búsqueda de un interés propio que, a la postre y como por ensalmo, no conseguirá sino generar el máximo bienestar para el conjunto de la comunidad, la

realidad cotidiana no deja de ser sino otra muy diferente y alejada de tales utopías económicas. Si espulgamos detenidamente las estadísticas observamos que en los países en donde aquel sistema fuese recibido con mayor muestras de devoción y regocijo – particularmente Inglaterra tras la llegada del huracán thatcheriano y la modélica Irlanda alabada y aplaudida por los pregoneros del F.M.I - las riquezas no se encuentran, ni muchos menos, mejor repartidas sino que, al contrario se acumulan cada vez más entre las manos de unos pocos. El advenimiento de una democracia conchabada con el credo neoliberal, a la larga, acarrearía la fementida ilusión en una mayor igualdad social provocada por el aumento exponencial de la riqueza junto con el auge de una remodelada clase media de nuevos ricos, nuevos ciudadanos y nuevos consumidores. La pantalla de humo avivada por el consumismo desenfrenado y la boyante abundancia material se propagaría a medida que la reciclada clase media, imbuida de la nefasta propensión hacia el *way of life* importado desde los Estados Unidos, se imbricara más y más en los engranajes de un modelo de crecimiento que tan sólo lograría favorecer a los grandes mecenas del mercado. Un sistema, por otro lado, erigido en torno a una sutil forma de dominio encubierto: préstamos, hipotecas, créditos manejados con la vetusta, pero aún eficaz, artimaña del “miedo”, en este sentido, el pavor ante el desempleo – considerado como una forma de fracaso social- y el continuado temor al desahucio. Si a entrambas formas de “terrorismo de estado” le unimos el bochornoso espectáculo de una clase política bufonesca, nos daremos de bruces con ese frustrante malestar que se cierne sobre buena parte del planeta.

Así las cosas, el apetito insaciable del tiburón neoliberal pretendía asestarle un golpe definitivo a la sociedad, para darle al César lo que es del César, aumentando, ensanchando o dilatando su pulposa esfera de influencias allende los límites naturales del asalariado – ya que un individuo no entraría plenamente en la dinámica avasalladora del neoliberalismo sino una vez que ocupase un

puesto de trabajo y comenzase a percibir un estipendio- hasta la absorción definitiva de la categoría social “estudiantil” en un intento desesperado para grabarles e inculcarles cuanto antes las reglas estipuladas en el juego de la doctrina neoliberal del mercado soberano. Por ello, de un tiempo a esta parte, hemos asistido a la aparición de la banca en universidades e institutos, simbolizando majestuosamente la definitiva alianza entre el capital económico y el mundo universitario con la sola intención de colocar lo antes posible al “estudiante” bajo la férula del todopoderoso mercado. Una estrategia llevada a cabo paulatinamente, comenzando por la reforma de los estudios universitarios, la substancial disminución de las ayudas estatales para la financiación de los estudios y su posterior suplantación o sustitución por las llamadas “becas-préstamos” gestionadas por bancos y entidades de crédito. A tenor de las ya mentadas reformas iniciadas hace apenas cuatro años con la puesta en marcha del criticado *Proyecto Bolonia* dentro del espacio Europeo, que convertiría la universidad en una junta de inversores, se entiende a la perfección la previsible reacción de los estudiantes ingleses ante el anuncio del gobierno Cameron de una subida sin precedentes en el precio de las matriculas – hasta triplicar las tasas actuales-, alegando la necesidad de fortalecer la competencia mercantil de las instituciones de enseñanza y de paso acabar con los incesantes problemas de la financiación universitaria acumulados desde la escabechina privatizadora emprendida por el celo de la señora Thatcher. Como se podría inferir de esta ejemplar aberración inglesa - uno de los países donde el credo neoliberal ha calado con mayor profusión- el principal problema del liberalismo económico en nuestros días se concentra en la necesidad connatural de ampliar sus competencias administrativas para continuar financiando y conservando la inercia propia de su dinámica evolutiva, esto es, su proceso de privatización.

Así, a medida que el emporio mercantil aumenta su talla se encuentra automáticamente impelido a buscar nuevas fuentes de

financiación que le permitan avanzar y mantener su ritmo de crecimiento habitual. De este modo nadie se sorprenderá si al cabo de unos cuantos años, un infante se viese obligado a pedir un préstamo – el cual no comenzaría a pagar sino una vez alcanzada la mayoría de edad- para poder pagar las tasas de la guardería y recibir los rudimentos de su primera educación así como la primera lección del dogma mercantilista. No es ninguna ilusión, habida cuenta que esta misma semana los gerifaltes europeos se reúnen para evaluar la crítica situación de Irlanda a punto de proclamarse en bancarrota, sin mentar una sola palabra acerca de los parabienes que este mismo país recibiese años atrás tras haber adoptado con asombrosa celeridad las medidas de “austeridad” dictaminadas por el F.M.I y sus allegados mandatarios internacionales. Tanto más cuanto el caso de Irlanda podría considerarse como un inestimable ejemplo del fracaso implícito en la aplicación de las sopesadas “políticas de austeridad” neoliberales para pararle los pies a la crisis. Unos recortes en las garantías sociales de la ciudadanía que, por desgracia, no servirán sino para engordar las cuentas bancarias de los nuevos mecenas del mundo, propagar la sibilina dictadura de los bancos y estrechar los vínculos de amistad entre los poderes económico y político.

La Rue de la Convention y los secretos de Occidente

La *Rue de la Convention* es una calle como otra cualquiera. Sita al sur de París, nada tiene que envidiar a las estradas de las más ilustres urbes europeas, Londres, Berlín, Roma o Madrid. Un mosaico de inveterados rompesuelas pateando a diario sus callejas y asfaltos; esquivando sus trampas, salientes, bordillos, recovecos, surcos, vaivenes y peligrosas hondonadas. Una calle, como otra cualquiera; con sus secretos, sus silencios, sus trifulcas, sus riñas, sus jácaras, sus tumultos, sus lóbregos inviernos, sus atardeceres y sus anocheceres. Durante tres días a la semana, la *Rue de la Convention* se viste de gala y acoge un vivaracho mercadillo ambulante en donde al alborozo y trasiego de vendedores, buhoneros y chamarileros, se une el serpenteante ajetreo de una turbamulta hacinándose frente a los puestos y tenderetes en los que exhiben todo tipo de mercancías que no hacen, sino llamar la atención de los transeúntes y provocar molestas aglomeraciones para enojo de apresurados viandantes sorteando malhumoradamente los escollos humanos que se interponen en su camino. A pesar de estos tres días de agitación mercantil, la *Rue de la Convention* no se cuenta entre las calles más animadas de París, si bien es cierto que, tras la caída del sol, las terrazas de sus entrañables cafeterías se abarrotan con todo tipo de gentes, edades y colores rematando la jornada en compañía de jugosas conversaciones o de ilustrativas lecturas al amparo de una ronroneante soledad.

Las mañanas de la *Rue de la Convention* son, por lo general, tranquilas y ordinarias. Los padres, encargados de depositar a sus vástagos en los liceos, colegios e institutos enfilan la calle en ambas direcciones y estacionan desordenadamente sus automóviles frente a los edificios de las respectivas instituciones educativas mientras arengan a sus hijos desde el vehículo en marcha, antes de esfumarse a toda prisa calle abajo o calle arriba. A menudo, el conductor de autobuses, que contiene estoicamente con las vertiginosas maniobras de estos mismos padres lanzados a la aventura del volante, bloquea la circulación, a causa de tanto ir y venir de automovilistas, desencadenando las iras de todos cuanto padecen las molestias de tan inesperado embotellamiento matutino. Entonces, una estridente cacofonía de cláxones y bocinazos llena de confusión la *Rue de la Convention* durante algunos instantes. Tras estos momentos de suspendida y quebrada desarmonía, todo recobra su flema habitual.

Al mediodía, panaderías y restaurantes toman el relevo de mercados y cafeterías amparando a toda una hambrienta oleada humana que aprovecha las horas de asueto laboral para echarse algo al estómago. A la entrada de las panaderías con más reclamo se apelotonan los clientes formando, en ocasiones, largas y tumultuosas colas de famélicos empleados a la búsqueda de su ración alimenticia diaria. Con el estomago lleno y el buche bien repleto, los empleados retoman sus puestos de trabajo y todo vuelve otra vez a su aparente tranquilidad. Pero tan sólo aparente, porque nunca faltan aquéllos que a rebufido de una pausa, unas merecidas vacaciones o simplemente disfrutando del consabido día de reposo, se aventuran entre la encrucijada de comercios y supermercados que despuntan a lo largo de la calle y confeccionan una atractiva ringlera de escaparates adornados con toda clase de baratijas, vestimentas, oropeles, complementos, bisutería, calzados *e via dicendo*. Hombres, niños y mujeres dando rienda suelta al voluptuoso y aguijoneador apetito de la liturgia consumista. Desperdigados en todas direcciones, cruzan la

calzada en tantas ocasiones como lo requiera el vislumbre de llamativos escaparates y tornasoladas vidrieras en donde se exponen coloridas prendas y toda clase de productos, comestibles o mercaderías. Desde las sedas del lejano Oriente hasta la mostaza de la cercana Dijon, todo encuentra su lugar natural en los comercios de la *Rue de la Convention*. A este rumoroso bulle-bulle de la *Rue de la Convention* también se une el embrollado brujuleo de unos cuantos cazadores de “gangas” a la búsqueda de su codiciado vellón de oro. Todo esto junto con el acompasado oscilar y retintín de sus bolsitas de plástico o cartulina.

Pero, la *Rue de la Convention*, también guarda sus secretos. Todas las mañanas cuando los padres abandonan a sus hijos a la entrada de liceos, colegios o institutos y las bocas del metro escupen esporádicamente puñados de biencalzados individuos, en cada una de sus esquinas y recovecos, nos topamos con tullidos, indigentes, mendigos o improvisados músicos con sus violines desafinados y sus sombreros roídos. Los embobados viandantes parecen ignorarlo todo y tras echar mano del celular, apartar el rostro o amagar la vista hacia otro punto cardinal, pasan a su lado escuchando el silbo desvalido de estos “invisibles” moradores, que demandan, alargando los brazos y mostrando sus botecitos de plástico, una moneda, un ticket de restaurante o en suma, un simple cigarrillo. En estos tiempos de cinturones apretados, sacrificios y crisis financieras, la caridad se ha vuelto asunto de improbable factura. A veces, estos moradores “invisibles” de la *Rue de la Convention* se dan cita en los bancos de madera desteñidos que coronan las aceras y alrededor de cantos, chanzas y pláticas descoyuntadas, abordan a los medrosos transeúntes. También menudean los altercados, pero, en general, tras la embriaguez de esta reunión semi-clandestina, “los invisibles” se dispersan, para cobijarse, cuando cae la noche, arropados entre los montones de cartones apilados en el suelo del metro o de alguna entidad bancaria. Con todo, los no-invitados al Gran Banquete,

conjugan el ritmo de su vida al ciclo de las estaciones y se dejan ver con mucha más frecuencia una vez llegan los primeros ardores primaverales. En esta época, el orden establecido en el próspero Occidente parece diluirse y entre las junturas de la Gran Fachada del sueño europeo reaparecen las grietas mil veces disimuladas.

Algunas tardes, una treintena de personas, envueltas en plásticos, foulards y una especie de mascarilla sanitaria recubriéndole la mitad del rostro, se arremolinan de esta guisa frente a la puerta trasera de un supermercado Carrefour. Cuando abren las enormes compuertas y los empleados atraviesan el umbral empujando sendos contenedores repletos con los despojos, comestibles y alimentos caducados o simplemente estropeados, el grupo de encapuchados se lanza literalmente de cabeza en los contenedores. Escarban entre mugre, desperdicios y toda clase de alimentos putrefactos. Un hedor insoportable se propaga a lo largo de la *Rue de la Convention* y los escolares uniformados, acompañados de amigos y familiares a la salida del Liceo, contemplan pensativos la dantesca escena. Seguramente nadie les habrá comentado en la escuela que en el próspero Occidente el hambre sigue haciendo estragos entre sus no tan privilegiados ciudadanos, ahogados por créditos e hipotéticas, por los cuales, muchos se ven obligados a buscar el sustento revolviendo los cubos y contenedores de basura. La escena, aunque mucho menos sórdida, también se repite los días de mercado, cuando los tratantes de verdura y vendedores de alimentos se disponen a levantar sus negocios, dejando de lado los productos inservibles. Estos mismos enmascarados, desperdigados a lo largo y ancho de la calle, se adelantan a los servicios de limpieza e inspeccionan minuciosamente los productos depositados sobre el asfalto. Los ciudadanos de a pie, demasiado acostumbrados a las frecuentes batidas de estos otros cazadores, no de “gangas” sino de “alimentos”, los observan impertérritos y sin el más mínima mueca de condolencia en sus rostros.

Sin embargo, la aparición de estos otros moradores de la ciudad, - que, por desgracia, no acudirán al desposorio del príncipe William- difumina la pulida y aseada imagen del próspero Occidente. Los polos del discurso democrático, del discurso oficial, parecen invertirse en una aviesa pirueta fabuladora de alguna trasnochada imaginación. Entre el vivaracho ajetreo de la *Rue de la Convention* – una calle como otra cualquiera- saltan a la vista las sombras, claroscuros y secretos velados por la mendaz y zahorí retórica de todo discurso oficial que se propone amoldar la compleja realidad a las supuestas verdades dimanadas de sus consignas o dictados. Todo el aparatoso armatoste ideológico urdido por los gurús del neoliberalismo y sus epígonos, tanto europeos como asiáticos y americanos, se cae por su propio peso cuando contemplamos el mundo sin las anteojeras del discurso oficial o tan sólo atravesamos la *Rue de la Convention* una mañana de abril.

Quizás el mejor remedio contra la parodia de este mundo oficiosamente desquiciado, no sea, sino tomárselo todo a guasa, porque, como bien sucede cada viernes por la tarde, un desconocido cruza de un extremo al otro la *Rue de la Convention* y en voz alta va propalando un canoro “uhhhhhhhhh”. Cuando se le pregunta, siempre ofrece la misma repuesta: *Bons vacances!* Ya sea otoño, invierno, primavera o verano aquél no dudará en desearnos unas estupendas vacaciones, porque en su universo particular todas las mañanas del mundo son el inicio de las deseadas vacaciones que, para los biencalzados moradores de la *Rue de la Convention*, representan el colofón de un año coronado con este merecido reposo estival. Y después, todo volverá de nuevo a la normalidad. Occidente dormirá, bien arropado y tributando regocijo, entre pulcras sábanas de franela oriental mientras los íncubos y súcubos de la *Rue de la Convention* abrazarán, otra vez, sus apelmazados cartones para cobijarse del frío, el calor, la humedad y las incomodidades del duro asfalto en las

insalubres galerías del metro o en el interior de una caritativa sucursal bancaria.

¿Dónde está la Juventud sin Futuro?

Sin duda alguna, España no es un país como otro cualquiera. Al cabo de su historia, numerosos serían aquellos que, acuciados por un insaciable espíritu de aventuras, acudirían prestos a recorrer cada uno de los rincones de esta tierra única en toda Europa. Una tierra de pícaros, bufones, cortesanas, meninas, saltimbanquis, trovadores, tahúres, buhoneros, doncellas, donjuanes, truhanes, malandrines, bandoleros, hidalgos, santurriones, peregrinos y escuderos, en donde sus gentes, su clima, folclore, exotismo y arraigadas tradiciones han merecido durante algún tiempo la estima y admiración de audaces vagamundos, tratando de emular cada una de las hazañas del incombustible Don Quijote de la Mancha. Desde los caballeros andantes encomendados al honor de sus hermosas señoras, hasta escritores tales como Brenan, Mérimée o Montherlant, todos se han rendido a la belleza persuasiva, de aquella su pintoresca geografía, y han experimentado ese desatado entusiasmo destilado del fondo arcaico de una tierra forjada con las huellas que sus innúmeros peregrinos han grabado en la memoria colectiva de sus moradores. Pero España no sólo ha despertado el entusiasmo, sino también la sorpresa y admiración de toda Europa, al comprobar los sacrificios y penitencias de sus gentes, a despecho de los repetidos devaneos de políticos y gobernantes desalmados haciendo de España un desaliñado berenjenal donde el ciudadano se desangra a base de impuestos

abusivos, salarios irrisorios y el terrorismo encubierto de los bancos. Todo lo cual se acompaña, para mayor escarnio, de la paulatina degradación de una casta política salpicada por continuos escándalos de corrupción, cohecho y prevaricación.

La guinda del Gran Tinglado Español, reside, sin embargo, en el palpable descontento de una juventud que asiste a este bochornoso espectáculo llevándose las manos a la cabeza – y otras partes menos nobles- en un comedido gesto de hartazgo y desafecto. No es ningún secreto que España se encuentra sumida en una profunda crisis tanto económica como moral y social, la cual, se ha llevado por delante el futuro de muchos individuos y familias. Además, la crisis, se ha ensañado especialmente con la porción más bisoña de la sociedad española y más aún se cebará en años sucesivos, según todas las previsiones, con la que se ha dado en llamar la “generación española mejor preparada de los últimos veinticinco años”. Una generación embebida, empapada de cosmopolitismo, excelente conocedora de otras culturas e idiomas, cuya tan alabada madurez y prurito intelectual se vería claramente reflejado el pasado jueves 7 de abril en su tímida afluencia a la manifestación convocada en Madrid a cargo de la plataforma *Juventud sin Futuro*. Una cifra de asistencia a la manifestación que no valdría ni tan siquiera mentar porque traería inmediatamente aparejada la chanza, burla, chascarillo e indignación: entre dos mil y cuatro mil participantes según las consabidas y dispares estimaciones de la Policía Nacional y los organizadores del acto.

Quizás, al igual que en la vetusta tierra castellana de Don Quijote, en esta España de la insana democracia bipartidista, todo sea el producto de quimeras, embaucamientos y añagazas recreadas gracias a los abracadabrescos manejos de rumbosos merlines y astutos encantadores que nos han infundado, ladina e intencionadamente, la mendaz creencia en una crisis galopante, que cuanto más, está afectando y afectará a nuestra juventud. Tal vez, todo sea el producto

distorsionado de una ilusión, porque nada de otro género explicaría la escasa implicación de la “juventud sin futuro” en la manifestación del pasado jueves 7 de abril. Si con tal trampantojo pudiésemos explicar la remolona e incomprensible actitud de una juventud constreñida a padecer los aciagos designios de un negro porvenir, entonces no cabría sino guardar silencio y alabar su tan sabia y acertada decisión de permanecer en sus lechos, bien recogiditos entre sábanas de algodón y franela, mientras unos cuantos locos y atrevidos salían a la calles de Madrid, para tratar de pedir cuentas al Maligno Hechicero Gubernamental. Con todo, parece que más allá de genios malignos y torticeros encantadores, la realidad española no tiene nada que ver con la zascandil voluntad de un malhadado hechicero. Aquellos que valientemente se echaron a rodar por la calles de la madrileña Atocha, estaban perfectamente en sus cabales, sabedores de la enorme importancia de semejante insubordinación juvenil, a la hora de hacer llegar sus protestas y reivindicaciones a la opinión internacional y la sociedad española en su conjunto ¿Quién sabría pronosticar lo sucedido si aquella dichosa mañana doscientos mil jóvenes nos hubieran mostrado su enconado malestar plantados ante las puertas del Congreso de los Diputados? Esto nunca lo llegaremos a saber con certeza, porque la tan preparada juventud española, considera de mucha mayor envidia para sus inmediatas perspectivas de futuro, salir en masa a la calle con la intención de rendir tributo a la añorada Selección Nacional tras su memorable proeza sudafricana. Si ni tan siquiera la mitad del brío, fuerza, coraje y vitalidad de aquella enfervorecida “marea roja” clamando el nombre de sus héroes, hubiera restallado el pasado jueves en Madrid, la aparición sobre el pizpireto proscenio político de la “juventud sin futuro”, habría ocupado la primera plana de muchos periódicos e informativos y dado que pensar al Gobierno y la sociedad en su conjunto.

Pero semejantes tragaderas, adocenamiento y espíritu lacayuno de la juventud española, dice mucho acerca de su “modélica” y

“aventajada” formación que contrasta irremisiblemente con los continuos agasajos de padres, institutores y pedagogos halagando las virtudes de una generación condenada a portar sobre sus hombros la pesada carga de un incierto porvenir, cercenado gracias a la nefasta gestión de Gobierno y Oposición. Es por tanto harto paradójico. Algo que ni el más avezado sociólogo podría iluminar ¿dónde está esa Juventud sin Futuro? Aquella rumorea en las entrevistas televisas, murmura en los corrillos de amigos, zurea en los bares, bisbisea en cada esquina, bate las palmas y remueve Roma con Santiago para darnos a entender que anda sumida en una situación desesperada, pero, cuando llega la hora de la verdad y las habladurías deberían hacerse realidad, todo vuelve a la calma chicha de siempre, el Sol se eleva como cada mañana por los balcones de Oriente, la naturaleza de las cosas sigue su curso implacable hacia un incierto futuro y la juventud se regocija, como en tantas otras ocasiones, entre las luengas haldas de su apático conformismo, mientras los medios de comunicación publican las cifras oficiales de la manifestación que no harán sino arrancar un “bendita juventud” y algunas sonrisas de conmiseración a los de siempre.

Después de todo el bombo y platillo desplegado desde la plataforma *Juventud sin Futuro* en la llamada a la defraudada movilización juvenil, la plana mayor del Gobierno y la Oposición se sentirán mucho más reconfortados habiendo sido testigos de cómo la última prueba de fuego de la “generación española mejor preparada de los últimos veinticinco años” le ha salido a pedir de boca. Todo se dispone conforme a los designios de Gobierno y Oposición. Sin las movilizaciones de una inexistente clase trabajadora, con unos sindicatos firmemente controlados comiendo de la mano que les da de comer y una desvencijada juventud más preocupada en acudir religiosamente a las aulas y acatar con resignada benevolencia las socaliñas y triquiñuelas del estamento político, el Gobierno y la Oposición han superado el último escollo que les faltaba para campar

a su anchas por el Parlamento e imponer y dar rienda suelta a los caprichos de su antojadiza voluntad.

Tras lo acaecido el pasado jueves en Madrid, ya no cabría más que plegar sumisamente los labios dando cumplida cuenta de que cada uno tiene lo que bien se merece porque cada uno es artífice de su ventura. España merece, por un lado, el pampaneo y cencerruna desenvoltura de una sociedad danzando al son de unos recortes sociales vergonzosos, dictados por la voracidad de los mercados financieros, mientras, por el otro flanco, hace acopio de mucho estómago estimando el dichoso entretenimiento de contemplar casi a diario la grotesca narizota de una “princesa del pueblo” desfilando por los plató televisivos de toda la península. España tiene lo que ella misma se ha forjado, porque en el humillado silencio de toda una sociedad se trasluce la aceptación tácita y reverencial del orden social impuesto desde arriba.

A pesar del sonado fracaso de nuestra juventud, en España, y ello es harto paradójico, todo el mundo tiene algo que decir, en especial la juventud. Despotricar contra Gobierno y Oposición se ha convertido en ocioso pasatiempo nacional, pero cuando llega la hora de la verdad las temidas agallas ibéricas se trastocan en las trágalas y canguelo del pavoroso Sancho Panza. España tiene, pues, lo que se merece, aunque tras la cura de humildad del pasado jueves, cabría, al menos, que alguien se indignase supinamente en este país, dado el cariz que han tomado las recientes medidas de austeridad adoptadas por el Gobierno y una Oposición ansiosa de hacerse cuanto antes con las riendas del Estado. Pero ante todo tomémoslo con la calma y sosiego que siempre nos ha acompañado. Ahora llega la Semana Santa y durante este período de recogimiento y recato espiritual, esperemos que la juventud española dedique gran parte de su tiempo a meditar mucho más calma y detenidamente sobre su inmediato porvenir en esta España donde medran malandrines, santurriones y, sobretodo, astutos encantadores, antes de de que la fuerza se le vaya demasiado

por la boca y las acciones no vayan a la zaga de sus palabras y reclamos.

El Político y la Metafísica

Hace un par de días, me sorprendería, arrancándome una sonrisa, la definición establecida por un catedrático de universidad en relación a la longeva y sibilina materia de la Metafísica. Según el mentado docente, la Metafísica *omnium scientiam capacissima* no sería sino “el conocimiento del Todo”. ¡Saber nada desdeñable! Sin apaños, zarandajas ni inmodestia la Metafísica no se conforma, a diferencia de otras ciencias, con aquilatar y deslindar una porción determinada de la realidad. ¡Nada de eso! La Metafísica es ciencia de altos vuelos y buena muestra de ello es su desmesurada propuesta de abarcar el Todo a procura de un saber compacto, homogéneo y tan extenso como el propio universo mundo. Y el Todo no debe de ser cosa de poca monta. Pero ahí, en el conocimiento del *Todo*, residen las ventajas del avezado metafísico. Éste poseerá un conocimiento tan amplio y profuso que estará capacitado para divagar sobre las pruebas de la existencia de Dios, preparar un cocido madrileño, calcular la trayectoria de un satélite orbitando sin control alrededor de la tierra, reparar una cañería averiada *e via dicendo* porque a quien conoce el Todo, no se le escapa nada. Prognosis de un saber robusto. El metafísico y la Metafísica cierran el círculo perfecto del conocimiento y, a semejanza de un Ente dotado de los atributos divinos del Dios Cristiano, ciernen la totalidad de la realidad en una especie de compacta omnisciencia.

Frente a esta jugosa perspectiva de poseer ese augurado conocimiento del Todo, cabría especular con la posibilidad de adiestrar a nuestros políticos en arte tan excelso. ¿Imaginan las ventajas de parecida formación? El político-metafísico, o sea, el político iniciado en el supremo arte y ciencia de la Metafísica, ofrecerá unos servicios incalculables al grueso de la sociedad. Será capaz de deslumbrar al hemicycleo con sus consejos, disposiciones, recursos oratorios y alocuciones cargadas de sopesadas reflexiones fruto de un entrenamiento mental acostumbrado a lidiar con el *Todo*. Asimismo podrá apelar, si la situación lo requiriese, a los mamotretos de Teología y los Padres de la Iglesia a fin de zanjar espinosas cuestiones de moral pública o citar a los teóricos decimonónicos de la Democracia ante la necesidad de buscar y proponer diversas soluciones a los problemas socio-económico perfilados en nuestra más reciente actualidad. Pero no sólo eso. En tiempos de crisis, el político-metafísico dispondrá unas medidas de ahorro excepcionales: en vez de propiciar los recortes de la esfera pública, éste accederá a supervisar las labores de varios ministerios a un mismo tiempo – dada su pericia, competencia y conocimiento del *Todo*- prescindiendo para ello de los ministros del ramo y evitando, de este modo, un gasto excesivo en estipendios y honorarios. Fundirá, pues, las diversas funciones ministeriales – ya sea economía, educación, defensa y todas las que se le antojen- en un solo ministerio cuya responsabilidad recaerá exclusivamente en su persona. Tal vez así, si conseguimos ahorrarnos el sueldo de unos cuantos ministros excedentes, dispongamos de un campo de maniobras lo suficientemente ancho como para escaquearnos y resguardarnos del impúdico desmantelamiento del Estado del Bienestar planificado al unísono por el F.M.I, el B.C.E. y los países con más peso en la U.E. ¡Nada de privatizar aquí y acullá o asfixiar a la Educación y la Sanidad pública a base de indiscriminados recortes presupuestarios y reducciones de plantilla! Aquí hacen falta muchos más políticos-metafísicos porque, a la postre, todas esas

medidas de *rehabilitación económica* no redundan sino en beneficio de los más ricos y poderosos; degradan el espacio público y por ende acentúan las desigualdades sociales ¡Pan para hoy y hambre para mañana! Tomemos al toro por los cuernos y no nos aprovechemos de la renqueante coyuntura económica para darle el golpe de gracia al Estado del Bienestar.

En estos términos y para combatir la sangría del espacio público, el apósito más adecuado radica en la inmediata implantación de una red de escuelas de Metafísica en donde nuestros políticos adquirirán una formación en ciencia tan provechosa. Nada de escarabajos peloteros, diligentes cumplidores del F.M.I. y el B.C.E; trapaceros, farfulleros o prometedores de naderías. Leires Pajines, Sorayas Santamarías, Pepitos Blancos y *cía.* Hacen falta auténticos políticos-metafísicos si queremos emanciparnos de la égida de los mercados y sus fuleros especuladores. Sin esta renovada gama de hombres y mujeres, encargados de la función pública del Estado, todo intento de reanimación económica estará abocado a poner en marcha las medidas de constricción pública y ahorro dictaminadas desde los máximos organismos económicos de Europa. Y antes de pasar por el angosto aro neoliberal, abogemos a favor de una transformación substancial del político al uso, en político-metafísico.

Gracias a esta modificación cualitativa de nuestros representantes políticos, mataremos dos pájaros de un mismo tiro: en primer lugar acabaremos con las inevitables prebendas y favoritismos de una carrera política forjada *stricto sensu* en correspondencia recíproca a la exclusiva pertenencia y dedicación al Partido: el Partido te lo da, el Partido te lo quita. El Partido asemeja a una lanzadera de políticos carentes de la adecuada formación que los capacite para ponerse al frente de ministerios, carteras ministeriales o cargos de alta responsabilidad. En segundo lugar, el político-metafísico prescindirá inmediatamente de toda la parafernalia que acompaña a su función: portavoces, chófer personal, cocineros, guardaespaldas y hasta

redactores de discursos. A guisa de la educación recibida durante sus años de aprendizaje en las Academias de Metafísica, el político-metafísico podrá desempeñar sin ningún problema tareas tan dispares. Como todo hijo de su madre, no tendrá reparos en embozarse el delantal o ponerse al volante del designado vehículo blindado cada vez que decida acudir a su despacho o el Parlamento. ¿Velar por su propia seguridad? Ya nos encargaremos de dispensarle un curso de defensa personal durante sus años de aprendizaje en las Academias de Metafísica.

Además de esta sustanciosa reducción del presupuesto público invertido en el sustento de las diversas carteras ministeriales y la manutención diaria de nuestros políticos, el nuevo modelo de político-metafísico nos brindará la inestimable oportunidad de finiquitar otros tantos asuntos o dilemas de no poca enjundia cuando adviene una crisis de estas dimensiones. Por ejemplo: desprenderse de los honorarios suplementarios vertidos a los traductores encargados de dar cabal cuenta de cada una de las sesiones políglotas en el Senado. Todo político-metafísico manejará el latín a la perfección y esta lengua se convertirá en el idioma oficial de las reuniones del Senado. Ni castellano, catalán, valenciano, vasco y gallego: latín, como a la vieja usanza. Así aparcaremos la confusión babilónica de tanta lengua romance embarullándose en el Senado. Pero no sólo el Latín y el Griego obligatorios. Al político-metafísico se le exigirá un dominio exquisito de las lenguas oficiales de la Unión Europea: Inglés, Francés, Alemán e Italiano. A lo sumo, lograremos maquillar la bochornosa imagen exhibida por algunos de nuestros duchos representantes políticos, cuando acuden a los encuentros de los máximos mandatarios europeos con el trujamán de turno bien pegadito a sus costados porque su conocimiento de ajenas lenguas se reduce al español asambleario ¡Todo sea por el ahorro y el bienestar general! Si la duquesa de Alba se desprende de sus manoleínas y todavía nos deleita bailándose unas sevillanas el día de su boda, ¡qué

no se le podría exigir a un individuo o individua representando a todo un país! Lo dicho: menos tijeretazos y más políticos-metafísicos porque, como bien aducía el mentado catedrático, la Metafísica *regina artium* es el conocimiento del *Todo* y con políticos en posesión de tanpreciado saber seguro que nunca más oiremos hablar ni de crisis ni de recortes ni de apretones de cinturón.

Alegato en favor de los controladores aéreos

Impelido por uno de los principios inatacables que han orientado hasta el momento mi particular apreciación de la realidad – sospechar siempre de las supuestas evidencias promovidas a través de los medios de comunicación- días atrás, me sorprendería, ante el unánime consenso apalabrado entre medios de comunicación y partidos políticos, a la hora de condenar abiertamente la inesperada huelga emprendida por los controladores aéreos que paralizarían el espacio aéreo durante veinticuatro horas y dejarían a millares de personas sin su preciado botín vacacional del puente de la Constitución. A tenor de la inminente reacción gubernamental – dando luz verde a los milites para tomar el mando de las torres de control y publicando de urgencia un decreto de estado en donde se conminaba imperativamente a los controladores a retornar sin falta a sus puestos de trabajo so pena de duras sanciones, penalizadas, en algunos casos, hasta con la cárcel- y la porfiada campaña enhestada en los medios de comunicación – así el *El País* pincelaba el plantón de los controladores retratándolo al modo de una “huelga salvaje” mientras el *Mundo* publicaba un texto de Rafael Simancas, portavoz del PSOE en la comisión de fomento, tachándolos de “chantajistas” y exorcizando al “gremio” o “casta” de los controladores, acusados de sus inmerecidos privilegios, a recibir un castigo ejemplar- uno no debería dejarse llevar ante la profusa marea mediática, - contagiada en

gran parte de la ciudadanía- desatada tras el desplante de los controladores aéreos al Gobierno, sino, más bien, detenerse un instante, reflexionar, avizorar en derredor y sopesar las razones profundas de semejantes desafueros acometidos desde el Gobierno y sus pregoneros mediáticos.

¿A qué se debe este pronunciado berrinche o pataleta gubernamental? Si atendemos a los argumentos atesorados por el principal instigador del conflicto, el señor ministro de Fomento José Blanco, la huelga no ha sido sino el resultado propio de una rastrera maniobra conjurada por un colectivo irresponsable, caprichoso, anteponiendo sus deplorables intereses particulares para tratar de mantener intactos sus supuestos privilegios “...*pero venimos actuando con firmeza y determinación durante más de un año para acabar con los privilegios de un sector que permanentemente plantea problemas a nuestro país...Yo siempre creo y más en democracia, que para defender los privilegios de unos no se puede atacar los derechos de todos...han llevado a cabo un chantaje sin precedentes en nuestra democracia y por eso hemos tomado medidas contundentes*”. Hasta aquí uno se mostraría favorable a un Gobierno desgañitándose por acabar con los privilegios y medro de unos pocos gravitando sobre el resto de la población, salvo que, en nuestro caso, y a pesar de la saña roobinhoodiana del señor Blanco en favor de los más desfavorecidos, esto no parece tan “evidente” como lo pintan *a priori*, - siendo así que aquél haría mucho mejor en volver a guardar el arco y la fusta en el armario, calarse el mono de obediente adulator de los nuevos amos del mundo y ceñirse a su rol de espantapájaros segundón. Sin embargo, continúa el señor Blanco: “...*pero nuestro objetivo y responsabilidad deben ser siempre hacer las cosas mejor pensando en el interés general. Cada español afectado ha sido una razón para redoblar nuestra determinación en la defensa de los derechos de los ciudadanos, de la estabilidad de la economía de nuestro país y del interés general*” ¿Interés general? ¿Privilegios? ¿Determinación? Si

verdaderamente la causa efectiva de toda esta correría gubernamental organizada con el beneplácito de un rey acartonado, aún sufriente de una molesta indigestión chaveriana y el talentado Zapatero, carcomido por las innumerables trágalas acechándolo de cara a las próximas elecciones generales, hubiese sido única y exclusivamente un ahínco, un ansia, un agujado *élan* justiciero del Gobierno en su lucha apasionada por una sociedad más justa, equitativa e igualitaria entonces, señores míos, en vez de cebarse con un reducido “gremio” de apenas 287 trabajadores de la empresa pública AENA - un corpúsculo social desamparado, sin el nimbo o halo del poder económico ni un peso específico en las decisiones del estado ni en el escrutinio de las próximas elecciones- deberían haber comenzado plantando cara a los auténticos valedores de esta crisis económica y, a la postre, culpables de esta “huelga salvaje”: los tiburones o lobbies de empresa, constructores, arribistas, especuladores, dirigentes sin escrúpulos y demás aprovechados ataviados con los ropajes y galones democráticos, antes de perseguir, ensañarse, denostar y aplicarse con “mano de hierro” a desmontar los intereses de un “gremio” víctima vaticinada de los ucases gubernamentales.

Semejante actitud frisando con la hipocresía recibe, entre mis paisanos, un nombre del todo diferentes a “mano de hierro” y éste no es otro que “cobardía” exhibida por un gobierno empuñando las armas del estado contra un sector de la sociedad indefenso y tratando de preservar sus derechos laborales. Más allá de las cizañeras informaciones vertidas a la prensa sobre los “supuestos privilegios” de los controladores aéreos atinentes a sus estratosféricos sueldos y condiciones de trabajo inigualables, ¿como reaccionaría cualquiera de nosotros si de la noche a la mañana se decidiese desde las altas esferas, rebajar un cincuenta por ciento nuestro estipendio anual, aduciendo que con la otra mitad aún nos da para comer? Puestos en vereda ¿por qué no volver a aplicar una reducción en los honorarios de funcionarios y jubilados hasta una cantidad que, al menos, les

mantenga con vida y les procure un plato caliente todos los días? Si esta hubiese sido la lógica del Gobierno, entonces no nos cabría sino echar una ojeada a las cómputos o estadísticas anuales para comprobar cuantos lobbies, alcaldes municipales, altos dirigentes de empresa y constructores se embolsan anualmente más de los 200.000 euros estipulados por el señor Blanco para designar a un individuo con el marchamo de “privilegiado”, sin que el gobierno se apresure a legislar una ley que regule las horas de trabajo, fije los sueldos anuales y más importante aún, los sitúe bajo la tutela militar amenazándolos con pena de cárcel si osasen desafiar a la autoridad estatal y no presentarse a sus puestos de trabajo. Con toda seguridad no serán 287 los supuestos “privilegiados” sino millares de individuos a los cuales habría que aplicar las mismas medidas adoptadas desde el ministerio de Fomento. Pero no nos quedemos aquí, ya que puestos a pedir – siguiendo siempre la lógica anti-privilegios promovida desde Gobierno- ¿por qué no aplicar también la navaja de Ockham a los estipendios recibidos por los jayanes futboleros? Con reducir un cincuenta por ciento el sueldo de tantos Mesis, Ronaldos, Iniestas y Casillas tendríamos para costear una buena parte de la deuda nacional. Según el señor Blanco ahora es el momento de apretarse el cinturón dado los tiempos difíciles que corren. Si hablamos de estrambóticos salarios y envidiables horarios de trabajo entonces el Gobierno no habría actuado correctamente, metiendo la pata hasta el fondo en su interpretación sesgada de la realidad socio-política del país porque, ante todo, debería haber iniciado su escabechina social recortando los salarios de los jayanes futboleros. Y ya se sabe, si acaso alguno de ellos se pusiese farruco negándose a acudir cada domingo a los terrenos de juego para deleitar al personal, le colocamos un mílite a la puerta de su casa y le amenazamos con severas penas de cárcel. Como dice el proverbio popular – y haremos bien en recordarle al señor Blanco- “tu caca huele como la de los demás” y en nada se diferencia

ésta de la de los jayanes futboleros, los tiburones de la economía, el alcalde culpieto, el astuto constructor y los controladores aéreos.

Embriagados por la facunda logorrea verbal explayada por el señor Blanco en su defensa ante los medios de la contundente respuesta gubernamental “...espero que la lección haya sido definitiva para todos y desde luego el Gobierno seguirá actuando con determinación y convicción. No vamos a consentir ni chantajes ni privilegios...” uno podría llegar a extraviarse por los zigzagueantes meandros del discurso hasta darse de bruces con la otra cara de la moneda: la moribunda democracia de la que tanto le gusta jactarse a José Blanco. Esta rimbombante palabreja con que la diputambre se llena la boca en cada uno de sus discursillos o apariciones en el ente público. La democracia ha actuado, reaccionado sin paliativos, de manera contundente para preservar *nolens volens* el interés general de una ciudadanía amenazada frente el chantaje y usufructo de unos pocos privilegiados. ¡Qué casta! ¡Qué celo en la preservación del bien general! Sin embargo, llegamos casi al final de la enjundiosa comparecencia otorgada por don José Blanco a los medios de comunicación y tenemos la extraña impresión de no haber dado aún con la clave de bóveda, con el sésamo, que nos permita desbrozar los acontecimientos acaecidos durante el fin de semana anterior. Pero una vez bien harneados los ardites del discurso, la faramalla, la maleza argumental escombrando hipócritamente las auténticas razones de semeja actuación gubernamental, la respuesta brotará como aquella Venus de Botticelli emergiendo entre la espuma marina para mostrarnos la masa del iceberg oculta o sumergida bajo las heladas aguas del discurso oficial: todo esto no ha sido más que la búsqueda de un chivo expiatorio por parte del Gobierno en su deseo sublimado de desfogarse tras el desvergonzado vasallaje y mojigata sumisión de la diputambre a los decretos de la providencia neoliberal. La expeditiva respuesta gubernamental, por mucho que otros gallos cacareen, llega en el momento justo para tratar de remontar la

castigada imagen del Gobierno, soliviantar los alicaídos sondeos de confianza, enderezar el rumbo de la nave estatal y lanzar un envite a la opinión popular: no os preocupéis de nada, aquí estamos nosotros para preservar vuestros derechos inalienables.

A su manera, este desaguisado advenido días atrás, también nos permitirá extraer una importante lección de cara al futuro: la huelga sigue siendo una herramienta en la lucha contra los torticeros decretos del gobierno siempre y cuando ésta se lleve a cabo de una forma bien orquestada, sorpresiva, eficaz y secundada por una mayoría suficientemente organizada como para paralizar un determinado sector de la sociedad. No podemos echar en saco roto tan didascálico ejemplo de fuerza popular, resistencia y debilidad estatal, capaz de iluminarnos acerca de la forma y modo más adecuado de dirigir los contingentes sociales para acabar con el monopolio de un estado opresor amparándose en las milagreras panaceas de la pseudo-democracia y el mercado que todo lo resuelven. Repito, un dorado ejemplo que asimismo nos ha revelado los puntos flacos del Gobierno, incapaz de atajar el conflicto por sí sólo. Un Gobierno debilitado tras el azote financiero y recurriendo, como en la época de los ilustres espadones ibéricos, a la llamada socorrida del estamento militar en su intentona por recuperar el control de la situación, reprimir a los revoltosos controladores aéreos e instaurar nuevamente el orden a lo largo y ancho del territorio peninsular.

Bernard Tapie y otros tantos “figurones”

Se acerca irremisiblemente la fecha concertada para las próximas elecciones generales en Francia cuando el líder del P.R.G (Partido Radical de la Izquierda), Jean-Michel Baylet anuncia sin contemplaciones - y a modo de perentoria advertencia-, que si no llegase a materializarse un acuerdo propicio con el Partido Socialista para presentar un candidato común a la primera vuelta de las presidenciales, entonces su partido se verá obligado a nominar a otro candidato capaz de luchar por la presidencia de la República sin contar con el visto bueno de los socialistas. El ultimátum independentista del P.R.G no debería quitarnos el sueño si el elegido para acceder al Eliseo no fuese otro que el afamado Bernard Tapie. Un nombre – el suyo- salpicado por una copiosa caterva de escándalos relacionados con la corrupción, malversación, evasión fiscal, prevaricación y un largo etcétera incrementándose con el paso de los años. En efecto, su larga serie de devaneos con la justicia comenzaría allá por los años ochenta cuando aún titubeaba en dar el salto definitivo a la palestra política desde su dorado palco televisivo. Tapie, daría el pistoletazo de salida en su agitada agenda pública haciendo las delicias de los telespectadores y telespectadoras franceses – al poner en evidencia sus seductores dotes y buenas maneras en la complicada hacienda de las relaciones humanas- presentando la tertulia televisiva *Ambitions*, que alcanzaría elevadísimas cuotas de

audiencia, y azuzaría, de este modo, su rampante popularidad. Sin embargo, su infatigable afán no encontraría nunca la satisfacción personal suficiente, ni la felicidad deseada en el mundo del espectáculo, habida cuenta que años más tarde dejaría tanto los escenarios como el plató televisivo para erigirse en estimado bienhechor de la humanidad ocupado – como tantos otros- en quehaceres más “delicados”: la construcción y el fútbol - llegando incluso a la presidencia de una reconocida escuadra de balompié francesa cómo el Olympique de Marseille en el año 1986- para dar el golpe de gracia definitivo a su dilatada y zigzagueante carrera profesional con el improbable, aunque no por ello menos sorprendente, anuncio de su futura candidatura a la presidencia de la República Francesa en el año 2012.

No es una coincidencia si el prototipo figurado de un Bernard Tapie se repite – cómo una pesada indigestión- en todos aquellos países dónde la realidad se recubre con la retórica democrática-liberal y la confabulación de un gobierno aliado con las sugerentes zalamerías del credo neoliberal. Cabría, pues, a modo de reflexión personal, interrogarse sobre la constante aparición, goteo y recurrencia de semejantes arquetipos sociales horneados en las incandescentes fraguas soterradas de nuestras sociedades del ocio y el espectáculo. Sin ir más lejos, ¿quién no recuerda todavía los reputados excesos del finado ex alcalde de Marbella don Jesús Gil y Gil, sus memorables baladronadas públicas, su incondicional apego por el Atlético de Madrid y su apasionado amor por el inigualable equino celestial Imperioso, parangonable a cualesquiera Bucéfalos y otros tantos Rocinantes campando a sus anchas por el universo-mundo? Aquella tempestuosa historia del feudo marbellí no acabaría bruscamente con la triste desaparición de nuestro entrañable alcalde porque algún tiempo después, el relevo vendría rápidamente dado por parte del despechado Julián Muñoz - sus intrigas amoratorias con la inmarcesible musa de Andalucía, la palaciega Tonadillera, la fruta de los placeres

prohibidos, la inigualable, imprevisible e irrepetible Isabel Pantoja- y sus constantes escarceos con la Justicia que le llevarían a pasar una temporada en la prisión malagueña de Alhaurín de la Torre.

El caso es que personajes de este calibre y relumbrón, se alzan hirsutos sobre los pedestales aderezados en el seno de la dislocada sociedad democrática para enfundarse los galones travestidos de un concejo municipal o alcaldía provincial sin, ni tan siquiera, someterse a un férreo control por parte de la encalabrada opinión pública, ni aprestarse a la exigencia primordial de exhibir los méritos que los hacen valedores del puesto ocupado en detrimento de otros individuos mucho mejor cualificados. Así, podríamos elencar *ad infinitum* un frondoso panorama político-social pululado por deslumbrantes “figurones” que han logrado asentar sus enormes posaderas en las poltronas de alguna institución democrática, sin más esfuerzo tangible que el mero reconocimiento popular atizado por los medios de comunicación y las redes de clientelismo personal. Desde el rijoso Berlusconi y sus acaramelados arrumacos con jovencitas semidesnudas en su *palazzo* de verano hasta el fornido gobernador de California, Schwarzenegger enaltecido por aquel imborrable “Sayonara, baby”, que escribiría uno de los capítulos más brillantes en la historia del cine, la tétrica historia de estos “figurones” se repite sin cesar a la manera de un eterno retorno apalabrado en alguna oficina de marketing.

Con todo, no le busquemos los tres pies al gato tratando de amalgamar la palpable complejidad de este fenómeno social con el acostumbrado rosario de quejas y malfaríos propios de un acusado pesimismo ¿Cómo olvidar los buenos momentos que nos haría pasar don Jesús Gil y Gil? Sus gestos, palabras, desparpajo, frivolidad y bonachona sinceridad exprimida mientras relataba las veleidades de su intangible biografía tomando un baño de sales en un burbujeante jacuzzi con el pecho al descubierto y paladeando una espumeante botella de champaña francés ¿Quién no recordará los tiernos

achuchones de Julián Muñoz a su bienamada Isabel Pantoja durante la Romería o la Feria de Sevilla? Los suspiros entrecortados de aquel desdichado Julián Muñoz desde la cárcel de Alhaurín mientras glorificaba el amor volatilizado e huidizo de la Tonadillera, a semejanza de un abatido José Ortega Cano tañendo desconsoladamente las fúnebres campanas de su caserío en honor a la desaparecida Rocío Jurado o un penitente San Juan de la Cruz condolido ante la pérdida irremediable del Amado,

¿Adónde te escondiste Amado,
y me dejaste con gemido?

encarnado en la piel de nuestro ex alcalde, vagabundeando de plató en plató mientras vendía su desdichado amor al son de un puñado de euros y sanaba los estigmas provocados por el fogoso reclamo de una pasión cegadora,

¡Ay, quien podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero.

Lejos, por tanto, de aquella utopía platónica dónde el mando supremo de los asuntos públicos, la gerencia del ejército y el estado recaería directamente en manos del rey-filósofo, esto es, un determinado individuo ahormado a tenor de una estricta y elevada educación en todos los ámbitos de la vida, que le proporcionase la experiencia y sabiduría necesarias para comandar la “polis” atendiendo siempre al bien supremo de la comunidad, en la actualidad, los encargados de velar por el bien general de nuestras sociedades arriban, sin más preámbulos, al poder por vías del todo diversas, pero no por ellos divergentes en cualidad o calaña: la “vía cerrada” del partido o la “vía abierta” de la propaganda mediática. Ateniéndonos, pues, a esta última estrada denominada “vía abierta”, se advertirá que las efímeras y crecientes dosis de popularidad otorgadas gracias a la inestimable ayuda de la Gran Pantalla alcanzan,

en ocasiones, tales cotas de glamour que permitirían al agraciado extender sus redes de clientelismo para inmiscuirse en los cuidados engranajes del poder y, a la postre, catapultarse hacia el rollizo ámbito de la política. La tupida maraña de lianas invisibles tendida entre el campo multimediático y el bando tribal de la política, se aclara netamente cuando abordamos, entre muchos otros, el caso extremo de Italia donde el señor Silvio Berlusconi posee todos y cada uno de las casas editoras de calado nacional y empresas de comunicaciones punteras, cerrando así el círculo perfecto de un poder cuasi divino. Pero no volvamos a caer en un exacerbado tremendismo ni nos dejemos llevar por el abatimiento, porque asimismo podríamos acoger las intencionadas de algunos mandamases – y mandamasas- por recabar una imagen popularmente aceptable y maleada a través de los medios de comunicación con la benevolencia del adulto que contempla los juegos indolentes de un grupito de infantes reunidos en el arenal de un parque. Así, ¿qué pensar de la portavoz del P.P, Soraya Sáenz de Santamaría cuando apareciese posando para el dominical del *Mundo* en un atrevido escorzo o las bobaditas de la primera Dama del Eliseo, Carla Bruni, cuando meses atrás, en una muestra de arte, estampase su cuidada vagina – sin remilgos ni retoques- en un gigantesca fotografía aducida cómo un símbolo esclarecedor a favor de la libertad femenina y el Arte por antonomasia? Dada la pasta de la Bruni – y el mal gusto del organizador- el arsenal de recursos artísticos desplegado por esta última es inagotable. Y ahora que al chocho de Woody Allen le ha dado por el vino francés y sus primeras damas, se apuntala, de este modo, la leyenda negra de la Bruni que, por las noches, desvelará al señor Sarkozy los arcanos y parabienes del séptimo arte o lo deleitará cantándole una dulce nana antes de ir a dormir. Quién sabe sin la historia no acabará aquí y una vez Bernard Tapie alcance el Eliseo nos sorprenderá asimismo con una primera dama sacada de un cochambroso cabaret de Montparnasse o de un estrambótico circo ambulante procedente del rincón más alejado del universo-mundo en

donde Pantojas, Brunis y Jurados fueran a la zaga, no siendo más que insignificantes naderías, al lado de aquellas corajudas contorsionistas, enanas saltarinas, domadoras de fieras, encantadoras de serpientes y lanzadoras de cuchillos capaces de poner en pie al respetable para deleite de los presentes y asombro de los aún por venir.

L'Italia non è un bordello

El tren que nos transporta del aeropuerto de Pisa en dirección a Florencia, se detiene en la concurrida estación de Santa Maria Novella. A nuestra llegada, una llamativa pancarta exhibida por un animado corrillo de individuos haciendo resonar sus trastos de cocina, nos da la bienvenida. En el lienzo puede leerse, estampando en color azul: *L'Italia non è un bordello*. Esta viñeta corresponde al pasado 5 de abril de 2011 durante mi última estancia en Florencia. El grupo de individuos congregados en la estación de Santa Maria Novella - ligados al movimiento ciudadano *L'Italia non è un bordello* - protestaban contra la admisión en el Parlamento italiano de un nuevo decreto de ley urdido por el Gobierno Berlusconi con la intención de arrancar el caso Ruby de manos de la fiscalía de Milán. Una escaramuza política de altos vuelos que como bien señala Michele Ainis *es una ley inoportuna en cuanto se convierte en la trigésimo-octava ley "ad personam" de la era Berlusconi* (L'Espresso 12-05-2011). A esta maquiavélica disposición del Gobierno Berlusconi, en su recusado debilitamiento de la justicia italiana, se añade la deplorable confesión realizada al presidente estadounidense Barack Obama durante la pasada cumbre del G8 en Deauville (Francia), según la cual *Italia está al borde de una dictadura perpetrada por los jueces de izquierda*. Ante el gesto impasible del norteamericano, poco acostumbrado a tan efusivos parlamentos con el primer ministro italiano, en un encuentro entre los mandatarios de los ocho países más

ricos del mundo y donde el terror rojo del macarthismo no es sino agua pasada y harina de otro costal, el siempre imprevisible Berlusconi le glosa, echando mano de su cariacontecido trujamán, una de las cuitas que lo trae de cabeza durante los últimos meses: la dictadura del poder judicial vinculado a la izquierda italiana. En un lampo de senilidad que apenas sobrepasaría los veinte segundos, la Italia del primer ministro Berlusconi ejecutaba una desconcertante cabriola hacia un lejano pasado en el que el universo mundo se debatía entre dos cosmovisiones del hombre y la sociedad enfrentadas entre sí: el capitalismo y el comunismo.

Pero este arrebatado lapsus histórico concitado por el pavor ante el casi seguro advenimiento de una “dictadura de la judicatura de izquierdas” que tratará por todos los medios de dilapidar la carrera política del premier italiano y zapar, al mismo tiempo, los fundamentos democráticos de Italia, también lo escuchamos algunos meses atrás – por alguna inefable coincidencia cósmica- en boca de una amiga muy cercana a Berlusconi, la rusa Raisa Skorikina *es una persecución de los comunistas contra Silvio* – apostrofaba ésta. No es de extrañar que tan alarmante amenaza ponga el santo en el cielo de los más allegados camaradas de Berlusconi que dependen directa o indirectamente de su beneficiosa amistad. Un embrollado círculo de amistades rodeando al carismático premier italiano a sabiendas de su facultad para irradiar un bruñido resplandor dorado que les abrirá no sólo las puertas del Paraíso sino también la de los más granados *palazzi* milaneses. Todos cuantos hayan sucumbido al halo purificador del primer ministro recibirán su merecida recompensa en forma de suculentas sinecuras, inesperadas nombradías, jugosas prebendas o sugerentes propuestas empresariales rayanas con la delgada línea que las separa de la ilegalidad.

Mas una gran mayoría silenciosa en Italia no goza de esa misma fortuna porque la inagotable fuente luminosa de Berlusconi carece de la fuerza suficiente como para teñirlo todo de su color

preferido: el dorado. Por ello, a esa parte de la ciudadanía que aún no ha sido abducida por el chisporroteante dorado berlusconiano, se le atragantan las declaraciones realizadas al Presidente Norteamericano. Incluso, este penúltimo desmán del premier ministro no ha sentado nada bien entre las filas de la *Liga Norte* principal apoyo del Gobierno Berlusconi en su lucha desafortunada contra la Izquierda Italiana. Una Izquierda, recordemos, que se ha alzado victoriosa tras las últimas elecciones regionales, arrebatando al partido de Berlusconi importantes feudos tradicionalmente en poder de la Derecha – tal ha sido el caso de Milán y Nápoles- y poniéndolo contra las cuerdas en aras de las próximas elecciones nacionales. Algunos analistas italianos ya vaticinan la derrota electoral de Berlusconi, aunque cabría andar con mucho tiento a la hora de especular sobre el futuro del Cavaliere, habida cuenta de su dilatada carrera como estratega político y su control casi absoluto de los resortes y medios de comunicación italianos. Quizá desde una Izquierda que no ha gozado de muy buena prensa durante los últimos quince años – recordemos el fugaz gobierno de Romano Prodi- saben del excelso manual de artimañas empleadas por Berlusconi para resurgir, cual ave fénix, sobre el proscenio político una vez que todos le dan por muerto. Es por ello, que Il Cavaliere no se olvidaría de remachar a Obama tras su ramalazo confesional que *había sufrido 31 procesos y había sido absuelto en cada uno de ellos.*

Un hueso muy duro de roer y más ahora que se muestra empeñado en impulsar una reforma de la Justicia. Embreñado en este nuevo frente abierto desde la eclosión del escándalo Ruby y el orondo *bunga-bunga*, el primer ministro italiano está decidido a poner en marcha toda una serie de medidas legislativas que le permitan salvar a Italia de la “casi dictadura de los jueces de izquierda” ¡No es esa labor de poca monta! El celo inigualable del septuagenario premier italiano ungido para liberar a Italia de la temida confabulación judicial parece venirle asimismo como anillo al dedo para guardarse las espaldas si,

dado el caso, se viese obligado a abandonar su cargo de primer ministro italiano y por tanto pudiera volver a ser imputado de las decenas de causas judiciales pendientes, que no han podido entretanto ejecutarse debido a la inmunidad política de la que goza como primer ministro. Seguro que Berlusconi ya habrá tanteado el terreno al considerar que una vez dejase las riendas del Gobierno se las vería con la Justicia italiana. Para evitarlo lo más adecuado sería emprender una reforma de la Justicia con el pretexto de una fantasmagórica “dictadura de los jueces de izquierda”.

Esta vez, a Berlusconi, le ha salido el tiro por la culata y su maniobra en el G8 ante el presidente norteamericano Barack Obama ha elevado una gran oleada de críticas procedentes de todos los sectores de la sociedad italiana, en especial, el “Sindicato de los Jueces”, cuyo portavoz, Luca Palamara apuntaba que *es muy grave que esto haya sucedido en el extranjero y que una institución fundamental sea denigrada delante de un importante jefe del estado* (Corriere della sera 27-05-2011) ¿Quién no suscribiría la opinión de Luca Palamara? Uno de los principios fundamentales del Estado Democrático de Derecho reside en la separación de poderes. Cuando uno de estos poderes, como el poder judicial, se pone en entredicho, estamos ante un ataque frontal a la propia idea de Estado de Derecho así como ante una mengua de la balanza de poderes que mantiene en equilibrio el sistema democrático. Semejante desequilibrio en la balanza de poderes podría degenerar en una dictadura encubierta llevada a cabo por un poder legislativo, libre de los impedimentos y sujeciones judiciales necesarias para evitar cualquier tipo de abusos.

España, por su parte, conoce muy bien este asunto a tenor de la pasada inhabilitación del juez Baltasar Garzón acusado de prevaricación gracias a la iniciativa del sindicato *Manos Limpias* – cuyo máximo dirigente aparece históricamente vinculado a la ultraderecha- y en virtud de una querrela de *Falange Española* y de la *J.O.N.S*, ésta última apartada del proceso por razones formales. A

todas luces la decisión de apartar al señor Garzón de sus funciones judiciales debido a sus incursiones en el espinoso tema de la regeneración de la memoria histórica de las víctimas de la Guerra Civil y el Franquismo, es tan discutible como sorprendente. Más aún si tenemos en cuenta que las disquisiciones jurídicas del señor Garzón se basaban particularmente en la consideración de que las desapariciones forzadas y los asesinatos masivos constituyen un crimen de lesa humanidad – según avala la doctrina penal emanada de las leyes de Nüremberg- el cual no se encuentra tipificado en nuestra furtilva ley de Amnistía aprobada en 1977. Una ley que en su primer artículo reza lo siguiente: *Quedan amnistiados: a) Todos los actos de intencionalidad política, cualesquiera que fuese su resultado, tipificados como delitos y faltas realizadas con anterioridad al día quince de diciembre de mil novecientos setenta y seis* (B.O.E. 17 octubre 1977 p. 227) ¡Bendita Transición que tan cara la vendimos! De un plumazo se barre todo nuestro pasado. Aquello acaecido con anterioridad al quince de diciembre de 1976 se quedará en una tierra de nadie y fuera del alcance de la ley. Pero dejemos, este turbio asunto para otro momento y volvamos de nuevo a la Italia del poeta Dante que con muchos siglos de antelación quizás ya entrevió, en un arrobamiento visionario místico, el oscuro avenir de su querida patria en manos de algún Berlusconi anticipado:

Ahi serva Italia di dolore ostello
nave senza nocchiere in gran tempesta
non donna di province ma bordello!

(Purgatorio, IV)

Sea *bordello* o *casino*, Italia contiene contra el canto pronosticado de Dante y vuelve a ver la luz al fondo del pasillo después de demasiados años de indecoroso Berlusconismo. Tras la debacle del premier italiano en las elecciones regionales, no quedará sino atender que las urnas ratifiquen los nuevos vientos alisios oreando el paisaje

político italiano y pidiendo a gritos la transformación de su anquilosado sistema pseudo-democrático horneado a imagen y semejanza de un habilidoso demiurgo como Silvio Berlusconi.

La anticipación de Chéjov

Apenas cinco años antes de su fallecimiento en el balneario alemán de Badenweiler, el escritor ruso Antón Chéjov dio a luz un relato intitulado *Dushechka* (1899) donde se narra la vida de una mujer – Olenchka- aquejada de un insólito malestar: la manifiesta incapacidad de emitir cualesquiera opiniones propias, sin acudir presta a los variopintos recuerdos, apreciaciones y comentarios ensartados por otras personas cercanas a su círculo de amistades. A la sazón, la protagonista del relato, adoptaría las menesterosas consideraciones esgrimidas por sus conocidos sin cribarlas a través del cendal de su propia opinión ni tamizarlas o someterlas a su particular parecer sobre los asuntos en cuestión. Al contrario, nuestra heroína, se adueñaría de todo tipo de opiniones siguiendo las burdas, proclives y promiscuas inclinaciones de su encalabrinado corazón. No obstante, el ineluctable destino – el *Fatum* latino o la inquebrantable *Moirra* griega- le reservaba una ingrata sorpresa y, de la noche a la mañana, Olenchka se encontraría irremediabilmente sola, desamparada, privada de la cándida voz y renovadas opiniones de sus más allegados compañeros sentimentales: a la vez, hontanar de todas y cada una de sus profusas aseveraciones, *lo principal de todo, lo peor de todo era que ya no tenía opiniones de ninguna clase* – escribe Chéjov- habida cuenta de su anquilosada e inerme capacidad para promover toda clase de juicio

particular que no hubiera sido de antemano proferido por alguno de sus interlocutores.

Chéjov era, sin duda, un maestro en el arte de la insinuación, *ars celare artem* y, en su manejo, se deleitaba, obsequiándonos, como por ensalmo, con sutiles narraciones disimuladas en acendradas armas arrojadas de doble filo. Al cabo, saltarían a la vista para todo lector atento, los consabidos interrogantes ¿a qué responde esa extraña patología? ¿Por qué concibió Chéjov este relato pocos años antes de su muerte, en las postrimerías del siglo XX? Con tiento, el atildado escritor ruso, nos proponía, lidiando con embelecos, filigranas y taimadas insinuaciones – así y no de otra manera se profesa el arte literario- una sutil reflexión pivotando en torno a la poliédrica condición humana en su íntima relación con el apabullante peso o gravamen de la Opinión en el comercio de nuestra vida diaria - una vetusta proclama alimentada entre los muros de la decante Atenas de Sócrates y Platón-. Sería rocambolesco, si no insultante, aventurar que Chéjov hubiera siquiera pronosticado, al menos en sus más insignificantes o rudimentarios adelantos, las formidables metamorfosis técnicas o marcadas cicatrices sociales acontecidas desde los días del último zar Nicolás II hasta hoy. Sin embargo, el escritor ruso, tal vez supo vislumbrar con atinada perspicacia – el genio trata de anticiparse a su presente inmediato- el papel tan destacado que la Opinión pública llegaría a ejercer sobre el individuo transcurridos más de cien años desde su trágica desaparición. El personaje de Olenchka – retrato de lo universal a través de una lente particular- adquiriría, como de tal suposición se infiere, el sesgo de una acertada premonición: sin la opinión, toda individualidad se desmorona, esfuma, extingue o tiende a desaparecer.

Desde aquel entonces hasta hoy hemos asistido a un periodo marcado por el auge de las telecomunicaciones: la posibilidad de transmitir ingentes cantidades de información medidas en fulgurantes millonésimas de segundo, el imparable avance de la

tecnología o los nervudos tentáculos desplegados por los medios de comunicación - sin más dilación el estudioso francés Guy Debord allá por el año 1968 no dudaría en acuñar el marbete de “Société du Spectacle” para calificar este nuevo tipo de sociedad emergente. Y en este nuevo modelo de sociedad, hasta anteaer desconocida, la Opinión se propaga por doquier, a espuertas, desbocada, como un caballo encabritado, a través de los infinitos e invisibles cauces reglados para su transmisión. Asimismo, cuánta más cantidad de opinión se consume, más alejada y remota refulge la Verdad en la cada vez más enfoscada bóveda estelar, – una Verdad forzosamente dolorosa, parturienta- a la par que la individualidad se debilita y difumina bajo el peso de semejante fardo: náufraga en un agitado vórtice de giróvagas impresiones visuales, auditivas, táctiles y olfativas. Sin más remedio el individuo de a pie tiene que sucumbir, claudicar ante este marasmo o caliginosa vorágine de opiniones. En efecto, seamos francos – al menos con nosotros mismos- y admitamos que la Opinión desempeña un papel principal en el manejo de nuestras vidas. Siendo víctimas forzadas de ésta ¿qué ocurriría con alguien que no estuviese al tanto de las opiniones, corrientes ideológicas, acontecimientos deportivos o modas pasajera circulando a diario y comentándose en derredor? Imaginemos, pues un individuo careciendo de la necesaria formación televisiva para alardear en público sobre las hazañas alcanzadas durante el fin de semana por su añorado equipo de futbol, los alaridos exhalados por algún afamado contertulio invitado a uno de esos vocingleros programas de sobremesa, o incluso las últimas fotos de Fulanito o Menganito desnudo en las playas de Mallorca o Menorca. Como digo, imagínese: ese sería un bicho raro *rara avis*. Un desplazado o inadaptado. Además, la práctica minoría, que se decanta por temas algo menos irrisorios – me refiero a la política y actualidad internacional- tiende a sostener, a expensas de una disimulada ignorancia, un sinfín de opiniones aderezadas gracias, tan sólo, al contacto directo con los

medios de comunicación – televisión, radio, prensa e Internet- porque fiamos nuestra suerte de espectadores, escuchantes o lectores a los “medios” más rápidos, cómodos y eficaces para el único interés de “estar informados” y de paso, matar dos pájaros de un tiro: poder hacer como si se supiera y creyese *porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer* – apostillaría Larra.

Hurgando un poco más en la herida entreabierta, no nos quedaría sino considerar hasta que punto la vulgarización léxica y empobrecimiento gramatical de la información difundida a través de los medios de comunicación, han contribuido asimismo a socavar un bien tan preciado como el propio lenguaje popular: depósito imperecedero de generaciones, dársena de sedimentados usos sociales y apeadero de la experiencia de una determinada comunidad. Pero clama la evidencia ¡juzguen ustedes mismos! Enmudece la pluma y con eso bastaría porque un silencio, dicen, vale más que mil palabras.

La Mayoría Silenciosa

Atisbo, con el curioso embebecimiento del lego impertinente, cómo tras la debacle económico-social del estado griego propiciada, en parte, por el pavor atenuado de los mercados financieros - esa despiadada balumba del universo bursátil imbuida en sus jugosas operaciones de agiotaje desenfrenado- la voz popular ibérica, *vox populis iberiae*, durante tanto tiempo adormecida sobre el mullido regazo de una ilusoria prosperidad, se despereza, al fin, del dulce letargo para condenar al unísono una verdad tan evidente y descarnada que hasta el más necio se sorprendería asimismo cuando algunas egregias personalidades de este país la declamasen como el descubrimiento de una nueva América. Al fin y al cabo, por mucho que los encargados de mantener el orden institucional se lo propongan, aquella ruborosa Verdad fue asumida tiempo atrás: la democracia ha llegado a su fin y cualquier discurso enhebrado con las hiladuras del credo democrático será finiquitado sin preámbulos como un cínico y embaucador juego de palabras carente de todo sentido. La manida trama democrática, - que tanto ha servido de mampara para los usos y desusos del nuevo orden mundial- se deshace, cual profusas ilusiones de un infante engreído, cediendo su plaza a un “poder inasible” acaudillado por una minoría no-electa y amparado con el beneplácito del estado soberano. La principal arma arrojada de esta inefable oligarquía financiera mundial anida entreverada en su omnímoda ubicuidad. Inmune a los ataques que le llueven por todos lados, su “poder” se extiende a cada uno de los rincones del planeta

parapetándose tras los recovecos del embrollado laberinto ahormado por el triunvirato burocrático, financiero e institucional.

Mas no perdamos nuestro valioso tiempo rompiéndonos la cabeza con farragosas definiciones que no aportan ninguna novedad en el seno de la intelectualidad hispana “mire usted, yo no nací ayer porque esto se veía venir de muy lejos” – comenta la *mayoría silenciosa*-. ¡Y tan de lejos! Otrora la historia – concienzuda garante del pasado, presente y futuro – también nos ha testimoniado la falibilidad de cualesquiera organizaciones sociales, - llámese feudalismo, monarquía, república, o democracia-, ejemplarizada a través del hundimiento de imperios, naciones y modos de vida. La decadencia concomitante, pues, en la dinámica histórica ha sido objeto de diversas discusiones y modelados desde la aparición de la obra de Spengler intitulada *La Decadencia en Occidente*

Con todo, en España nada es evidente mientras no se demuestre lo contrario. Es por ello que el descalabro del capitalismo financiero mundial unido a la profunda crisis económica e institucional del terruño nacional y la puesta es escena de los mayores recortes sociales en la historia de la democracia, han encendido el piloto de alarma en el corazón del pueblo ibérico ¡El capitalismo no funciona! ¡El capitalismo no es infalible! – vociferan a bombo y platillo en los cenáculos de la intelectualidad ibérica- Ahora, cuando constreñido por la inercia económica global, el estado claudica y se humilla ante los arrogantes predicamentos de la oligarquía financiera mundial, aquéllos se lanzan a un tira y afloja para poner a las claras los agujeros negros detectados en el centro neurálgico del sistema capitalista: el mercado financiero. Pero caballeros, si como no se cansan de replicar, “esto se veía venir de muy lejos” entonces, ¿por qué nadie hizo nada? Los gallos se pavonean alrededor de las aturulladas gallináceas, “Bueno, todo a su debido tiempo. Aquel no era el momento preciso de emprender acciones y al final todo se nos vino encima” Por consecuencia no se hable más. A todas luces, la

culpable de este entuerto no ha sido más que una cicatera cabriola del Destino jugueteón, empeñado en hacerle pagar los platos rotos al ciudadano, consumidor y votante que, poco o nada, tiene que ver con el acusado desbarajuste en la balanza del mundo capitalista. Tal vez, el Destino despiadado, a semejanza del irascible Dios judío nos infrinja tamaños castigos para aplacar nuestra irreverente vanidad.

Ya saben ustedes que no hay mal que por bien no venga y *mutatis mutandis* podemos colegir, tomando un retorcido adagio del credo filosófico que, a fin de cuentas, vivimos en el “mejor de los mundos posibles” donde todos los males se convierten, por ensalmo, en “necesarios”. La justificación parece obvia y aunque la *mayoría silenciosa* se empece en darnos a entender lo contrario, insinuando que, quizá todo este malestar financiero no proceda de un maquiavélico – aunque necesario- designio de la Moira despiadada, sino, tal vez, del manirroto comercio capitalista ejercido gracias al confabulado monipodio de unos cuántos conminados en su ciego afán por alcanzar, cuanto antes, la gloria eterna en el paraíso terrenal de las finanzas, la implacable historia del capitalismo sanguinario continúa su marcha triunfante.

Bien que ahora, como digo, la *mayoría silenciosa* se despepite, alzando envalentonada la voz, entretanto van cumpliéndose uno a uno los carpetovetónicos designios del Sino despiadado y los encargados de volver a engrasar los carcomidos engranajes de la economía nacional, no serán sino aquellos que, por desgracia, menos pintan en todo este desaguizado. Y es que señores, ¡para eso está la Democracia! Ahora todos juntos y llevados de la mano aportaremos nuestro granito de arena en la recuperación de la maquinaria nacional. ¡Viva la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad! ¡Viva y mil veces viva! ¡Viva hasta el infinito y más allá! Visto así, no hay porqué ponerse hecho un cristo si ora el minero de Asturias, ora el empleado de una cochambrosa cadena alimenticia en Almería tienen que “apretarse el cinturón” – como bien afirma y reafirma el cinismo

mediático en vez de utilizar expresiones tanto o más verosímiles como “hundirle un poco más en su miseria- para sacar el barco a flote y atraer, cual oro de las Indias, la flor y nata de los mercados financieros. Al contrario, todos deberíamos estar orgullosos. Orgullosos es poco decir ¿Quién no sentiría henchirse el pecho cuando conocemos que el Senado se gasta más de 6000 euros en cada una de sus sesiones para la contrata de traductores cualificados? ¡Ni en el seno de las Naciones Unidas cabría semejante despilfarro! ¿Tal vez nos enorgullezca aún más saber que los componentes de la selección española se embolsarán, en el caso de ganar el mundial, la friolera de 600.000 euros por cabeza? ¡Es que en España no escatimamos un euro en pamemas! ¡Aquí las cosas se hacen por todo lo alto! Pero vayan ustedes, mi muy señores míos y díganle al pescador gallego, el camarero catalán, el obrero vizcaíno o el taxista valenciano que nunca han pensado en hacer un mínimo esfuerzo y proceder a comunicarse en castellano o, a lo sumo, contratar un profesor particular de inglés con el sueldo de los traductores para, dado el caso, emplear esa lengua en sus sesiones. Tampoco vamos a estar dando tijeletazos a diestro y siniestro: sigamos con nuestro senado políglota y que la *mayoría silenciosa* se las apañe como pueda con la congelación de los salarios, las pensiones, los recortes sociales y la supresión del cheque-bebe. Todo sea por el bien de las autonomías y la selección española.

Así y todo, podemos esbozar una hipócrita sonrisa de complacencia cuando miramos a nuestro alrededor y, en efecto, corroboramos que la actual coyuntura mundial es el resultado evidente de un “mal necesario” - a tenor de los también inminentes “apretones de cinturón” tanto en Italia como en nuestra vecina Portugal. Visto lo visto deberíamos considerarnos hasta privilegiados porque en tales circunstancias hemos tenido el coraje suficiente para salir primero a la palestra y anunciar lo inevitable. Sin embargo la Fortuna no sonrío a todos por igual y diferentes países del marco europeo horros, por el momento, de los malévolos designios del Hado despiadado, tientan a

su antojo la suerte caprichosa. Pero seamos realistas ¿podrían tales medidas llevarse a cabo en países como Francia, Alemania, Suecia o Finlandia? Sin preámbulos ni rodeos innecesarios la respuesta sería un rotundo *no*. “Y es que los franchutes son una miajita agarraos - me comentaba no ha mucho un sevillano de Dos Hermanas- y eso de arrimar el hombro por sus semejantes no va con ellos. ¡Ozú quillo, yo me queo con la servesita, el chiringito, la playa y el furbo! Que por muncho que digan, como la gente española poca o ninguna encontrará”.

Sin duda, aquel no se equivocaba y llevaba su parte de razón, porque en las combativas Tierras Galas saben por experiencia que allí nadie pagará los desperfectos ocasionados por los devaneos de la clase financiera. Si no, vaya usted otra vez y dígale al terne jubilado alemán, sueco o francés que, de ahora en adelante, se verán obligados a dejar en la cuneta sus prolongadas vacaciones mediterráneas, al disfrute del calor, el sol, el mar y la playa porque el mundo de la finanza se ha desplomado y el país no anda como debería andar. Pero, *Spain is different*. Aquí todos cerramos la boquita, arrimamos el hombro y no tenemos ningún reparo en echar mano a los impuestos del risueño camarero andalusí y renunciar a nuestras vacaciones estivales para que la maquinaria económica se ponga otra vez a rodar. ¡No se diga más! Si mañana el gobierno anuncia otra subida de impuestos porque en el Senado han decidido contratar una nueva partida de traductores mucho mejor cualificados, no se muevan de sus asientos, aquí estamos pá lo que ustedes manden.

“¡Aquí, no pasa ná! ¡Que pá eso estamos nosotros quillo, pá sacá este paí a flote!. Ezo guiri son tos unos amargaos de la vía ¿Acazo los zueco u alemane pueden apresiá er divino arte de la Pantoja? Otra vez te doy la razón, mi estimado sevillano, porque bien pensado los suecos y alemanes no están hechos de la pasta ibérica y, por mucho que aplaudan entusiasmados ante el voraginoso zapateado de un bailaror sobre el tablao o los desgarradores jipíos del cantaor

flamenco arrobado en el candor de una farruca, aquellos nunca llegarán a degustar el sublime garbo y donaire de la Tonadillera, ni entender cómo aquélla levantaría tan prodigias pasiones en España, cuando algunos la enseñorean, allá por donde pisa, para verla ungida con la alcaldía de Marbella. ¿Cómo llegaría alguna vez el sueco taciturno o el alemán apergaminado a apreciar tanta gracia y salero ibérico?

¡Ezo, Ezo! Bien ha dicho mi niño, ¡te me comería toíto a besos! ¡Que arte, que gracia y que ojasos! Y más ahora que media España llora la funesta suerte de la Tonadillera reclamada por la tuerta Justicia y la otra media se resigna a este “mal necesario” dejemos a los bonachones jubilados suecos o alemanes disfrutar de la playa, el chiringuito y los coloridos faralaes de la apetecible bailadora, mientras nosotros le pedimos a la Virgen que por favor nos eche una manos para salir adelante y lleve a la selección española en volandas hasta la ansiada final del mundial “¡Pide lo que quiera por esa boquita mi arma, que la luna pondré a tus pies si farta hace!” Gracias, mi amabilísimo andalusí, pero este año tan sólo me conformo con ver a la selección española alzando la copa del mundo y a la *mayoría silenciosa* echándose a las calles para celebrar tamaña proeza.

Europa y sus mandamases

Después de un año complicado en el palco de la política europea con el lastre de la crisis financiera pendiendo como una pesada espada de Damocles, la caída en picado del euro - acentuada por el hundimiento del estado griego-, los esporádicos encontronazos con la férrea canciller alemana Angela Merkel, el incesante titubeo de las economías española y portuguesa, los escándalos financieros que salpican al partido del señor Sarkozy a raíz de los jugosas declaraciones enhestadas por la multimillonaria propietaria de *L'Oreal*, Liliane Bettencourt, los recurrentes devaneos del primer ministro italiano Berlusconi con la justicia y su polémica ley de la Información aprobada este verano para proteger a los diputados de las escuchas telefónicas ordenadas por los *carabinieri* en su lucha contra la corrupción, se le une la actual toma de posición exhibida en las altas esferas de los jefes de estado europeo al decidir hacer piña para escudarse mutuamente de las acusaciones elevadas por la vicepresidenta de la Comisión y comisaria de Justicia en el Parlamento Europeo, Viviane Reding, a tenor de las expulsiones de “roms” organizadas bajo la férula del gobierno Sarkozy. Las críticas de la comisaria, amparada por el presidente José Manuel Durão Barroso, llegarían a su punto álgido el pasado 14 de septiembre cuando el presidente de la República Francesa contestase algo molesto que si tanto le preocupaba la situación de los “roms” a la obstinada

comisaria, entonces ella misma “podría acogerlos en Luxemburgo”. Uno de los primeros capos del estado en salir a la palestra para defender al señor Sarkozy, - antes de la reunión del Consejo Europeo en Bruselas- fue, como no, Silvio Berlusconi quien daría a entender que “*la señora Reding habría hecho mucho mejor tratando el asunto en privado con el dirigente francés, antes de expresarse públicamente en semejantes términos*” (La Repubblica, 16-09-2010). Aunque, con todo, la polémica desatada en torno a las expulsiones de los roms, no acabaría ni mucho menos con la encarecida defensa del primer ministro italiano y las posteriores disculpas de la Comisión Europea, porque días más tarde el fortalecido gremio conformado por los principales jefes de estado se lanzaría de lleno a la turbulenta piscina del Parlamento Europeo para defender incondicionalmente la causa del señor Sarkozy y criticar, sin tapujos, la postura y opiniones esgrimidas desde la Comisión Europea. La campaña urdida por los mandamases de Europa, tratando de campear el temporal, no consistiría sino en una ladina estrategia de disuasión centrada en tomar el toro por los cuernos, - denostando y malfamando la posición adoptada por la Comisión Europea- para desviar la atención mediática sobre un asunto que ya comenzaba a ser un rompecabezas para más de uno.

Un asunto, por otro lado, de tamaña enjundia que asuela a la Comunidad Europea desde tiempo atrás – si echamos una ojeada a las crónicas- pero que tocaría techo cuando Europa decidiese ensanchar sus fronteras dando asimismo cabida a una serie de países del este – tales como Rumania y Bulgaria- cuyas paupérrimas condiciones sociales, en términos económicos y laborales, no harían sino atraer, una enorme masa de personas deseosas de alcanzar el oeste europeo en busca de una vida mejor. Cuando en la actualidad, Europa impone a Serbia la estabilización de sus relaciones con el reciente estado de Kosovo como una condición *sine qua non* para entrar a formar parte del contingente europeo, los principales mandamases de la U.E. se

eximen taimadamente de abordar el conflicto de intereses creado por las expulsiones de los “roms”, poniendo cara de circunstancia y haciendo gala de un agudo sentido de unidad política en la defensa incondicional de sus egregios portavoces. Los requiebros y maniobras ensartados en el parlamento europeo el pasado 17 de septiembre no han dejado indiferentes a los jefes de otros estados, como Rumania e Hungría, que han mostrado su malestar ante la patente falta de interés por parte de los principales dirigentes del gremio europeo en su afán de buscar una salida al conflicto.

Al contrario de lo acaecido hace apenas tres años, cuando la aprobación de un paquete de medidas por parte de Silvio Berlusconi para la expulsión inmediata de los inmigrantes “sin papeles” y su redefinición del término “terrorista” – por lo que cualquier inmigrante sin papeles podría ser considerado como tal- no lograrse levantar sino una tímida protesta por parte de algunas organizaciones humanitarias, la Francia del señor Sarkozy se ha visto desbordada y sorprendida ante la voz de la opinión popular *vox populis*, elevada al unísono para arremeter contra las medidas de “carácter xenófobo” adoptadas por su gobierno. La Francia de los derechos humanos y las libertades se convertiría de la noche a la mañana en la oveja negra de la gran familia europea y en el *bouc emissaire*, esto es, el cabeza de turco, de una ciudadanía agazapada y enrabiada tras haber asistido a la sumisa genuflexión y servilismo de los gobiernos pseudo-democráticos ante los dictados del todopoderoso Mercado. Cabría, pues, sacar a colación, para tratar de rebajar un tanto los crecidos humos de los envalentonados mandamases europeos tras desgarrarse públicamente las vestiduras a favor del señor Sarkozy – entre ellos Rodríguez Zapatero-, que ninguno de ellos tomaría nunca la palabra para cortarle las alas o cantarle las cuarenta a los altos mandos de la finanza, salir en airada defensa de la zozobrante democracia o declamar una apasionada filípica a favor de la ciudadanía que ahora deberá pagar de su bolsillo – para algo está el contribuidor- los desperfectos

ocasionados tras la bacanal financiera, mientras los responsables de la debacle económico-social vuelven de sus prolongadas vacaciones estivales frotándose las manos con algún nuevo negocio capaz de engrosar sus ya de por sí dilatadas cuentas bancarias.

Quizá la reacción acontecida en el caso de nuestra reprimida y desalentada opinión popular no sea más que el reflejo sintomático de la situación vivida asimismo por nuestros principales capos de estado - afectados de un severo “complejo de marioneta” al servicio del intangible e inefable poder económico- en un intento desesperado por resarcirse de tan vergonzosa rendición, sacudirse el estrecho marcaje del ubicuo poder monetario y reforzar su debilitada autoestima dando un golpe de autoridad en el parlamento, para poner, a las claras, que a pesar de lo sucedido, no han perdido un ápice en su margen de maniobra política para lidiar con los acontecimientos del cambiante territorio europeo.

A la sazón podemos dar por buena la estrategia de nuestros mandatarios para hacernos creer que, excepto en el enmarañado universo de la economía, las políticas emprendidas en los restantes ámbitos del territorio europeo nunca han estado ligadas ni entreveradas por causas ajenas al campo de lo estrictamente político, ¿acaso olvidaremos la vergonzosa neutralidad de la civilizada Europa en la masacre bosnia perpetrada por fanáticos como Milosevic y Mladic? ¿La tragedia de cientos de inmigrantes rescatados de una muerte segura por abnegados pescadores y hacinados durante semanas en condiciones inhumanas, hasta que algún país de la culta Europa se dignase a darles acogida? No meteremos el dedo en la llaga, porque las heridas de Europa son tan profundas como dolorosas y seguiremos tal cual, dejando que los fantasmas se volatilicen en el baúl de los olvidos voluntarios.

Empero, y siguiendo con nuestro tema, cabría preguntarse, ¿acaso la expulsión de los “roms” acabará milagrosamente con semejante problema? Tan sólo nos bastaría merodear durante unas

horas por las barriadas más deprimidas de las grandes urbes europeas: desde las chabolas de la comunidad gitana sitas en los arrabales de Madrid hasta los campamentos elevados en los alrededores de la lustrosa París, sin olvidar echar previamente un detenido vistazo a los asentamientos improvisados de inmigrantes erigidos en Calais -con la intención de cruzar el canal de la Mancha para dirigirse a Inglaterra- o las zonas más descuidadas de Florencia y Roma *i quartieri trascurati* donde la insalubridad y vetustez de los inmuebles chocan al incauto turista que se atreve a medinear por este dédalo de calles y callejuelas.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito, para no acabar sino mostrando, que las soluciones *ad hoc*, tomadas con la intención de zanjar súbitamente un problema sin llegar a plantearse otro tipo de medidas estructurales que a largo plazo fueran capaces de amortiguar paulatinamente ese mismo problema, - diluirlo en lenta pero eficaz armonía con el sistema y, por ende, eliminarlo por completo- no pueden ser efectivas, porque no lograrían sino remitir el problema y trasladarlo de un lugar a otro como si de una procesión de penitentes se tratase. La búsqueda de una solución efectiva para paliar el problema de la comunidad “roms”, no consiste en pasarse la patata caliente para hacer “como si” las expulsiones fueran el único recurso aceptable, eficaz y adecuado para atajar el problema. Cualquier solución dilucidada para zanjar de una vez por todas este complicado rompecabezas pasaría, ante todo, por la aceptación y el diálogo mutuo de los máximos mandatarios de la Unión Europea en el marco de un proyecto común para acabar – y no solamente relegar- con las deplorables expulsiones emprendidas por el gobierno de Sarkozy, que no hacen sino agravar la actual crisis europea y echar tierra de por medio en un asunto que compete a todos los países europeos por igual, sin excepción de condiciones, lengua, cultura o linaje.

Una huelga a la francesa

La fría mañana parisiense se diluye en la grisácea claridad de una tenue neblina abalanzándose sobre la ciudad. Deambulamos a ciegas atravesando el boulevard Raspail y posando la mirada en las cartulinas aprisionadas en el enrejado del liceo Jean Monnet, mientras un grupo de estudiantes se las apaña para tratar de bloquear la entrada principal del edificio con un pila de contenedores amontonados desordenadamente y coronados con una pancarta donde puede leerse con claridad, *“Carla on est comme toi: on se fait baiser par le chef d’Etat”*. A pesar de la obscena alusión amorosa estampada en el lienzo blancuzco, la agitada realidad política de una Francia comandada por la mano de hierro del arrogante Nicolas Sarkozy, no podría condensarse con mayor precisión en un número tan reducido de palabras. Los apasionados reclamos de toda una sociedad puesta en pie de guerra ante la cerrazón – y sinrazón- de un gobierno decidido a llevar hasta el final la anunciada reforma de las pensiones, haciendo oídos sordos a las protestas que le llueven por todas partes y la animadversión de una ciudadanía que, como bien aseveraba la mentada pancarta, se siente tanto violentada como traicionada entre las garras del rijoso presidente de la República.

Dejamos el instituto atrás y continuamos nuestra marcha tomando la Rue de Vaugirard para desembocar en el Jardín de Luxemburgo. A lo lejos avizoramos la lenta procesión de una nutrida

comitiva sindicalista enarbolando los coloridos estandartes de las diferentes agrupaciones y entonando deliberadamente las machaconas consignas de un movimiento social, una acalorada deflagración, balizado por un profundo deseo de acabar con los inopinados tejemanejes de un sistema económico-político-social injusto. Nos aproximamos con cautela y contemplamos el cortejo de cerca. Los rostros aguerridos, sibilinos, rezumantes de una contrastada exasperación ante los manifiestos abusos del poder económico y sus adiestrados titiriteros gubernamentales incapaces de hacerle sombra o tan siquiera una leve oposición. Trátese de la izquierda, la derecha o el centro, del socialismo apelmazado de Papandréou y Zapatero o del liberalismo apisonador de Sarkozy, Merkel y Cameron, las pseudo-democracias occidentales acatan sin mayores remilgos las infaustas presunciones del gremio monetario para zapar los servicios públicos y las garantías sociales, mientras despluman a los asalariados a base de subidas de impuestos y recortes sociales con la intención de hacerles pagar el saqueo perpetrado por bancos y agencias de notación. ¡Y ahora quieren también jugar con nuestra jubilación para llevarnos al nicho con el mono del trabajo impecable! La puesta en marcha de una reforma dónde se promueve el aumento en la edad de jubilación con la mendaz argumentación “*a posteriori*” de un futuro desajuste en la balanza de ahorros estatales a consecuencia del incremento exponencial – con los subsecuentes gastos- en el coste de las pensiones debido a una mejora de la calidad de vida y una mayor duración en la cotización de la jubilación. Los recortes estipulados por los mandatarios europeos – gracias a la excusa de la crisis económica- encaminados a paliar las eventuales dificultades en la financiación de las pensiones, no entran sino en la lógica acerba del condolido régimen monetario-liberal, representado simbólicamente por el paquete de medidas adoptadas como una necesaria coartada para contrarrestar, amortiguar y sofocar el vendaval financiero culpable de la crisis económica. Medidas de austeridad que la celeberrima derecha

europea – Merkel, Sarkozy y Cameron- aplauden y reciben con entusiasmo, votando en contra de una modificación del estatuto europeo y rechazando tajantemente cualesquiera alternativas dirigidas a afrontar la crisis desde un ángulo o perspectiva sustraída a la “política de austeridad” dictaminada por el F.M.I - ceñido al andamiaje ideológico del más acendrado conservadurismo neoliberal propalado por Von Hayek y Milton Friedman.

Así, la reforma de las pensiones, es defendida a trochemoche por parte del gobierno, acuñando toda una retahíla o concatenación lógica erróneamente deducida desde unas premisas presentadas como verdades impepinables y empapadas hasta la médula de los presupuestos ideológicos del neoliberalismo avasallador. Para atajar el amenazante “déficit presupuestario” la única solución pasaría por la criba indiscriminada de las garantías sociales y el aumento sin remisión de los impuestos, sin caer en la cuenta – como apuntaba J.M.Keynes- de que una política socialmente restrictiva no conlleva una disminución inmediata del déficit presupuestario – así como tampoco una bajada automática del paro gracias a las “flexibilización del mercado de trabajo” y las ventajas para la contratación de las empresas capaces de reactivar otra vez el motor económico- ni tanto menos contribuirá a erradicar los malfuncionamientos enquistados en el sistema económico. Entonces, ¿por qué no elaborar una política activa de empleo a largo plazo para paliar las insuficiencias en la futura financiación de las pensiones? ¿Por qué no crear inmediatamente una tasa sobre las transacciones financieras para obtener un rédito que nos permitiese cubrir en un futuro los gastos derivados del sistema de pensiones? Si por un lado lográsemos reducir paulatinamente el paro - estimulando una política efectiva de empleo- y por el otro aplicar una tasa sobre las transacciones financieras, el estado contaría con una fuente de ingresos suplementaria – impuestos procedentes de los asalariados y la tasa porcentual derivada de las

transacciones- para financiar el futuro problema de las pensiones sin rebajar un ápice los derechos sociales de la ciudadanía.

Seguimos adelante en dirección al Panteón para acabar bordeando la plaza de la Sorbonne a través de una embarullada aglomeración estudiantil ralentizando considerablemente el tráfico del céntrico boulevard Saint-Michel, en tanto que la policía se afana por dispersar la manifestación, a golpe de pelotas de goma y gases lacrimógenos. Entre los rescoldos de la humeante batalla campal, atisbamos los semblantes de algunos comerciantes observando atentos la escena tras los vitrales de sus establecimientos. Quizá no sólo las miradas de los comerciantes se claven en el medio centenar de jóvenes enfrentándose a las cargas policiales, sino también las esperanzas ahogadas de millones y millones de individuos anónimos, que han sido víctimas forzadas de los palpables desfalcos del poder económico, estén puestas en estos jóvenes. Un poder económico omnímodo, inmune a la justicia planetaria y redimido de toda penalización tangible que rozará el colmo del absurdo esperpento neoliberal cuando tras el aquelarre financiero, los más pobres e indefensos, asalariados y pensionistas, sean los encargados de damnificar a los todopoderosos mecenas del Gran Casino Mundial para evitar la debacle definitiva de la Banca y el sistema capitalista en su totalidad. Tal vez, el plantel predispuesto por los huelguistas franceses contra la reforma de las pensiones no se limite a una lucha aislada en el marco de un estado nacional, sino, más bien, a la defensa interplanetaria de todos y cada uno de nosotros en la lucha por un mundo más justo. Tal vez, digo, los ojos del mundo entero estén ahora dirigidos a la evolución de un movimiento social capaz de poner en jaque, no sólo al gobierno francés, sino al inquebrantable sistema neoliberal, mostrando el camino a seguir para acabar con la desenfrenada usurpación de los derechos fundamentales del individuo en el desempeño de una vida digna.

Abandonamos la plaza y nos introducimos en la boca del metro para volver a casa. Durante el trayecto mi acompañante eleva la esperada demanda: Y, en España, ¿qué ocurre? En España, por desgracia no ocurre nada. Un país con casi cinco millones de desempleados y el cuarenta por ciento de los licenciados o diplomados en paro y sin perspectivas de futuro. Un país atenazado, sin conflictividad social ni opinión pública combativa; sin corrientes de pensamiento alternativo, con una izquierda paralizada y adormecida. Sin una crítica intelectual capaz de fomentar el desarrollo cultural de una ciudadanía encalabrada, fantasmal; un país encandilado con las proezas de su selección nacional; un país desgachado gracias a una clase política incompetente; un país sin el peso regulador de una izquierda capacitada para trasvasar los ideales de una generación profundamente desilusionada, mientras contempla como la otra mitad del país se las gasta para llevar en volandas al idolatrado pimpollito de Blas Piñar hasta el plató de una tertulia televisiva con vistas a entretener a los maromos y maromas hispánicos después de la sobremesa. A falta de un pensamiento crítico organizado capaz de arrancar las anteojeras a una sociedad ramplona, adocenada, víctima de un servilismo lacayuno y un espíritu de vasallaje acrecentado por el mito nacional de la “España eterna”, tendremos, al menos, la oportunidad, de pasar tranquilamente las tardes-noches de nuestra penuria cotidiana con la narizota pegada al televisor, mientras deglutimos la verbosidad retórica del gran ideólogo ibérico, Blas Piñar, para sacarnos de la crisis socio-económica que nos envuelve desde hace mucho tiempo y dar un golpe de timón en la zozobranante singladura de un país a la deriva.

La “otra Murcia” de Pedro Alberto Cruz

Si tuviésemos en nuestras manos una fórmula matemática para calcular la relación establecida entre la cantidad de embustes y el tiempo requerido en la emisión de los tales, entonces, dispondríamos de una potente herramienta que nos permitiría confeccionar una escala métrica, capaz de mesurar el “grado de mendacidad” enclaustrado taimadamente en los discursos filtrados a través de los talares y bambalinas hilvanados con embustes, requilorios y zigzagueos. Armados con este imaginario patrón, convendríamos en aplicarlo inmediatamente a la enjundiosa entrevista concedida por el consejero de Cultura y Turismo, Pedro Alberto Cruz, a “Punto Radio” en la presentación del balance general de la Bienal Europea de Arte Contemporáneo *Manifiesta 8* que abrirá sus puertas al público a partir del sábado 9 de octubre de 2010. Una trabada entrevista colmada de burlonas concesiones y dudosos asertos relativos a los parabienes del evento de donde se destila una truncada y distorsionada apreciación de la realidad socio-cultural – una “política de la apariencia” cómo bien señalaba Raúl Travé- actualmente vivida en la Región de Murcia. Para tratar de descorrer el tupido velo enmascarador de realidades, tendido por las palabras del “superconsejero”, con la intención de encubrir la apelmazada actualidad regional, no estaría de más desmenuzar el discurso, cribarlo y, al tiempo, someterlo a una detenida autopsia que

nos ayudase a distinguir la Verdad – con mayúscula- de la serpenteante Falsedad cobijándose en gran parte de sus afirmaciones.

Pedro Alberto Cruz, inicia su perorata apostillando que en tan sólo tres días se logrará rembolsar la mitad del presupuesto invertido en la puesta a punto del evento, para añadir a continuación que *“de hecho hablando con algunos hoteleros me han dicho que “Manifiesta” les ha salvado el fin de año”* aunque escurriendo el bulto y pasando ladinamente por alto cualquier insinuada referencia respecto a la catastrófica situación económica que atraviesa la región y azota asimismo a los sectores más vulnerables de la población – por eso precisamente el evento podría “salvar momentáneamente la situación” de algunos hoteleros incapaces de hacer frente a los envites de la economía regional. Si echamos una ojeada a las estadísticas constatamos que la tasa de parados en la Región de Murcia se ha convertido en una de las más elevadas de España y las deudas e impagos de muchos ayuntamientos regionales no nos ofrecen, ni mucho menos, un panorama alentador. En esta complicada coyuntura socio-económica nuestro consejero de Turismo y Cultura considera oportuno inyectar una cantidad considerable del presupuesto cultural en la organización del evento, teniendo tan sólo en cuenta que la inversión se recuperará en “los primeros tres días” sin mentar qué ocurrirá en los restantes noventa y siete días que durará la Biental. No hace falta ser muy avisado para advertir que el mantenimiento de semejantes eventos requiere toda una serie de gastos adicionales encaminados a la conservación, limpieza, acondicionamiento, adecuación de los espacios habilitados para organizar las exposiciones y un largo etcétera, que no hacen sino contrarrestar los beneficios subsanadores de los primeros días, nivelando la balanza entre pérdidas y ganancias más bien hacia el flanco de la primera. Y todo ello sin hacer hincapié en la consabida proclama dónde se reza que tras la inauguración el flujo de visitantes se reducirá paulatiamente, siendo así que no podemos tomar los primeros “tres días” como la constaste

de afluencia y ganancias repetida durante los noventa y siete días restantes.

Sin parar mientes en estos insignificantes detalles, el consejero prosigue, *“toda la política cultural que se ha estado desarrollando va a tener en “Manifiesta” una sanción, un reconocimiento increíble. Nada más que el día de la inauguración van a venir cincuenta medios de comunicación de todo el mundo desde el “New York Times” hasta la “Repubblica” de Italia, pasando por “Le Monde”, “The Guardian» etcétera, olvidando, por supuesto, mentar “Herald Tribune” y las revistas hebdomadarias “Der Spiegel” y “The Economist”, las cuales consagrarán un exhaustivo dossier al seguimiento diario del evento. ¡No iba a ser para menos! La magistral “política cultural” emprendida por la Región de Murcia durante los últimos 12 años se verá finalmente recompensada con un reconocimiento internacional a tamaña realización gubernamental, que ha dado un aire nuevo a la ciudad, laborando incansablemente en la preservación del patrimonio histórico-cultural y en la asimilación de las nuevas tendencias o vanguardias culturales.*

Tal vez el campo semántico del término “política cultural” también incluya el forzoso abandono de uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de España como la Sima de las Palomas, la destrucción del litoral mediterráneo y la última asonada del ayuntamiento murciano empeñado en proseguir con la construcción del aparcamiento subterráneo en el Jardín de San Esteban tras el hallazgo del mayor asentamiento mozárabe de Europa, que no se llevaría a cabo gracias a la efectiva movilización popular. Pero todo esto son simples bagatelas habida cuenta que *“Manifiesta” va a ser cien días pero lo que nos va a quedar de “Manifiesta” va a ser muchísimo y eso también va a suponer un enorme rédito para la Región de Murcia, porque desde el punto de vista estrictamente cultural nos encontramos con que para “Manifiesta” se ha formado un numeroso grupo de jóvenes que van a ser los que actúen como*

guías, como mediadores; que se han impartido numerosos cursos, que se ha entablado una relación estrecha con los agentes locales. Se podría decir más fuerte, pero no más claro: aquello que nos quedará de “Manifiesta” será la cháchara indolente de un grupito de jóvenes reciclados a modo de improvisados cicerones para entretener a los turistas en sus medineos por la ciudad. ¡A buen entendedor con pocas palabras basta! La horma que dejará Manifiesta en la Región se plasmará profundamente en las actividades emprendida por estos alacres jóvenes – y jóvenes-, que habrán frecuentado un cursillo de guía turístico durante dos o tres meses, para deleitar a los visitantes con las consabidas andanzas del cardenal Belluga, las tropelías del sanguinario Floridablanca o las epifanías de la lozana virgen de la Fuensanta, mientras pasean al tramonto por el Malecón, descienden el Tontódromo para desembocar en la plaza de Santo Domingo o recorren las angostas callejuelas de Platería y Trapería.

A tenor de este bruñido aura cultural, no sería descabellado pensar que, seguramente la gran mayoría de visitantes acudiendo a la Región de Murcia durante estos tres meses, no sólo lo harán atraídos por la celebración de “Manifiesta”, sino, al mismo tiempo, seducidos por el encanto capitalino que desprende una ciudad a la cabeza de la cultura nacional y europea, dado que *“la Región de Murcia se encuentra en el mejor momento posible para albergar cualquier tipo de iniciativas de carácter internacional. Hemos sido reconocidos por los medios de comunicación internacionales más prestigiosos y somos vanguardia y primera línea en muchos aspectos. Ante tamaña parrafada uno se sentiría deslumbrado, o tal vez sorprendido, con el alma en vilo, al advertir que, efectivamente, una región de tan poco calado nacional, ocupe, empero, un lugar privilegiado cuando hablamos en términos de cultura. Así, escuchamos por boca del consejero que “La Conservera” ahora mismo junto con el Makba de Barcelona está considerado como el espacio de arte contemporáneo más importante de España, sin explicarnos cómo un centro de*

exposiciones inaugurado en mayo del 2009 habrá logrado alzarse a la segunda posición en el rango nacional en apenas un año y medio. ¡El milagro murciano! – se podría pensar- aunque, el milagro se convertirá en inesperada Revelación cuando sentimos que *el centro “Para Raimon” es el Centro de Artes Escénicas Contemporáneo más importante y referente en España* por delante de la Escuela Superior de Artes Escénicas de Málaga o la Real Escuela Superior de Artes Prácticas en Madrid. Pero esto no es todo. La imagen de la divina Murcia acabará conquistando el cielo estrellado del panorama internacional cuando ni corto ni perezoso aquél exclame, *el CENDEAC es el Centro de Estudios de Cultura Visual más respetado en Europa* seguido a años luz de distancia por el “Centro Stronzzi” de Florencia, “Institute of International Visual Arts” en Londres o el “Centre National des Arts Plastiques” de Paris, teniendo en cuenta que *objetivamente la Región de Murcia ahora mismo, después de Madrid y Barcelona, que van de suyo aunque sólo sea por cantidad, es el principal referente de cultura en España.*

Este Paraíso Terrenal de la Región de Murcia dilucidado en la entrevista de Pedro Alberto Cruz, se palpará con sólo caminar una tarde por la capital murciana, abarrotada por una variopinta y cosmopolita mezcla de gentes y nacionalidades dándose cita en esta idílica dársena de la cultura europea; una ciudad en donde la expresión, creatividad y dinámica cultural promovida desde el gobierno regional dejarán boquiabierto al viandante embaucado por el encanto natural del entorno y el suave clima de la zona; un ciudad, pues, que acrecentará su relumbrante fama mundial y su leyenda de referente cultural en una España de capa caída y una Europa haciendo aspavientos para tratar de sacudirse la crisis económico-social que la envuelve. Una ciudad, en definitiva, de ensueño y semejante al onírico Jardín de las Delicias cultivado en el insano batiburrillo mental, los delirios de grandeza y el mundo alucinado del quijotesco Consejero de Cultura y Turismo de la Región de Murcia, Pedro Alberto Cruz

Pan y circo

Bien conocida es desde antaño, la necesidad de agasajar al pueblo mediante la puesta en marcha de diversos entretenimientos lúdicos capaces de arrancarles, por momentos, a la miserable monotonía de sus quehaceres diarios y, al mismo tiempo, colmar su tiempo libre *otium* con ocupaciones tan inocentes como el forcejeo asesino de los gladiadores romanos o la desesperada persecución de un balón en nuestros modernos coliseums. Así, las exuberantes luchas de gladiadores organizadas en la Roma imperial a fin de apaciguar los caldeados ánimos del *populus* latino, no dejaban de ser asimismo una eficaz panacea para amortiguar los envites del populacho descontento. De una forma sutil - una especie de psicología inversa-, los asistentes al Coliseum romano daban rienda suelta a sus pasiones más conspicuas y destructoras durante aquel espectáculo sanguinario, promoviendo -según proponía Aristóteles en su *Poética* referido, en este caso, a las representaciones teatrales- un efecto purificador o catártico y, a la postre, amilanador, porque los allí reunidos lograban desfogarse a su antojo y salir, como diríamos, hechos un pincel. El lenitivo anhelado para mantener siempre a raya los vaivenes de la incontrolable voluntad popular. Una voluntad sesgada y bien contenida en el limbo de una pertinaz indiferencia caracterizada por el indolente alelamiento de buena parte de la colectividad social ante el opiáceo control y voladizas dosis de felicidad acuñadas en el reino del impúdico espectáculo. El pan y el circo necesario para contener y enmendar el clamor de las voces insatisfechas con la política romana.

Las artes terapéuticas de este ingenioso placebo romano, residen, al menos, en un descubrimiento sin precedentes en la historia: el populacho es acusadamente olvidadizo y conformista. Ante esta deslumbrante revelación, enraizada en los profundos estratos de la “psiqué” humana, nada se podría replicar. Una vez saciados los instintos vitales: el hambre y los placeres carnales, el resto no son más que burdos oropeles, tan sólo diferentes formas de culminar estos dos instintos básicos según las necesidades de los poderes establecidos.

En nuestro caso no cabe sino echar un vistazo en derredor y advertir como las instituciones – oficiales o para-oficiales- se encargan de organizar el tiempo en franjas de mayor o menor audiencia, jornadas de máxima o mínima afluencia – fines de semana y días festivos- temporadas altas y bajas. Con estas pesquisas iniciales, no sería aventurado constatar que una de las herramientas más queridas y eficaces del dominio lúdico está simbolizada en los “Teleprogramas” donde el tiempo *aún por venir*, esto es, el futuro - compilado en días, semanas e incluso meses- se organiza bajo el patronazgo de las cadenas televisas y el imperio del espectáculo. Es importante, para nuestro análisis, subrayar el rasgo del tiempo *aún por venir* porque este representa el futuro, es decir, esa proyección incierta del avenir regida por la absoluta libertad y azarosidad de los acontecimientos. Anticiparse al futuro forma parte de la condición humana, pero organizar y, en cierto sentido, condicionar el avenir, orientarlo y predisponerlo conforme a los predicamentos dictaminados por el mercado del espectáculo significa desbancar la libertad humana en favor del más aciago determinismo mercantil.

Por otro lado, la hegemonía del espectáculo en la sociedad contemporánea se ha transformado en un hontanar casi exclusivo de valores en boga. En este sentido podemos pensar en el culto desenfrenado al cuerpo, el hedonismo de la abundancia, el erotismo vulgarizado, la mercantilización del placer, el voyeurismo de libidos virtuales o la transgresión del individuo transgredido, esto es, la

afirmación de una individualidad en la mera ruptura de las formas establecidas – pienso en fenómenos sociales tales como “Lady Gaga” o el finado “Michel Jackson”- y la adoración de una nueva categoría social: el famoso. Hace apenas un año el periódico mensual *Le Monde Diplomatique* presentaba una encuesta realizada sobre la población escolar francesa, niños y niñas entre 10-16 años, con respecto a sus futuras inclinaciones profesionales. Así, a la pregunta “qué te gustaría ser de mayor” más del 30% respondería: Famoso.

Si la realidad fuera racional y lo racional fuese real, entonces no tendríamos por qué alarmarnos ni con estas estadísticas ni con el trasfondo social que las sustenta. Tan sólo bastaría esperar que la propia marcha de los acontecimientos sociales procediese a su justa rectificación. Sin embargo, allende las especulaciones, se imponen los hechos que, como tales, son impepinables e incontrovertibles. La alianza entre capital y espectáculo, el ensamblaje entre diversión y valores daría lugar a un nuevo tipo de organización social que Guy Debord nombraría “La sociedad del espectáculo” allá por el año 68 del siglo pasado.

Los tiempos han cambiado y de aquel tiempo a esta parte se han multiplicado, acelerado y sobremanera proliferado los avances tecnológicos. Este omnímodo avance de las nuevas tecnologías ha ido, a la par, acompañado de una profunda modificación de las conductas y una amplia revolución de las costumbres – sobre todo en países democráticos-. Las modificaciones cualitativas producidas durante el siglo pasado se han propagado y sedimentado lentamente en el interior de las casi imperceptibles estructuras de “longue durée” – como diría Ferdinand Braudel- concomitantes a todo proceso histórico. Una de estas consecuencias cristalizadas en el seno de las nuevas “sociedades del espectáculo” radica en la acusada disminución – más bien carencia- del juicio crítico ejercido por la opinión pública. La falta de discernimiento popular capaz de elevar una voz firme y unánime contra los desafueros del gobierno o bien, los indecorosos desenfrenos

de la balumba televisiva, se palpa cuando los platós de televisión rezuman de empingorotadas señoras, señores, jóvenes, jóvenes y ancianas plañideras arrobadas ante la incontestable emoción de asistir a la vuelta en escena de la “princesa del pueblo”, Belén Esteban, con su retocada narizota. Si Nikolai Gogol resucitase mañana, estallarían en sardónicas carcajadas cuando advirtiese que semejantes episodios de la vida real se corresponderían punto por punto a las alocadas fabulaciones de su obra *La Nariz*. Para mayor inri, no quedaría más que acotar los quince días durante los cuales, la vocinglera presentadora estuvo alejada de los platós televisivos y enumerar los artículos, tertulias y noticias relacionadas con “la nueva nariz de la susodicha presentadora” – un dato revelador: dicha información también fue comentada en periódicos tales como *El País* y *El Mundo*.

Algunos, amparados tras el cobarde anonimato de una etiqueta, pensarán que todo esto no es sino una mórbida ilusión de mentes calenturientas o bien, de pedantes, petulantes o ágrafes vanidosos incapaces de distinguir entre el uso correcto del vocablo “gaceta” y el incorrecto “gazeta” – a menos que no se utilice ni en italiano ni en ruso-. Con todo, los bizarros acusadores, olvidan a menudo, que la única petulancia remarcable, en este caso, consistiría más bien en acusar sin señalar, en apuntar las supuestas faltas sin aportar ningún juicio o reflexión capaz de dilucidar los claroscuros de una exposición fallida. Aquéllos se asemejan al cerril abogado que basaría su acusación particular en la única prueba fehaciente de “la poca simpatía que le despierta el sujeto en cuestión”. Inútil sería entrar en detalles para evidenciar la poca falta de probidad intelectual y valentía en individuos de esa calaña. Por añadidura, a día de hoy, esa polilla mamporrera aún no ha conseguido percatarse de que la única forma de inclinar siquiera la balanza de la inexistente opinión pública - crítica y seria- no pasa, ni mucho menos, como algunos se empeñan en darnos a entender, por abrumar a los lectores con manidas cifras y estadísticas que cambian constantemente según el albedrío de los centros oficiales

de computación o mostrar una patente disconformidad sin aportar pruebas o razones suficientes capaces de concitar la reflexión crítica. Estos *malabaristas del guarismo* enarbolan el credo de las cifras y estadísticas como el vademécum de un renovado mesianismo revolucionario, sin parar mientes, en la necesidad de arrumbar los papelajos encriptados en las gavetas de sus empolvados escritorios y tratar de remozar la marcha desastrosa de esta España de farácula y capotes rociando la simiente errabunda de la nuevas generaciones con la mordacidad y novedad de una reflexión crítica que se aparte de los cauces concertados por los poderes seculares, esto es, los medios de comunicación en su totalidad – radio, prensa y televisión, salvo honrosas excepciones. ¿Acaso la solución pasaría por la simple y llana “depuración”? Hago notar que semejantes términos como “depurar” en lugar de “limar”, “modificar”, “remodelar” *e via dicendo* forman parte del horripilante idiolecto del más puro fanatismo ideológico. La depuración corresponde a la censura más abominable: la censura inquisitorial que se empeña en imponer una única, válida e indiscutible composición de la realidad, el mundo y las ideas sin tratar de llegar a un acuerdo entre las partes implicadas. Las ideologías, digo, han sido y serán la lepra de toda sociedad. El siglo XX asistió al auge de las ideologías con el estallido de dos guerras que sacudieron Europa y tuvo que apechugar con las onerosas muestras de ese ciego fanatismo tales como la exterminación de los judíos, los campos de trabajo forzados (Gulag) en la Unión Soviética, las atrocidades de la Revolución Cultural en China, la sangrienta gazmoñería de Jomeini o las matanzas de Pol Pot.

Como veníamos diciendo, antes de realizar este breve excursio, las nefastas consecuencias acarreadas tras la implantación de un nuevo tipo de organización social denominado “Sociedad del Espectáculo” radicaban especialmente, entre otros muchas síntomas, en la zafia condescendencia de una audiencia o público pregnado de los malsanos valores pergeñados en el ámbito de la “irrealidad” televisiva y su falta

casi absoluta de juicio crítico. Por otro lado, en las “sociedades del espectáculo” también prolifera un remarcable fenómeno de adocenamiento general. Un fenómeno emprendido por la adecuación, o mejor dicho, constricción del horizonte cultural de la ciudadanía a lo reclamos exclusivamente inventariados por la lógica mercantil. A modo de ejemplo podríamos poner sobre el tapete las encuestas de población realizadas cada cierto tiempo por las grandes firmas discográficas y editoriales a fin de evaluar el impacto de sus nuevos productos sobre la población – llámese Javier Marías, Fernando Savater, Boris Izaguirre, David Bisbal o Chenoa. De esta forma se emprenden costosas campañas publicitarias con la finalidad de ahormar *a priori* los “gustos” del público y garantizar la posterior recepción y adquisición de sus productos. Una refinada labor de ingeniería mercantil que puede llegar a modificar a su antojo los gustos de un “público adocenado”. Sin ningún reparo, el ciudadano pasa a ocupar de inmediato la casilla de “consumidor” empedernido al auspicio de la envilecida lógica mercantil. De ahí, la importancia de mimar al ciudadano-consumidor a sabiendas de su importante posicionamiento en la correa de transmisión mercantil. La dinámica mercantil del mundo desarrollado se imbrica, pues, en el interior del “entresijo espectacular”, bien articulada y coordinada con el modelo socio-cultural esbozado por en el funcionamiento de la democracia capitalista. El capitalismo responde al arquetipo de una modernidad desquiciada, una modernidad traumatizada, producto de profundas rupturas donde los abusos de una libertad mal orientada han degenerado en una crisis de valores sin precedentes. Desbordados por un nihilismo de signo opuesto al nietzscheano, no afrontamos una negación crítica de los valores establecidos sino su disolución en una amazotada y pasiva indiferencia apuntada tiempo atrás por Octavio Paz en su recopilación de artículo intitulada *Tiempo nublado*,

La enfermedad de Occidente, más que social y económica, es moral. Es verdad que los problemas económicos son graves y que no han sido resueltos: al contrario, la inflación y el desempleo aumentan. También es cierto que, a pesar, de la abundancia, la pobreza no ha desaparecido. Vastos grupos –las mujeres, las minorías radicales, religiosas y lingüísticas- siguen siendo o sintiéndose excluidos. Pero la verdadera y más profunda discordia está en el alma de cada uno. El futuro se ha vuelto la región del horror y el presente se ha convertido en un desierto. Las sociedades liberales giran incansablemente: no avanzan, se repiten. Si cambian, no se transfiguran...

Uno de los mayores responsables de este marasmo moral ha sido la interiorización de los engranajes socio-culturales difundidos con el advenimiento de la “sociedad del espectáculo” y cuyos deplorables efectos, sobre el conjunto de la ciudadanía, ponen incluso en tela de juicio uno de los principios fundamentales de la extinta democracia: la separación de poderes. El remedio para acabar con los abusos de poder, pasa, ante todo, por el mantenimiento de un sistema de balanzas y controles regido por la independencia de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial sometidos al contrapeso de una opinión pública en las decisiones gubernamentales a través del sano y cuerdo ejercicio de la crítica. Capacidad crítica, sin la cual, una sociedad, según escribía mi admirado Juan Goytisolo en el *Bosque de las Letras*, caería irremediabilmente en la inopia y el conformismo:

Una sociedad sin voces críticas deja de ser una sociedad *viva* para convertirse en una sociedad *vacía*, en donde el espectáculo de la política o, por mejor decir, la política como espectáculo, suplanta

no sólo la reflexión ética, sino la conciencia misma de la realidad.

Este contrapeso esencial para evitar la confabulación de los tres ámbitos del poder, se desgasta y desfallece paulatinamente a medida que la estulticia y la desazón, se apoderan de una gran mayoría, incapaz de reaccionar ante las embestidas del morlaco político-mercantil. Ahora que los estados claudican ante las arrogancias del mundo financiero, un nuevo episodio se suma a toda esta abyecta serie de abusos de poder promovidos por la soberbia de un estamento asimismo tan corrompido como el bursátil – la diputambre- cuya impunidad responde, en parte, al desmantelamiento de una opinión pública combativa en España. Me refiero a las declaraciones del Defensor del Pueblo de la Comunidad Valenciana tachando de correcta y acertada la retirada, durante pasado mes de marzo, de algunas de las fotografías exhibidas en la muestra *Fragments d'un any* porque “no garantizaban la formación de una opinión pública libre y no manipulada”. En democracia todo está permitido, excepto la sumisión pasiva y la indiferencia.

El avance de una nueva Derecha Europea

Si echásemos una ojeada al mapa político de Europa Occidental, no sería ni mucho menos posible pasar por alto una singularidad propia del panorama europeo: el vertiginoso avance de una remozada ideología de Derechas conchabada con la oligarquía financiera mundial. Desde Varsovia hasta Lisboa el temido Leviatán neoliberal, adobado con el resplandeciente disfraz democrático, porta en una mano el cetro del soberano garante de las libertades inalienables del ciudadano, mientras que en la otra enarbola los principios fundamentales de la nueva religión capitalista. De este modo la legitimación del poder, - antaño asegurada gracias al subterfugio religioso en donde el soberano encarnaba los designios de la voluntad divina- se trastoca a día de hoy, como bien señala Marcel Gauchet, en una consabida decisión popular avalada por la voz de las urnas y los caprichos y trapisondas mucho más terrenales y tangibles de otra voluntad del todo diferente: el poder económico planetario. Una vez la religión se desgajase del proceso legitimador del poder, el vacío creado en su ausencia, sería inmediatamente colmatado por los designios de la voluntad popular dimanada de las urnas y arropada de pomposas libertades democráticas, sin tener en cuenta, que la alabada democracia, flaquearía mucho más tarde, allanando el camino para la instauración de otra clase de poder legitimador actuando a la sombra de las mismas instituciones democráticas.

Tras la caída del muro de Berlín, la desestructuración de la Unión Soviética, el fin de la Guerra Fría y el progresivo debilitamiento de la ilusión marxista, el Occidente de la resistencia fascista y la lucha descarnada por la *Liberté, Egalité et Fraternité* se ha visto envuelto en un arrebatado proceso de desmantelación ideológica. Un fenómeno de a-politización respaldado gracias a la deleitosa añagaza de la prosperidad económica, la expansión de una renovada ideología conservadora que ha conseguido hacerse con la mayoría de las cancillerías europeas y la adopción de un modelo cultural rubricado con los valores propagados por esta nueva Derecha. Y digo renovada porque esta nueva Derecha tratará, ante todo, de labrarse una reputación alejada de la imagen ñoña y anticuada que nos ha legado la historia de un movimiento, cuya mayor amenaza radicaba en la conservación de toda una serie de valores heredados de una tradición opuesta al progreso, el cambio o modificación de las jerarquías sociales y el advenimiento de la endiablada democracia.

No dejará nunca de ser paradójico que en apenas veinticinco años, la Izquierda, heredera del Iluminismo dieciochesco, haya prácticamente desaparecido del panorama político europeo, amilanada, amedrentada y al mismo tiempo desplazada a causa del forzado empuje de una subversiva mundialización que ha enormemente favorecido el asentamiento definitivo de esa nueva Derecha abanderada con el manido emblema de la pluralidad y libertades democráticas. Como sugiere Raffaele Simone en su último libro *Il Mostro mite*, una de las mayores ventajas con las que cuenta el idiolecto aderezado por la nueva Derecha europea, yace en la inesperada simbiosis entre el paradigma cultural adoptado en Occidente y la cosmovisión, esto es la forma de entender el mundo, propagados desde los cenáculos y *think-tanks* de la Derecha. En este sentido, la ideología modelada en los baluartes de la Derecha cuenta con el impagable espaldarazo de una cultura global que le asegura su buena marcha e imbricación en los resortes de la sociedad moderna.

Uno de los puntos más destacados del idiolecto fraguado en estos círculos de la Derecha radica en la importancia otorgada a la actividad económica por encima de cualquier otra actividad humana: el ejercicio de la libertad se llevaría a cabo única y exclusivamente a través de la actividad económica. Una sociedad acorazada contra el despotismo de la Izquierda – reza el credo capitalista empleado desde la Derecha- es aquella donde todos los individuos podrían alcanzar la felicidad absoluta – o relativa- gracias al laboreo esforzado, los tejemanejes del mercado y la buena salud de la economía nacional. Estas son las tres claves principales del armatoste ideológico de la nueva Derecha, conjugadas, atendiendo a las necesidades de cada territorio, con temas de diferente envergadura que van desde el terrorismo, a la seguridad y la inmigración. Todos, absolutamente todos, desde el zapatero remendón hasta el hijo de un importante mecenas empresarial, gozarían del inestimable trampolín económico para hacer realidad sus sueños y alcanzar la ansiada felicidad. La búsqueda del interés individual, en este caso concreto, nos dicen, se trastocaría en el bienestar general, según relataba Mandeville en su famosa fábula de las abejas.

Aunque la realidad no deja de ser muy otra de aquella promulgada por el morbosos idealismo de la Derecha, a principios de los años 80 la fábula de Mandeville parecía tomar cuerpo en un Occidente inseminado con el pérfido *way of life* importado de las Américas y sazonado con la aparatosa opulencia y crecimiento de una sociedad engatusada por los destellos cegadores del boom económico. Esta coyuntura económico-social propiciaría, a la postre, la lenta cristalización de una estructura social emponzoñada con las taimadas zalemas de un pseudo-desarrollo económico pregonado desde las altas esferas de esa Derecha cosmopolita aliada con los agentes económicos portavoces del exuberante enriquecimiento europeo. Las condiciones sociales fraguadas tras la implosión de la bienvenida prosperidad

europea y el continuo desgaste de una Izquierda de capa caída, le vendrían pintiparadas a esta Neo-derecha.

De la noche a la mañana, la imagen de la Izquierda comenzaría a destilar un tufillo rancio, un efluvio de anacronismo y antigualla que desde muchos sectores de la sociedad no dudarían en equiparar a la fragancia de una retrógrada ideología incapaz de adaptarse a los aires de la modernidad, porque se hallaba anclada en el pasado y tan sólo constituía un pesado lastre para el despeque económico y desarrollo de la sociedad. A falta de un discurso coherente elaborado conjuntamente desde la Izquierda, ésta decidiría tomar el camino más fácil: adherirse al gran poder económico manteniendo intacto el marbete de la lucha por la libertad, el socialismo, la pluralidad y los derechos. Entretanto, mientras la Izquierda trataba de ofrecer una imagen en consonancia con el nuevo orden mundial que le llevaría a perder definitivamente sus señas de identidad, la Derecha sabría arreglárselas a las mil maravillas en su conversión al cosmopolitismo neoliberal. Los años 90 y la llegada del nuevo milenio no nos han dejado resquicio para la duda: la Derecha se rehace y asume su papel de fiel escudero de los todopoderosos mecenas del mercado a la par que la Izquierda vive sumida en una crisis sin precedentes desde la época de las Luces. El nuevo siglo nos hará asimismo partícipes de la remodelación, o en otras palabras, desintegración de aquella Izquierda crítica y combativa a favor de otra Izquierda constreñida, amancebada, carente de ideas y embreñada entre las luengas y pobladas haldas del Único, Omnipresente y Omnipotente Fátum de los destinos humanos: el engranaje del poder monetario internacional.

Esta paulatina desaparición de una Izquierda combativa, ahora asimilada a la ideología mercantilista, llevaría a muchos analistas contemporáneos, como el señor Francis Fukuyama, a proclamar el Fin de la Historia porque ésta habría tocado su techo natural una vez se produjese esta adecuación entre democracia y neoliberalismo. La

paralización de la dialéctica hegeliana daba buena muestra de ello. Desde el mismo momento en que se aniquilaba el contrapeso equilibrador de la Izquierda en el terreno transformador de la ideología, el progreso, la evolución y con ello la Historia habrían llegado a su fin. En ese momento el devenir se recubriría de una grisácea monotonía, un fatalismo concitado por las escasas o nulas esperanzas de cambio y modificación. Tan sólo restaba mirar hacia otro lado y dejar pasar el tiempo. Con todo, la Historia continúa su andadura y la imposición de un pensamiento único en pro de una Derecha viviendo una etapa dorada, no sólo se deja sentir en el lisérgica, fascinadora y turbia dialéctica hegeliana mentada por Fukuyama, sino también en algunos fenómenos muchos más cercanos, tangibles y palpables. Por ejemplo, si atendemos al debilitado modelo de la democracia multicultural, vemos como éste ha sido recientemente ninguneado – debido a la carencia de un efectivo contrapeso político procedente de una Izquierda combativa- a tenor de una crisis económica que ha dejado entrever quién mueve los hilos del mundo y quienes, a pesar de las urnas, manejan los asuntos del Estado. Pero esto no es todo, a día de hoy incluso se pone en duda la legitimidad dimanada de los procesos electorales habida cuenta de una elevada tasa de abstención que no hace sino trocar la llamada voluntad general en la voluntad de una minoría con intereses propios allende lo meramente político. Cabría tratar el fenómeno de la abstención – aprovechado por la Derecha para hacerse con el control de algunos estados- con mucho más tiento y atención, pero, en definitiva, esto no parece *a priori* sino una consecuencia directa de la creciente desafección de la ciudadanía hacia aquellos que se suponen deberían goberarnos y *a posteriori* un síntoma patente de aquel tipo de dominación suave precedida con admirable anticipación por el genio indiscutible de Tocqueville en *De la démocratie en Amérique*,

[...] si el despotismo llegase a establecerse entre las naciones democráticas de nuestro tiempo...éste sería más distendido y suave, al tiempo que degradaría mucho más a los hombres sin atormentarlos.

Con todo, no dejemos que este nuevo Leviatán promovido desde la Derecha nos persuada con sus promesas y requiebros, sin antes tratar de disponer nuevamente las fichas sobre un tablero dominado por el genio avieso de un habilidoso ajedrecista cobijado entre los bastidores del teatro democrático.

La Otra Orilla se compone de toda una serie de artículos de carácter social, político y económico compilados durante los dos últimos años de este milenio. Un zigzagueante recorrido por la actualidad española y europea que nos asuela tras el estallido de una crisis financiera, utilizada como telón de fondo o parapeto para dar el golpe de gracia al Estado del Bienestar. El libro ofrece unas cuantas pinceladas de este cuadro general: desde el movimiento 15M y los recortes sociales hasta la modificación de la Constitución, pasando por la Italia de Berlusconi y la Francia del señor Sarkozy.